

**INVIERNO
EN EUROPA**

DESTINO

Lea, en este número el reportaje de Carlos Sentís,
desde Nueva York

LA GRAN CARRERA DEL 1948

y los interesantes artículos y comentarios de nuestra nueva
página deportiva

AIRE LIBRE

Además, los artículos de nuestros colaboradores habituales



NO
EXISTE
UNA
RECETA
PARA
TENER
APLOMO

Pero sí existen defectos o imperfecciones que, a pesar de su escasa importancia aparente, bastan para que uno se sienta inseguro, torpe y encogido.

Un rostro mal afeitado, con los estigmas de la impericia o del descuido, basta a menudo para desconcertar a un caballero, que se ha visto de refilón en un espejo. En cambio, un rostro bien afeitado, limpio, terso, sin vestigio de rasguños ni de irritaciones, comunica la confianza en sí mismo y prepara para los mayores éxitos.

El Genuino FLOÏD Haugrolizado no es solo un tratamiento dermófilo y una garantía de salud. Es también un talismán que procura aplomo y soltura, porque infunde confianza en el propio aspecto.

Producción de HAUGRON CIENTIFICAL S. A.
En España: BARCELONA



AL ALCANCE DE LOS HOMBRES DE TODAS LAS NACIONES CIVILIZADAS



DESTINO

NUMERO DE 24 PAGINAS — 3 PESETAS

BARCELONA, 3 DE ENERO DE 1948.

NUMERO 543



CON BUEN PIE

NO han transcurrido muchos meses desde que el presidente Truman encargó al equipo de economistas políticos y técnicos de la Casa Blanca la fijación de un plan de ayuda a Europa llamado Plan Marshall, como consecuencia de la victoria del Partido Republicano americano en las últimas elecciones y de la claridad con que ese partido — en cuya cabeza figura la élite financiera y lo mejor de la clase dirigente de los Estados Unidos — advirtió los errores de la política de transigencia con Rusia practicada, por exigencias de la guerra, por el difunto presidente Roosevelt. A partir del momento en que Truman adoptaba la nueva postura el mundo entraba en una saludable distensión. Han sido delimitados con precisión los dos campos y ha sido posible trazar una frontera ideal entre dos filosofías, muy desagradable quizá, pero enormemente más cómoda que la impropcedente urdimbre de los dos hilos antagónicos, legado de la anterior política conciliatoria, sobre la que el mundo vivía electrizado y a punto de estallar. La noticia de una ayuda económica eficaz llenó de esperanza al Occidente europeo, yuguló la demagogia rusófila y el «*quid pro quo*» dialéctico del comunismo — desde la verbosidad del propagandista de panfleto hasta la voz, llamada diplomática, de Vichinsky —. Y los primeros envíos de viveres y de materias, los créditos primerizos de ese famoso plan, seguidos de una acción política hábil y clara, han permitido ya a estas alturas, a países claves del Mediterráneo, emprender el camino de la positiva recuperación moral y política.

El fenómeno es significativo y resulta un fiel reflejo de la calidad de la presente época, de su signo y de su fortaleza. El signo de nuestra época es bicéfalo: por una lado científico y por otro económico; la bomba atómica y el Plan Marshall constituyen las dos tremendas armas de la paz, su garantía. Y aun, apurando la síntesis, podemos decir que el mundo sigue y seguirá viviendo según sus moldes tradicionales, reacios a cualquier revolución, gracias al poderío, verdaderamente deslumbrante, de la riqueza de los Estados Unidos de América. Esa

reserva inagotable de fuerza económica constructiva, trabada por una organización perfecta, encajada en la joven vitalidad de un pueblo trabajador y dirigida por un sistema que encumbra al equipo de los mejores, ha permitido el descubrimiento de las armas decisivas y su producción en serie. Un corresponsal decía, y con razón, que la verdadera bomba atómica son los Estados Unidos. En la decisión de ese pueblo de salir de su aislamiento para intervenir en la dirección general de la época reside la plena garantía de una paz de la que tantos dudaban. Hasta en lo internacional se requiere una dirección no sujeta a reproches, en épocas en que se pone en juego no sólo el tipo de vida sino la vida misma.

El interés, la vigilante atención que los promotores de esa política han puesto en la vieja Europa, y singularmente en el Occidente europeo, tiene, además, signos no ya de mera estrategia sino de auténtica y generosa empresa directora, espiritualista y desprendida, de la mejor ley política e histórica. Parece como si, impregnados desde la sangre de las viejas esencias occidentales, los americanos se dispusieran a reconocer la vigencia de un tributo a Europa largamente regateado. Es dudoso que en el seno de la sociedad americana presente se advierta el volumen y la alcurnia de una empresa en la que sólo han precedido a los Estados Unidos los más ilustres pueblos de la Historia. En cualquier caso, en pocas ocasiones tantas esencias fundamentales han estado pendientes de tanta intrépida generosidad.

Lo que entra con buen pie en el año nuevo es la vieja Europa occidental devastada por la guerra, el mundo de las ruinas y de los anticuarios, rebozante de jugo histórico, imaginativo, clásico y preciso. De ese fabuloso botín invisible como un fantasma, duro como la materia y alado como la forma, se impregnará de nuevo el mundo moderno, fértil en descubrimientos, abocado a un porvenir que ya ha anticipado una parte de sus fabulosos secretos. Y de esa conjunción nacerá verdaderamente el mundo nuevo, como una réplica de cortesía que alcance su más bondo sentido. — I. A.



Taft, hombre frío, ante su campaña para la Presidencia

LA GRAN CARRERA DEL 1948

por CARLOS SENTÍS

PARA interpretar la política americana y con ella la mundial, a lo largo del 1948 — sin terminar el año ya hemos entrado en el fenómeno — será necesario manejar casi a diario la «tabla de logaritmos» de las elecciones presidenciales del próximo mes de noviembre.

Toda otra cuestión, en América, quedará automáticamente congelada. El único dinamismo político radicarán en la carrera para la Casa Blanca. Todo lo que Norteamérica haga, tanto en el interior como en el exterior, tendrá («under table») bajo la mesa la explicación electoral que ya ha tenido, días atrás, la partición de Palestina. Y si éste ha sido un movimiento destinado a captar el voto judío, con seguridad veremos otros destinados a captar el voto «italiano», el voto «católico» o el voto «alemán». Se hablará mucho, también, del voto «obrero», del voto «campesino» y del voto del «pequeño comerciante». Es una lástima que no haya, en los Estados Unidos, algunos «paquetes» importantes de descendientes españoles más directos, porque, al tocarle el turno al voto «español», obtendríamos nosotros algún particular beneficio. Nos tocaría alguna «aproximación». Los alemanes, por ejemplo, sin tocarles el gordo, quedarán bastante premiados, como se verá. Los italianos han cobrado ya algunas «participaciones», como vienen haciéndolo, regularmente, cada tres años desde que el entonces Presidente Coolidge les saludó, en un discurso, como a los que descubrieron, poblaron, civilizaron y trabajaron este Continente. Coolidge tenía fama

de hablar muy poco; empero, diciendo estas inexactitudes (que tanto gustan precisamente por ser tales), se pasó de locuaz.

LA RELATIVIDAD DE LOS BLOQUES

De todas maneras, después de lo que queda apuntado, no se crea que los americanos voten demasiado disciplinadamente por bloques. Nada de eso. Cuando se dice que un partido ha sido apoyado por un bloque, se entiende que ha tenido como máximo el 75 por 100 de él. Nadie aspira a tener más que el 50 ó 60 por 100 de cualquiera de estos bloques, mucho más reales en el lenguaje o terminología electoral que en la vida. Después del judío, quizá el bloque más compacto es el católico. Tanto por razones de carácter religioso como por razones de índole geográfica: los católicos viven aquí, generalmente, por secciones no muy dilatadas, y tanto humana como físicamente, aisladas.

Esta falta de votación en masa o por secciones disciplinadas, principalmente en grandes ciudades, es lo que da mayor interés deportivo a las elecciones presidenciales. Exactamente, todo el mundo se interesa para estas elecciones — no para las otras — y millones de seres votan por razones no políticas. Votan por razones sentimentales o de pura atracción de simpatía. De ahí, por consiguiente, que, para esta prueba, tenga tantísima importancia la «persona» más que su ideario o su envoltorio político. Esta volubilidad del voto americano (muy explicable, por otra parte,



PORTADA

INVIERNO EN EUROPA

Esta pobre mujer polaca, en una plaza de Varsovia, lo ha perdido posiblemente todo. Todo menos la ilusión y el recuerdo feliz de un pasado en que los campos y las ciudades eran realmente como el telón con que el complaciente fotógrafo oculta las ruinas. Sobre la situación actual de Europa al finalizar el año y de las perspectivas de 1948, nuestros colaboradores Romano y Santiago Nadal han escrito en este número dos documentados artículos.



¿Se presenta o no Eisenhower?

debido a la escasa diferencia ideológica de los dos grandes partidos) no permite casi nunca vivir quien va a ser el vencedor. Y esta misma razón está en la base de las dudas que sufren las convenciones de ambos partidos antes de elegir su candidato. Generalmente, estos partidos no seleccionan, como candidato, al político que más condiciones tenga, sino al que, sin carecer de excelentes dotes, permita «adivinar» que arrastrará las masas sin prejuicio de partido que proporcionan, generalmente, la victoria. Los candidatos, además de impresionar a sus futuros electores, de momento tienen que impresionar a sus propias Juntas y caciques de su partido, demostrándoles que son capaces de tener gran popularidad. He aquí la exhibición de los viajes que, en estos momentos, están haciendo los siete u ocho hombres que tienen, a estas alturas, mayores posibilidades de quedar seleccionados «para la final». El trabajo para ellos es muy duro. Por eso a un grupo femenino que lanzó, días atrás, la absurda idea de presentar una mujer como candidato, se les contestó:

—No hay ninguna mujer capaz de la resistencia física y emocional que necesita un Presidente de los Estados Unidos.

A lo que el Club de mujeres ha contestado:



Truman y su esposa

—¿Cómo no? Todavía tenemos que conocer el hombre que sea capaz de la resistencia física y emocional que hace falta para poner un hijo en el mundo.

EL GENERAL EISENHOWER

Lo pongo en primer término, porque si decide presentarse, como en este momento parece casi seguro, tiene más posibilidades de ganar. El continúa negando este propósito. Sin embargo, en algunos Estados ya han empezado su propaganda y un señor anda por ahí pidiendo dinero para insertar anuncios en los periódicos y levantar, poco a poco, el suficiente clamor para que el Partido Republicano se convenza de que no tiene otro remedio que presentarle si no quiere ver continuar a Truman en la Casa Blanca. Si los demócratas no estuvieran tan comprometidos con Truman o el actual Presidente careciera de las posibilidades muy notables que, hoy por hoy, posee, el Partido Demócrata podría también reclamar a Eisenhower para Presidente. Con esto queda dicho, además, que Eisenhower es un hombre sin partido, aunque por su mentalidad y hasta por el lugar de su nacimiento esté mucho más cerca de los republicanos.

Como las relaciones con Rusia crecen en acritud, muchos dan la candidatura de Eisenhower como cosa hecha. Las gentes le saben, a Ike, amante de la paz, pero todo lo contrario de lo que aquí llaman un «blando». Su actuación como gran jefe aliado probó que

no sólo era un gran militar, sino que desempeñaba brillantemente lo que uno de sus panegiristas ha dicho fué el mayor «cargo administrativo» de la Historia. Mandaba Eisenhower tropas de doce países distintos. Este solo hecho, dado que no ocurrieron roces violentos ni hubo conflictos de personas demasiado escandalosos, le dió a Ike la fama de fino diplomático que, después, en la postguerra no ha desmentido. Los veteranos le votarían como leones, sin acordarse si son del Partido Republicano o del Demócrata. Y por el fácil sentimentalismo familiar, tan acusado en este país, le votarían también por el hecho de haber sido jefe de su hijo, marido o novio, millones de seres.

Si se formaliza su candidatura, de todas maneras, veremos lo que sufre su figura, hasta ahora «tabú», bajo los ataques de sus oponentes. Se dirá, contra él, lo que sin eso nadie diría. Se recordará el documento obligando al Ejército americano a hacer alto para que, mientras tanto, los rusos pudiesen tomar, ellos solos, Berlín. Y aunque él podrá alegar que en eso, como en la negativa de desembarcar en los Balcanes en lugar de hacerlo en Italia, se debía a la superior autoridad del Presidente, su prestigio como generalísimo puede quedar algo rebajado.

TRUMAN

No hay duda de que, después de Ike, el que continúa teniendo mayores probabilidades es el Presidente, cuyo «appeal» no es tan fácil de comprender para quien no sea americano o no conozca hasta qué punto el actual Presidente interpreta el sentir del promedio del país. Millones de americanos ven en Truman su retrato. Si necesitase un día un «so-sias», se podría escoger entre centenares. Un señor se parece tanto a él que, para ir por la calle, se ve obligado a ponerse unas gafas negras. «Truman o la simplicidad.» El día del Thanksgiving se comió un pavo que le regaló un amigo, en compañía de dos o tres amigos viejos, con los cuales tomó, después, café, mientras Margaret interpretó una pieza musical. Truman ha sabido rodearse de gente muy escogida y darles plena confianza. Es lo contrario del absorbente Roosevelt. Y su señora es el revés de la medalla de doña Eleanor. Ningún periodista, hombre o mujer, ha logrado arrancar una entrevista a la sucesora de la que todas las semanas reunía, en la Casa Blanca, una Conferencia de Prensa y publicaba en los periódicos su «Mi día». Después

de grandes esfuerzos, una periodista logró días pasados que la señora Truman contestase a un cuestionario, en vista de la reiterada negativa de una entrevista directa o personal. Al día siguiente le devolvieron el cuestionario. Sólo una tercera parte de las preguntas habían sido contestadas con dos o tres líneas. La mayoría fueron contestadas por un «No coment». Incluso la que preguntaba: «Díganos algo de su clase de español...» «No coment...»

Truman entiende mucho de elecciones y no hay que olvidar que su sorprendente carrera política se debe a sus condiciones de «electorero», casi profesional, del Partido Demócrata. Es mucho más hábil de lo que mucha gente cree. Yo le vi un día dar una flor de su jardín, que él mismo arrancó, a una señora gorda, una perfecta «housewife» con una gracia y una simpatía desarmantes. Alguna vez he dicho que tiene en el fondo de sus gafas de intenso miope, unos ojos muy finos, además, de muy buena persona. Dándole la mano, como hice un día, entré en contacto con la cordialidad que desprende todo su ser.

Además de todo eso, Truman tiene, sobre todos los demás candidatos, la ventaja de hacer las elecciones desde el Poder, lo que le permite rectificar cualquier cosa a última hora. O dar algún «golpe» teatral como el que acaba de dar con la cuestión de Palestina, sacando miles de votos judíos a su candidatura.

WALLACE

Le pongo a continuación de Truman, no porque sus posibilidades estén situadas después de las de aquél, sino porque Wallace, en estas elecciones, será como un apéndice, probablemente muy doloroso, que padecerá Truman. En otras palabras: Wallace es el «tumore» que le ha salido a Truman. Wallace, en definitiva, hombre ágil y hábil, está apañando, en estos momentos, con hacer el «tercer Partido», con el que no sólo daría un golpe al Partido Demócrata, sino que quizá daría al traste con la candidatura Truman. Si bien Wallace no tiene posibilidades para ser

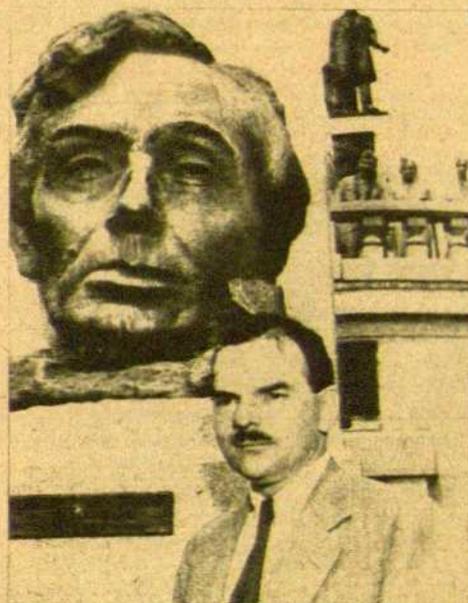


El niño malo del Partido Demócrata: Wallace

Presidente, nadie me ha demostrado todavía que no tenga en el bolsillo la derrota de Truman. Porque lo malo es que, por lo menos así lo creo yo, Wallace tiene ancho campo político para constituir un Partido. Desde luego, arrancándolo íntegro al Demócrata. Se puede quedar Wallace con casi todo el voto negro; muchos votos de los llamados «farmers» o pequeños propietarios rurales, cuya estampa física es el propio Wallace, para muchos de los cuales él es como un ídolo; puede quedarse con los que en América se llaman «progresistas» y que en realidad son unas personas con un ideario político terriblemente trasnochado, de pleno siglo XIX, teórico y espantosamente confusionario. Este partido también podría tener muchos votos de intelectuales y de universitarios de los que se tragan ruedas de molino enteras. No digamos los que sumaría si John Lewis se le agregase. Y, en definitiva, incluso podría sumar partidarios extrayéndolos (en este caso con pérdida del Partido Republicano) de los aislacionistas acérrimos, que tienen hoy en Wallace al único político que da carne a la fiera predicando, aunque sea con el único objeto de dejar a Rusia con las manos libres en Europa, un programa de «vuelta a América» y «América, primero». Que Wallace, de todas maneras, se separara del Partido Demócrata es cosa prevista. Además de su rencor personal contra Truman, Wallace afirma que no puede pertenecer a una Administración que incluya hombres como Marshall, Lucius Clay, Bedell Smith, William Leahy (todos, militares) y Forrestal, Lovett, Douglas y Draper (todos, hombres del Wall Street). ¿Han visto ustedes con eso por dónde le aprieta el zapato a Wallace?

TAFT

Semioficialmente, el candidato del Partido Republicano (ignorándose lo que sucederá con Eisenhower) es, en este momento, el senador Taft, hijo del antiguo Presidente y una de las cabezas más políticas de América. Taft recorrió con su mujer, bastante política, casi toda América. El entusiasmo, empero, fué perfectamente descriptible. Taft, ésta es la realidad, no tiene lo que aquí se llama



Dewey, el «joven brillante» de los republicanos

«appeal» para las grandes masas. Es como un hombre de laboratorio. Es terriblemente frío, neutro, de color desvaído. Con todo, Taft es el hombre más fuerte de la gran zona industrial de los Estados Unidos. Si se lo propone, Michigan, Ohio e Indiana le votarán como un solo hombre. Mac como, en el mapa político, el Norte es más bien republicano, y el Sur se inclina a demócrata, hay que buscar un candidato que tenga éxito en Nueva York y en California, los dos Estados sin «parti pris» que, a la vez, son también los más superpoblados. No es fácil que en Nueva York o en Los Angeles, Taft armastre a las masas...

STASSEN

Mucho más atractivo personal que Taft tiene Stassen, también republicano. Stassen es un hombre de gran público. Está viajando, en estos momentos, por los Estados, con un avión particular, a bordo del cual tiene una imprentilla para ir imprimiendo en vuelo los discursos que repartirá a la llegada en cada ciudad. Stassen es también un notable escritor político. Y, sobre todo, tiene a su favor, ante la masa americana, el hecho de que es el único de entre los que se presentan que lo puede hacer a título de ex combatiente. Stassen estuvo dos o tres años embarcado en el Pacífico, y como oficial de Marina ha tomado parte en notables acciones de guerra.

Se le considera, a Stassen, como el más «liberal» de todos los republicanos. Este título hubiera sido excelente cuatro años atrás. Ahora, empero, cuando las probabilidades del Partido Republicano están en lo que le puede diferenciar del Demócrata, cuya posición, ante el socialismo y Rusia, no está demasiado definida, el papel personal de Stassen no ayuda a marcar esta línea con la nitidez que gran parte del cuerpo electoral norteamericano desearía. Es, justamente, sobre este pie que Taft, absolutamente definido a este respecto, puede ganarle a Stassen el «sprint» final para la candidatura de su Partido en la «convention» de dentro unos meses.

DEWEY

Dewey, el «joven brillante» de los Republicanos de hace unos años, no toma mucho vuelo hasta el momento. Tiene en contra el hecho de haber perdido ya la anterior lucha electoral contra el difunto Roosevelt. Jamás ha dado suerte eso de presentarse por segunda vez; de haber sido dejado para septiembre, como diría un universitario español. Dewey, muy aplicado, estudioso, metódico y organizado, no llega tampoco hasta el nervio



Stassen es un hombre de gran público

popular. Es un brillantísimo gobernador del Estado de Nueva York. Pero el mando de los Estados Unidos, ante una situación como la presente, es algo más que Nueva York. Dewey tiene en su «récord» la lucha contra el gangsterismo. Pero hoy las historias de gangsters interesan, principalmente, al cine; los gangsters, hoy, han quedado como seres inofensivos. Es muy posible que a Dewey le haya pasado su momento. Su «reino» es el de la normalidad y el de los conflictos interiores. No parece tener, Dewey, grandes posibilidades porque, además, y aunque últimamente se ha puesto a opinar, ha querido reservarse demasiado pasando sin opinión multitud de problemas actuales. ¿?

WARREN

Si Dewey castigó a los gangsters de Nueva York, o sea del Este, Warren es el que dió, triunfalmente, la batalla contra los gangsters del Oeste, o sea California. Warren es uno de los ídolos de San Francisco. Es un americano de «películas». Simpático, campechano, popular, fumador, bebedor y de una cordialidad aplastante. En estos últimos días, los republicanos lo han hecho avanzar hasta las candilejas, como para demostrar que tienen un tan nutrido repertorio que nada les falta. Es muy probable que su papel se reduzca a miembro de «equipo presidenciable». Los republicanos quieren desmentir la especie de que no tienen «hombres». Pero ya entrando en el equipo, nadie es capaz de asegurar que, a última hora, por alguna de las rarezas con que la política nos sorprende todos los días, Warren vaya a la final.

Nueva York, diciembre.

CRONICA DE PARIS UN "GONCOURT" PARTIDO POR GALA EN DOS

por JUAN BELLVESER

12 diciembre.—El menú se componía de ostras de Marennes, langosta de Rouen, gallina rellena a la manera de Auvernia, queso camembert y un «soufflé» Grand Marnier. Como vinos había un «Pouilly Fuissé», seco y ambarino, un robusto «Malartic» 1936, y el «Blanc de Blanc» de las mejores tradiciones literarias. Hasta aquí todo era lógico y normal. El almuerzo había sido precedido de un aperitivo lleno de discusiones. Y limitaba por todas partes—desde el principio hasta el fin—con un crecido número de fotografías.

La plaza Gaillon se hundía en la atmósfera húmeda y fría que corresponde a estas fechas. Apiñados dentro del restaurante «Drouant», los periodistas bebían copas de champaña o de vino blanco, mientras aguardaban el resultado de las deliberaciones de los académicos. Y la escritora «Colette», que había tenido suficiente voluntad para evadirse de su retiro, sobre el paisaje vecino y nostálgico del «Palais Royal», procuraba una anécdota inesperada a los informadores al verse obligada, por culpa de sólo Dios sabe qué huelga que había paralizado el ascensor, a subir del brazo de Roland Dorgelés, y a pesar de los achaques de su pierna enferma, la escalera alfombrada de rojo.

Una vez más el «Premio Goncourt», fiesta parisiense de las Letras, situada en los linderos brumosos de Navidad, se desarrollaba apaciblemente con arreglo a un ritual ya viejo.

..

Sin embargo, esta normalidad del «Goncourt» era sólo aparente. «Los Diez» tra-



Algunos miembros del Jurado del Premio «Goncourt». De izquierda a derecha: Leo Larguier, Francis Carco, Colette, A. Billy, Roland Dorgelés y Lucien Descaves

dicionales, desde la Liberación, habían quedado reducidos a ocho, puesto que René Benjamin y Sacha Guitry, a pesar de que la Justicia no haya podido condenarlos, habían sido excluidos a partir de 1944 de las invitaciones para el almuerzo célebre. Y aunque este año los

«Goncourt» mayoritarios formularon su invitación—para la reunión, pero no para la comida—por carta certificada escrita y enviada ante notario, el más elemental sentido de la dignidad impidió a los otros académicos aceptar una invitación formulada con tales reservas.

En fin, Francis Carco tampoco acudió. El autor de «Jesus la Caille» guarda demasiado dentro el espíritu de la vieja bohemia de Montmartre para prestarse a las intrigas, un poco políticas y un mucho trufadas de pasioncillas mezquinas, del «Goncourt» de ahora. Carco no se siente a gusto, por lo visto, sentado a una mesa literaria en la que ni siquiera se ha tenido la elegancia de poner un cubierto para «el Comendador» difamado y perseguido. Y prefiere quedarse tranquilo en su casa de campo de l'Isle-Adam, que lleva por nombre «La Planque»—que viene a querer decir «El retiro» en argot—y donde las muelles ventajas del confort moderno se armonizan amablemente con esas concesiones al azaroso pasado que se traducen, por ejemplo, en la indumentaria del escritor que suele recibir a sus amigos vestido con una camisa rusa, bordada, de mujik, y un estupendo terno de pana verde botella.

Reducidos, pues, a poco más de media docena, «los Diez» perdían prestigio al quedar limitados a una cifra. Otra catástrofe les aguardaba: la escisión. Y por primera vez en la historia del Premio y la Academia, que desde su famoso «granero» de Auteuil fundaron los hermanos Edmundo y Julio Goncourt, el laureado de este año—Jean-Louis Curtis, que se llama en realidad Laffitte, es profesor de inglés en el liceo «Jacques-Decour» y ha escrito el libro «Los bosques de la noche»—puede ver discutido su título por otra banda gemela de papel que aparecerá, quizá, envolviendo otro volumen que no es el suyo y creando la rivalidad de dos simultáneos «Goncourt», desde esas ventanas al mundo que todavía no ha renunciado a leer que son los escaparates de las librerías.

La escisión la habían provocado René Benjamin y Sacha Guitry al anunciar a la prensa que ellos habían decidido «premiar» al gran escritor Kléber Haedens por su libro «Adiós al Kentucky». Naturalmente, esto no quiere decir que Kléber Haedens reciba recompensa material alguna, ya que es infinitamente improbable que nadie se atreva a reclamar siquiera para él las dos décimas partes de esos

5.000 francos a que asciende monetariamente el Premio, que fué creado para permitir que un escritor joven pudiera consagrarse a su tarea sin preocupaciones inmediatas de tipo económico, pero cuyo importe apenas puede bastar, en la actualidad, para pagar la cuenta de los aperitivos con que cualquier «laureado» tiene que obsequiar a sus amigos.

La importancia de la escisión de Benjamin y Guitry reside en el hecho de que si, como parece, intentan a los demás miembros de la Academia Goncourt un proceso por «abuso de poder», y lo ganan, todos los nombramientos y los premios de estos años últimos quedarán anulados. Se podrían ver afectados por este proceso André Billy, «Colette» y Alexandre Arnoux, que fueron designados académicos por los miembros de una corporación incompleta; y no serían válidos tampoco—puesto que no fueron concedidos de acuerdo con los estatutos—los premios que recibieron la mujer del poeta comunista Aragón, Elsa Triolet, Jean-Louis Bory, Francis Ambrière y Jean-Jacques Gauthier, son contar al precario laureado de este año.

El difícil paréntesis de las huelgas termina apenas de cerrarse, de cara a una pausa de penuria y de fatiga. Y el franco, bajo el peso abrumador de varios miles de millones más de sus hermanos que han salido estos días a la calle, ve hundirse peligrosamente su línea financiera de flotación. Pero, París, arruinado y envejecido, conserva una eterna juventud literaria. El Premio Goncourt, que fundaron dos escritores hermanos muy unidos, acaba de escindirse en dos. Este tema apasiona. Y lo demás... lo demás son sólo gritos de alarma sin importancia, y cubos rebosantes de basura que se obstinan en seguir alineados en las aceras de la ciudad como centinelas absurdos de una época con fútiles pretensiones atómicas.

Paris, diciembre.

DISTINGUIDOS LECTORA O LECTOR:
CON UN SALUDO BIEN
CORDIAL LE DESEO UN
MAGNIFICO AÑO 1948.

Capdevila

AV. JOSÉ ANTONIO, 630

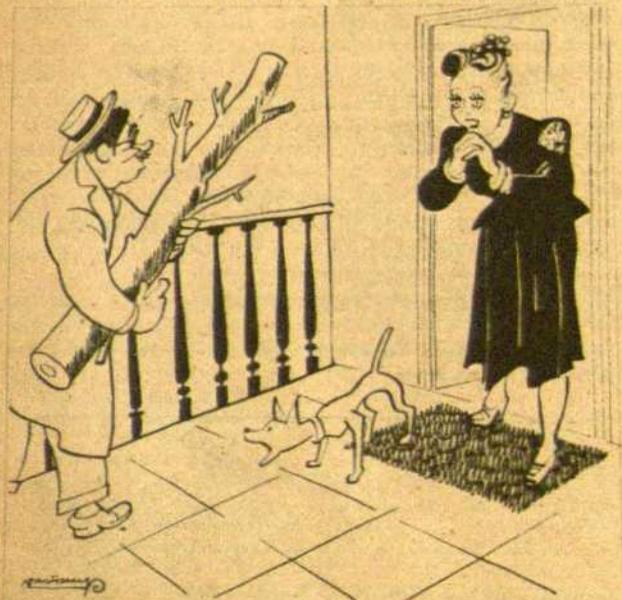
FIESTA DE REYES

DE un tiempo a esta parte la fiesta de los Reyes ha adquirido una complejidad extraordinaria. Los regalos que se cruzan en estos días son numerosos y de las más variadas características. A pesar de que los niños son los que más ilusionadamente esperan la fiesta, los regalos de mejor precio se cruzan entre sus mayores. Al llegar a estas fechas, el prurito de cambiar regalos azota a todos los ciudadanos, aun a los menos adinerados. Las tiendas se ven abarrotadas de mercancías. Si por Navidad las tiendas de comestibles tienen aquella opulencia que tan gratamente sorprende por su feliz abundancia, y no menos por sus centelleantes precios, por Reyes, de esta doble copiosidad participan todos los comercios, incluso los más inesperados.

Las tiendas de juguetes se llevan la palma. El ingenio humano ha adquirido, en el sentido de crear juguetes, un afinamiento extraordinario. Por lo pronto parece ser que los bélicos juegos con soldados de plomo están en decadencia. Esto, que en la postguerra pasada se hubiera apreciado como un síntoma de saludable pacifismo, lo interpretamos en la nuestra como una sencilla falta de plomo, que así cambian los signos de las postguerras. La ausencia del plomo es bien visible, porque me parece que los instintos bélicos de la infancia no han disminuido gran cosa. Sea por una cosa o por otra, lo que está en auge son los juguetes que representan animales, las humanizadas bestias de Walt Disney. Ello indica una tendencia a la ternura notabilísima: un niño con un oso de aspecto sentimental o un mono grotesco siempre es más agradable de tratar que uno que juegue con un regimiento de husares. Si al regimiento de husares se une la trompeta y el tambor, el resultado es horroroso. En épocas pasadas existieron padres que se vieron impulsados a la vida ligera, con champaña francés incluso, por no poder resistir los juegos ruidosos de sus hijos.

Pero importa ver la animación de las calles en los primeros días del año. Las calles se pueblan de barracas y tenderetes. Los padres circulan con aire preocupado. Hay mujeres que llevan descomunales caballos de cartón que sonríen con sus dientes enormes. Caballeros de una seriedad inalterable cargan gigantes paquetes con verdadero entusiasmo. En cuanto a los mayores, las tiendas de objetos de piel se cansan de servir carteras. El regalo de carteras es inagotable. Raro es el barcelonés que no recibe al menos un par de carteras con su anagrama, como regalo en sus días solemnes. Así, pues, las tiendas de objetos de piel se multiplican de una manera increíble. Extraño es el día en que no se inaugura una lujosa y que vende sus mercancías a precios exorbitantes. Pero nada puede calmar el ansia de comprar carteras y billetteros; el país parece ser de una avidex extraordinaria por las carteras y otros objetos de piel. En estos días estas tiendas ofrecen un frenesí delirante de compradores. Las gentes que pugnan por regalar carteras a sus semejantes no tienen freno y compran con verdadero fervor.

La ciudad compra con esplendorosa fruición. Ante la fiesta de Reyes se disipan por un instante las preocupaciones monetarias. Esta tendencia de disipar preocupaciones crematísticas se va haciendo un hábito entre nosotros. Y cuantas menos ganas de trabajar tenemos, más acuciante nos asalta el deseo de regalar. Ahora obsequia ya todo el mundo; antiguamente las gentes no regalaban nada, pero comían tres sólidos platos en cada ágape. Era una época seca y desahogada, con un sentido común metálico, de una lógica escalofriante. Ello obligaba a hacer cosas absurdas, hasta enterrar dinero bajo una baldosa. Regalábanse los amigos entre sí una fruslería, y esto sólo en una solemne ocasión, que era, por lo general, la boda. Hoy nos regalamos continuamente ínfimas minucias. Desde una agenda envuelta en celofán, hasta un salchichón cubierto de papel de estaño. Desde una corbata vulgar, hasta unos gemelos de oro. Y, sobre todo, carteras, boquillas, billetteros y otras cosas de una gloriosa inutilidad. El traspasar de regalos es extraordinario; somos más amables que nunca y cada vez más pobres. Hemos olvidado que el regalo más bien entendido comienza por el propio regalo. Yo no sé si esto es mejor o peor; lo único que sé es que al mismo tiempo que veo que el humo que se deshila de mi sopa es cada vez más tenue y sutil, pienso en estos días, por una curiosa asociación de ideas, en las carteras que, si Dios no media, regalaré este año por Reyes a tres deudos y allegados míos.



LA REPOBLACION FORESTAL, por Castony
—¡Mira lo que me he encontrado dentro de un cigarrillo ahogado!

DE MEDIODIA

Trabajos forzados en Rusia

MUCHO se ha escrito sobre el tema de la esclavitud en la Rusia soviética. En el libro que han escrito en colaboración David J. Dallin y Boris I. Nicolaevsky, *Forced Labor in Soviet Russia* (el segundo sólo ha aportado un capítulo), se incluye una extensísima bibliografía, diez páginas abarrotadas



Máximo Gorki

de referencias a libros que se han ocupado de este asunto, sin olvidar, claro está, la inolvidable obra de Vladimir Tchervavin *Hablo por los silenciosos prisioneros de los soviets*, que fué editado en 1935. Pero hasta ahora, la mayoría de estos libros consistían en narraciones de experiencias personales con documentación esporádica sacada de papeles oficiales. Lo que ha hecho Dallin es reunir, sistematizar todo ese material en un volumen. Naturalmente, tal cúmulo de documentos impide que el libro posea la fluidez y novelesca amenidad de otros parecidos; pero, sin duda alguna, cumple el fin que se tra-



David J. Dallin

taba de conseguir. Refleja el horror de los campos de concentración y desenmascara la economía soviética de la economía dirigida.

Dallin se pregunta: ¿Cuántos campos de trabajos forzados y cuántos prisioneros hay en Rusia? Después de citar 125 campos, confiesa que su catálogo es muy incompleto. De todos modos, es la lista más extensa que se haya dado en este sentido. En cuanto al número de personas, Dallin asegura que no hay menos de doce millones entre hombres, mujeres y niños. Pero añade que otros cálculos aseguran haber llegado esa cantidad a los treinta millones. Dos de los mayores campos citados en el libro son: el de la isla Solovetski, en el Mar Blanco, que estuvo en actividad hasta 1923 y los de Dalstroy en el valle de Kolyma, en la Siberia oriental, establecido en 1932.

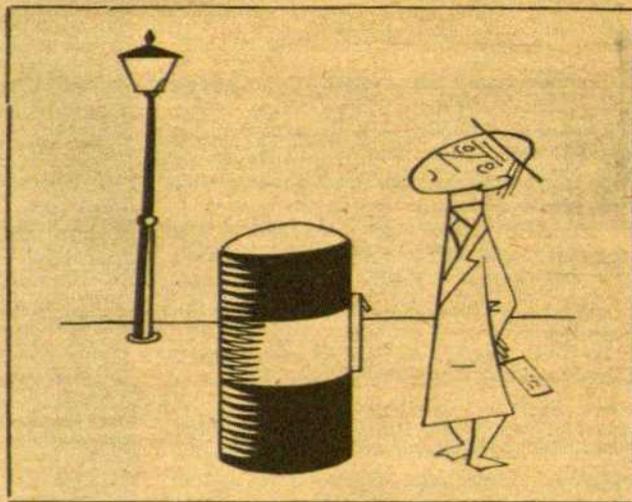
Estos campos de esclavitud son propiedad privada de la MVD, y su producto es un gran negocio pues los prisioneros, construyen centrales eléctricas, canales, fábricas y ferrocarriles. Asimismo, extraen el carbón, el hierro y el oro de las minas. Según

calcula David J. Dallin, estos trabajadores forzados representan la cuarta parte de la población obrera rusa. Y, sobre todo, ni cuestan nada ni se pueden negar a trabajar.

Cuando estalló la revolución rusa, el número de trabajadores forzados era de 50.000. Ahora, la economía comunista ha obligado a multiplicar tan fructíferas detenciones.

En 1929, como resultado de las crecientes protestas contra las condiciones inhumanas (amontonamiento, hambre, falta de condiciones higiénicas, trabajo agotador y carencia de ropas adecuadas al extremado frío), tuvo que ir Máximo Gorki a inspeccionar los campos de Solovetski, que entonces encerraban a 100.000 prisioneros. Y a este propósito escribe Dallin: «Durante todo el mes anterior a su llegada fueron limpiadas las barracas; quitaron de las paredes los informes en que se comunicaba a los prisioneros las sentencias y los castigos sufridos por sus compañeros; instalaron estanterías con libros y periódicos... Gorki recorrió los campos de concentración y habló con los prisioneros en presencia de los guardianes. Entró en algunos barracones. Los prisioneros le cantaron a coro esta canción:

*Aunque estamos deportados
Por nuestras fechorías,
Disfrutamos de muchos derechos
Publicamos periódicos
Damos funciones de teatro
¡Qué bien resultan!
Escribimos, y cantamos
Nuestras propias canciones.
¡En el extranjero jamás soñamos
Una casa como ésta!*



A PRIMERA VISTA LA COSA NO TIENE EXPLICACION

A veces ocurren cosas inexplicables. Por estas fechas hay una buena costumbre de acordarse de los familiares y de los amigos que están lejos de nosotros. Para mostrarles nuestro recuerdo y nuestro cariño, acostumbramos a enviarles unas tarjetas con alguna frase al uso y quedamos como los ángeles. La tarea es muy sencilla y cumplimos con un principio social, que es desear al prójimo el bien y la dicha. No cabe más sencillez ni hay más ingenuo entretenimiento que este de ir llenando sobrecitos con tarjetitas y estampar frases bonitas. No hay malicia; al contrario, hay muy buena intención. No se pide nada, a no ser felicidad para

los demás. Pero — ya salió el pero — este año ha sido un problema este inocente deseo. Para que nuestro misivo llegase a manos de nuestro prójimo ausente, era necesario un detalle insignificante que se llama sello de Correos; y miren ustedes por dónde, precisamente en los días más señalados para que el erario público hiciera una gran recaudación, falta ese elemento tan pequetito, pero que sin él no se va a ninguna parte. Y el tío en Alcalá ese, que el que más y el que menos, tenemos por esos mundos de Dios, se ha quedado sin nuestras noticias. Y lo que uno se pregunta: ¿Pero este pequeño y gomoso artículo no se fabrica en casa?

El mundo se vuelve así UNA CESTA EN CADA HOGAR

LA cesta adornada va en camino de convertirse en la protagonista de las Pascuas, usurpando el puesto que hasta hoy ocupaban el pavo y los turrones. A través de conversaciones mantenidas estos días con los dueños de algunas confiterías y colmados, hemos sacado la conclusión de que Barcelona, en cestas, ha gastado una cantidad de pesetas enorme, equiparable a un premio mayor de la lotería.

Quien por Navidad no recibe una cesta adornada, quiere decir que ocupa un lugar muy insignificante en el escalafón social. No importa el volumen del obsequio. La cuestión es oír llamar a la puerta, percibir sincrónicamente el latido del corazón y preguntarnos ansiosamente: «¿Vendrá ahora?» Y ver cómo traspasa el umbral de nuestro hogar una hermosa cesta, adornada como una reina, a cuyo alrededor, una vez cerrada la puerta, bailan la sardana los pequeños, alborozados.

El anhelo de la cesta se ha hecho tan universal que incluso quienes no se juzgan acreedores a ella se la procuran, apelando al procedimiento de comprársela personalmente. Le dicen al vendedor:

—Es para un amigo...
Y, disimulando el sonrojo, largan sus propias señas.
Entre la gente más popular queda el recurso de adquirir unos números a cualquiera de esos loteros callejeros, que durante todo el día



montan la guardia junto a la codiciada cesta. «¡Va con los ciegos!», grita el hombre. Y las comadres, de paso para el mercado, no pueden reprimir su emoción ante aquel derroche de botellas, lazos, latas de mortadela y flores artificiales desbordando de la cesta de mimbre.
Ciertos tenderos avisados, exhausta la fuente de Navidad, han inventado ya la cesta de fin de año. La cosa consiste en un bonito y adornado juego de racimos de uva y de botellas de cham-

pán. Para celebrar la postre-media noche del año. La idea nos parece especialmente misericordiosa. Así, la familia que haya visto pasar la Navidad sin recibir la suspirada cesta, no caerá aún en la desesperación. Sentándose a la mesa, el matrimonio cambiará una mirada iluminada todavía por un pabilo de ilusión.
—Quizá por fin de año...
—se dirán.
Es conveniente no cerrar nunca las puertas a la esperanza.

a MEDIANOCHE

A VECES PASAN COSAS...

Figuras desde Madrid FERNANDEZ ALMAGRO Y EL PREMIO "CANOVAS DEL CASTILLO"

HEMOS encontrado a Melchor Fernández Almagro por la calle. Antes de llegar DESTINO a Madrid, ya se conocía por la Prensa que el Premio «Cánovas del Castillo», en su sección de ensayos, había sido otorgado a este ilustre crítico e historiador, que conoce palmo a palmo, como si dijéramos, la historia reciente de España. Charlamos con Fernández Almagro entre la niebla—también Madrid se permite esos lujos—y el escritor se muestra muy satisfecho por la distinción obtenida.

Primero le hablamos de sus estudios literarios sobre Gannivet y Valle-Inclán, libros importantes y que eran necesarios, y luego le aseguramos que hemos aprendido mucho en sus obras: «Orígenes del régimen constitucional en España», «Historia del reinado de Alfonso XIII», «La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española», «Política naval española moderna y contemporánea» y «Por qué cayó Alfonso XIII», esta última escrita en colaboración con el duque de Maura.

Respecto al ensayo «Iniciación de Cánovas en la vida pública (1845-1854)» — premiado paralelamente al artículo «Cánovas», de Juan Estelrich (sección de artículos periodísticos) — quisimos hacerle algunas preguntas.

—¿Tenía usted concebido este ensayo hace tiempo?
—Mi ensayo ha derivado de los estudios que vengo haciendo para dedicar un libro a la figura y a la obra de Cánovas en todos sus aspectos.

—¿Y por qué lo dedicó a su iniciación política?

—Me he fijado en los primeros años de la vida de Cánovas en Madrid porque son poco conocidos, y he hallado acerca de ellos curiosa documentación. Del Cánovas es-



Melchor Fernández Almagro

tudiante de Derecho en Madrid, pero a la vez periodista y literato, surgió el hombre de Estado. Sin perder de vista al historiador.

—Entonces, Cánovas nos recuerda en esa variedad a Disraeli.

—Cánovas dominaba muy varias disciplinas, sobre todo la Historia. Fue un historia-

dor de cuerpo entero. Hizo novela y también versos. Los versos de Cánovas son tan defectuosos como se quiere, pero no vulgares. Son versos malos de un hombre de talento.

—¿Lástima que no haya más hombres de talento entre los poetas! ¿Y qué me dice usted, Melchor, del Cánovas historiador?

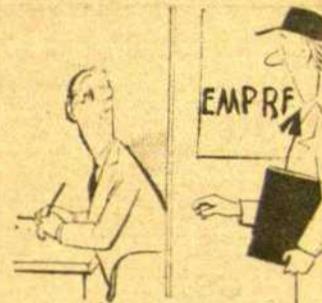
—El tema dominante en los trabajos históricos de Cánovas es la decadencia de España durante los tres últimos reinados de la Casa de Austria. Cánovas hace Historia objetiva, científica, documentada de primera mano. Pero bien se nota que el que la hace, a más de historiador, es político. Extrae de los hechos —sin forzarlos, naturalmente— las debidas enseñanzas, y hasta hizo escuela histórica en su mismo partido, Silvela, que él sucedió en la jefatura de los conservadores, cultivó también temas análogos.

—¿Cree usted a Cánovas la más grande figura política del siglo XIX?

—La personalidad política de Cánovas predomina sobre todos los otros aspectos. No creo que nadie pueda oponer a Cánovas otro político del siglo XIX que le aventaje. Prim era también un hombre extraordinario, pero fué asesinado antes de poder realizar todos los planes que abrigaba. Cánovas, con la Restauración, sacó a España del caos producido y la proporcionó un largo período de paz. La mayor parte de la vida de Cánovas se confunde con la Historia misma de España.

HISTORIA MUDA

El autor del sainete muestra su obra al empresario. (Liliput)



¿UN DIALECTO TARRASENSE?

Así parece atestiguarlo la presente reproducción de la muestra de una tienda abierta en una calle de la progresiva ciudad de Tarrasa.

En ese aspecto lingüístico, y a la vista de la fotografía, hoy que reconocer que los tarrasenses se apuntan un tanto, muy difícil de neutralizar por sus tradicionales antagonistas de Sabadell.



UN TREN OLVIDADIZO

En el diario «Arriba» del día 20 de diciembre leemos la siguiente interesante noticia:

BURGOS, 19. — El tren expreso que hace el servicio Madrid-Irún llegó ayer con sólo dos locomotoras, el tender y el furgón correo. El resto del convoy había quedado abandonado a unos cinco kilómetros de la capital. Cuando el ferrocarril entró en esta estación fue cuando los empleados se dieron cuenta de lo sucedido y comprobaron que los enganches se habían roto. Con la rápida urgencia que el caso requería, se enviaron socorros, hallándose el resto del tren a la distancia antes citada. Después del arreglo de los desperfectos, el convoy continuó su marcha. — Cifra.

POSTAL

El tiempo, en los días navideños, ha desmentido de una manera total su simbología. No sólo no ha hecho su aparición la nieve en otras partes de Cataluña que en las más altas, sino que la temperatura se ha mantenido extraordinariamente suave. Los días amanecían con una neblina tenue que apenas prestaba un aire de irrealidad al paisaje. Luego, a media mañana, se alzaba un sol triunfal, se desvaía la niebla y todo el paisaje aparecía con tonos vivos y alegres, con una vitalidad mañanera. Este año pasado ha poseído un otoño que no acaba de morir nunca. La caída de la hoja de los árboles se ha visto interrumpida varias veces, porque la savia adquiría de pronto nueva vida. En Navidad han caído las últimas hojas, definitivamente vencidas. Este regalo de Navidad de los árboles han sido unas hojas con unos colores lujosos, desde un cobre solemne a una violeta tornasolado. El sol ha tenido un parpadeo cálido e inaprensible en estos días, un temblor casi primaveral. Nuestra Navidad ha sido auténticamente suave y levantina, casi meridional.

EUTANASIA AVICOLA

La Sociedad Protectora de Animales y Plantas ha editado un cartel divulgando el modo de transportar los pavos en vivo. Se trata de llevarlos, en brazos, como a un niño, en vez de cogerlos brutalmente por las patas, colocando al animal cabeza abajo. El vistoso y bien intencionado cartel, pese a haber sido ostensiblemente fijado en lugares «ad hoc», no ha endulzado mucho el rigor con que las aves son tratadas por Pascuas. No ha faltado irónico que, fingiendo extraordinarios buenos sentimientos, ha telefonado a la referido

Sociedad preguntando cuál era el sistema más piadoso de asar los pavos.

MUSICA DESCRIPTIVA

De un periódico local del año 1860:

«La habilidad con que toca el organista de la parroquia de San Justo, imitando perfectísimamente la salida y llegada de los trenes, la marcha de un regimiento y otras mil cosas, atrae todas las noches a aquella iglesia una numerosa concurrencia.»

PRIMA A LOS TRASNOCHADORES

Seguramente con el propósito de fomentar las buenas costumbres, se han implantado unos billetes tranviarios a precio reducido, de ida y vuelta, que se expenden de las cuatro a las nueve. A quien madruga, la Compañía de Tranvías le ayuda.

La iniciativa encontrará muchos entusiastas, especialmente entre trasnochadores empedernidos, que retiran todos los días a las tantas de la madrugada, y que ya se ven transportados a casa con un cincuenta por ciento de rebaja.

PASTERIA DE REYES

¿El «gâteau de Rois»? A ver, necesitamos un pastelero. Aquí está el señor Parellada, con muchos años de oficio y otros tantos de señorío encima.

—¿En qué consiste el pastel de Reyes?

—¿Quiéren la receta? Anoten: harina, mantequilla, levadura y huevos. Luego, cuando las cosas se hacen a conciencia, precisa granillar el conjunto con polvo de bolado. Y encima, marcar las porciones con tajadas de naranja o «poncem».

—¿Y el «gâteau» está listo?

—No, no... Falta todavía otra operación, importantísima, que es el perfume del pastel. Cada confitero posee su fórmula particular.

—¿La suya, señor Parellada?

Nuestro interlocutor calla. ¡El secreto profesional!

La moda del «gâteau», como complemento gastronómico de la festividad de Reyes, no decrece. Al contrario, cada año son más las familias que redondean con ese tradicional pastel el alborozo característico de la jornada.

Los franceses, inventores del «gâteau», han lanzado también la llamada «galette de Rois», que es una torta a base de hojaldre relleno de nata. La vida, decididamente, se complica... Eso sí: ¡endulzándose!

CINCO MINUTOS del Arco

con JOSE F. ARQUER

A estas alturas, apenas se tienen noticias concretas de los actos para conmemorar el centenario del Gran Teatro del Liceo. Y es cosa de días. Parece ser que lo único cierto es una cena, a trescientas pesetas cubierto, y un baile, a continuación, en la gran sala del coliseo. A la cena se calcula asistirán unas mil personas. ¿Pero todo el centenario se va a reducir a esto?

Y me planto en el despacho del empresario, señor don José F. Arquero.

—Señor empresario, yo sé que usted tenía grandes proyectos; ¿qué hay de todo ello?

—¿Por qué viene usted a verme a mí?

—Porque cuando tomó usted posesión de las riendas, como empresario, habló de las fiestas del centenario.

—Sí, pero... Pero vamos a ver, ¿no había, en principio, intención de que en el centenario participara todo el pueblo de Barcelona?

—Sí, pero... ¿No existía un proyecto de ayudar a la beneficencia?

—Yo soy de opinión que hay que sacar el dinero a los ricos para dárselo a los pobres.

—Muy cristiana idea; ¿pero qué hay en concreto?

—Yo no sé...

—Aquí tiene usted, encima de la mesa, muchas cosas; ¿ninguna va a seguir adelante?

—Pero ¿por qué ha venido usted a mí?

—Aclaremos. ¿De quién dependen los actos que con motivo del centenario se celebrarán en el Liceo?

—De la Junta de Gobierno de la Propiedad del Liceo. Por parte de la Empresa representaremos «Ana Boleña», empleando el mismo material de orquesta de hace cien años, que, por cierto, ya no existe otro en Europa. Y para ello han tenido que estudiarse la obra los artistas, puesto que desde hace setenta años no se ha representado.

—Bueno, pero esto no es



José F. Arquero

nada para un centenario; ¿eso es todo?

—Vaya usted a ver a los de la Junta de Gobierno. ¿Ha visto al barón de Güell?

Y al barón de Güell fui.

—Mire usted —dijo al recibirme—, en mi vida me han hecho una «entrevista»; déjeme que muera sin que me la hagan.

—Bien; ¿puede usted indicarme alguna persona de la Junta que me hable de las fiestas del centenario del Liceo?

—Ninguno está autorizado sin que se reúna la Junta.

—¿Y cuándo se reúne?

—¡Ah!, no sé; ya tuvimos una reunión.

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?

—Créame que lo siento. Encantado en saludarle; mucho gusto.

—El gusto es mío.

Y así acabó la cuestión.

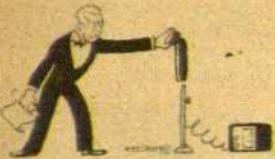
HISTORIETA MUDA



LA HORA DE LOS ANUNCIOS

«Sr. Director de DESTINO»

Muy señor mío: Le agradeceremos se sirva insertar en el digno semanario de su dirección las siguientes líneas, que expresan el deseo de sentir de un nutrido



grupo de obreros y empleados.

Nos referimos concretamente a la baja calidad y tono de las emisiones de radio, en nuestra ciudad, especialmente durante las horas en que la inmensa masa de trabajadores puede escucharlas, o sea las de comida y cena.

Nosotros tenemos que soportar una serie de anuncios mal hilvanados, estúpidos. Nos reimos de las películas psicológicas y freudianas. Los anuncios, tal como se presentan hoy, son francamente detestables. Antes soportábamos durante una hora, una relación escueta de artículos y productos. Ahora, tenemos que soportar durante la mitad del tiempo que dura una emisión diaria, no solamente anuncios, sino emisiones-aviso, de una chabacanería y mal gusto, casi todas —hay honrosas excepciones— que nos alarmaría, si estas emisiones-aviso llegaran a gustar al público, porque sería un índice bien bajo de mal gusto y una ausencia completa del sentido de la proporción y de la justeza de tono.

Pero, no es a los anuncios a los que atacamos, sino al hecho de que se escogen precisamente las horas en que la gran masa puede oír la radio, para lanzarlos. Como si no tuviéramos bastante con las emisiones benéficas, de buena intención, sin duda, pero cuyo común denominador, es la plúmbea pesantez.

Todo esto deseáramos que mejorase, no solo en interés propio, sino para evitar el hecho de que cada día hay más radioescuchas que sintonizan las emisoras francesas, italianas, suizas, etcétera, para hallar buenos programas. Esto es una vergüenza para las emisoras nacionales. Y conste que las emisoras catalanas son, con las de Madrid, las mejores, en calidad, de España.

Por delegación,

JOSE VIDAL»

COMO HAY QUE PINTAR

«Sr. Director de DESTINO»

Mi querido amigo: En el libro de mi querido y admirado amigo José Pla «Vida de Manolo» hay una inexactitud que me interesa



vivamente que sea rectificada.

Hablando de las conversaciones que Manolo tuvo con distintas personas, dice:

A Rafael Llimona: «Se tiene que hacer la escultura como Borrell Nicolau, pero bien.»

Nunca Manolo me habló de Borrell Nicolau.

Sin duda la culpa es debida a una confusión de José Pla al no recordar con toda exactitud una conversación que tuve con él a propósito de Manolo.

La cosa, en realidad, fue como sigue:

Estando un día en Caldas con el inolvidable Manolo y varios amigos, discutiendo de todo lo divino y humano, hablaba Manolo de los

CARTAS al Director.

pintores con pretensiones de genio, y dijo:

«S'ha de pintar con el pintor tal... (el nombre del cual por discreción me reservo), pero bé! M'entenen, ara?»

Ruégoles que esta carta sea publicada, pues además de ser Borrell-Nicolau amigo mío, es uno de los valores positivos de la escultura de nuestro país.

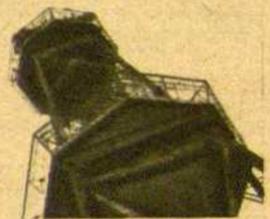
Queda de usted s. s. RAFAEL LLIMONA.»

AYER, ORGULLO; HOY, VERGÜENZA

«Sr. Director de DESTINO»

Muy señor mío: Me permito insistir en un asunto que hace meses ya denuncié DESTINO, bajo el título «Ayer, orgullo; hoy, vergüenza», referente al estado actual del que fué hermoso aéreo del puerto.

Desembocando en la Estación Marítima, la primera bienvenida que ofrece la ciudad al viajero, es el enorme esqueleto de compa-



ñía de un ruido producido por los cables de los ascensores al chocar entre sí, de la que fué hermosa torre de Jaime I, y al extender la vista nos encontramos con la colga de la Barceloneta, que aún está peor.

y con la agravante de que por debajo de ella pasan diariamente miles de personas, especialmente los obreros del Vulcano y los socios del Natación, con la amenaza que del cielo les caiga algo, y no precisamente un don.

Creo que ha llegado la hora de subsanar esta anomalía, y por esto me dirijo a usted, para que aliente a la opinión a conseguirlo.

Muy agradecido,

F. VALLHONRAT.»

FILOSOFOS Y MARTIRES DE LA GASTRONOMIA

«Sr. Director de DESTINO»

Muy Sr. mío:

En el número 541 de la revista por usted dirigida, don José Esteban Vilaró publica un admirable y documentado artículo, bajo el título «Filósofos y mártires de la Gastronomía», al cual, con su venia, me permito hacer las siguientes objeciones:

La frase «el hallazgo o el invento de un nuevo manjar contribuye más a la felicidad del género humano que el descubrimiento de una nueva estrella», tan corrientemente atribuida a Brillat-Savarin, no es de este delicado filósofo, sino que fué pronunciada por Henriot de Poncey, presidente del Supremo, gran amigo y mentor gastronómico de Cambacérès, dirigiéndose a sus invitados, los sabios Laplace, Chaptal y Bertholet.

Brillat-Savarin, jurista, magistrado de carrera, músico, traductor de Horacio y profundísimo filósofo, fué un detestable «gourmet», pues a la opinión del Barón de Brisse,

citada por el señor Esteban Vilaró, hay que añadir la de Dumas, que le llamaba «vigoureux mangers», y sobre todo, la del genio máximo de la coquinaria, el sublime, divino Carême, que decía: «M. Brillat-Savarin jamás supo comer. Le gustaban los platos fuertes, vulgares, que llenasen. Textualmente, M. Savarin era un voraz; hablaba poco y, a mi parecer, tenía poca facilidad de palabra. Al final de la comida estaba abotargado; yo le he visto dormirse, y esto muchas veces.»

Desde luego, las tres o cuatro recetas que dejó escritas son verdaderamente impracticables, y su célebre «L'Oreiller de la Belle Aurore» no hay quien la resuelva, teniendo necesidad el gran cocinero Phyléas Gilbert de modificarla casi en su esencia para ponerla en práctica.

En cuanto al inmortal Grimod de la Requière, es inexacto que fuese descendiente de una familia de letrados. Su padre, hijo de un «charcutier», amasó una gran fortuna como «fermier general» de no sé qué monopolio, y con el dinero le entró la manía de grandezas, consiguiendo a fuerza de oro obtener una ejecutiva nada menos que de manos del propio Guarda Sellos. De todo esto se burlaba su hijo en todo momento, no perdiendo ocasión de ridiculizar la nobleza de su progenitor, humillando constantemente a su familia. En cierta ocasión que su padre estaba ausente, dió en el domicilio de éste una comida original. Todos los invitados eran del ramo de la alimentación: panaderos, carniceros, pescateros, etcétera, componiéndose el menú exclusivamente de productos del cerdo, todos muy grasientos, sen honor del abuelo charcutier.

De maestras las actuaban unos escamálcos vestidos de heraldos, con las frescas armas de los Grimod bordadas en las dalmáticas, y para remachar el claro, puso en los ángulos del salón a otros tantos monaguillos con sus correspondientes incensarios, quienes, a una señal, se acercaban al

anfiteatro, haciéndolo desaparecer entre una nube de humo, para —decía el gran Grimod— ahorrar a sus invitados el trabajo de adularle, como harían los de su padre. Este presentóse inesperadamente y su rabia fué tan grande que consiguió que su hijo fuese desterrado de París, nada menos que por «lettre de cachets». Afortunadamente, antes de los seis meses, el viejo Grimod realizó un acto inteligente: se murió, dejando a su hijo en posesión de la gran fortuna que le permitió dedicarse de lleno a la ejecución de su elevadísima obra.

Cuenta Dumas, padre, que conoció a Grimod septuagenario y siendo invita-



do a comer, conservó el recuerdo de la comida como una de las mejores de su vida. No hay que olvidar que Dumas era pontífice en la materia.

Lo de los dedos apalmados no es más que una pura invención de los maledicentes de la época, para explicar la costumbre de Grimod de usar constantemente guantes en público. Los usaba para ocultar la fealdad de sus manos, horriblemente mutiladas a causa de un accidente sufrido en su infancia. De ser cierta la jábula de las membranas, aunque no estuviera muy adelantada la cirugía estética, no creo que un hombre superior, como el refinado Grimod, dejase de someterse a una fácil operación, menos incruenta, desde luego, que la que sufrió, ya de mayorcito, el infortunado glotón de Luis XVI.

Atentamente le saluda, suyo atto. y ss. ss.

J. L. RODRIGUEZ.»

Muebles FANLO

JOVELLANOS, 1 • TEL. 15255

I. Ponti patentes y marcas

Pº GRACIA, 33 TEL. 21174



GALERIA DE ARTE

CONSEJO DE CIENTO, 323

TELEF. 12064

FELIZ AÑO NUEVO

MAQUINARIA CINEMATOGRAFICA S.A.



MALLORCA, 228 • TEL. 73171

A SUS CLIENTES Y AMIGOS, FELIZ AÑO NUEVO

TALLERES NUMAX

VALLIRANA, 30 TELEFONO, 71032

Montaber FABRICA DE PERFUMERIA

SICILIA, 236 / TELF. 54571

EL ASOMBRO

POR ANTONIO RABINAD

El pequeño Elías se hallaba despierto desde las siete.

Se encontraba mal: tenía la sensación de que su cabeza ora aumentaba, ora disminuía de volumen, dolorosamente. A intervalos, se hundía en una penumbra fosforescente que le mecía, sin voluntad, de un lado para otro. Elías entonces no podía precisar dónde tenía los pies o la cabeza.

Confusamente, oyó a su padre levantarse. Con los ojos cerrados, le veía moverse por el piso. Oyó el chocar del agua fría: su padre, en el cuenco de sus velludas manos, recogía el agua helada de la mañana. Después se la echaba al rostro y restregaba fuertemente. Se

sobre los ennegrecidos vagones. Cuando silbaban, tenía que abrir la boca y aun así le parecía que le taladraban los oídos. Recordó la visión, al pasar, de una máquina con los fogoneros negros recortados sobre la roja llamada del hogar.

Elías se recostó en el respaldo de la silla. Sobre la nuca sentía un latido creciente y doloroso, tenía en la boca un sabor metálico y dulce. El brazo le resbaló a lo largo del cuerpo, con la pluma, mojada, en la mano. Entornó los ojos.

Oyó como en sueños a su madre, suspirando, revolverse en el lecho. Luego el chasquido de las zapatillas en el pasillo.

ras manchas sobre el gris pálido del empedrado, pero a medida que avanzaban se iban definiendo y cada obrero tenía su especial modo de andar, una manera de ser que le diferenciaba de los demás. Pasaban. Sobre ellos, el rosa del atardecer era tan maravillosamente bello que parecía que hubiera de ser eterno.

Su padre se asomó al balcón y dijo: —Estás ahí y no me has visto llegar... ¿Qué distraído eres!

Elías besó a su padre y no dijo nada. Estaba como asombrado.

Del interior llegaba ruido de loza y cubiertos, familiares ruidos asociados a la mente del pequeño con hondos platos orlados de flores y una botella azul, situada en el centro de la mesa, conteniendo un agua que, en verano, era tibia y pesada, y en invierno, penetrante y luminosa.

El padre de Elías era un hombre silencioso y comía con regularidad, mecánicamente, mirando sin ver la ensombrecida pared de ladrillo rojo del edificio vecino. Pasaron, chillando, sobre el crepúsculo violeta, las primeras bandadas de golondrinas oscuras.

—Papá, ¿por qué es hoy el día tan corto? El padre le miró curiosamente.

—¿Por qué dices eso? —No sé... Otras veces, a la hora de comer, da el sol en esa pared.

El padre dejó la cucharilla en el borde del plato y dijo con calma:

—Es que ahora estamos cenando.

Elías estaba extrañamente excitado. Su mundo familiar se desenvolvía indiferente a su asombro, con turbadora rapidez. Le parecía que estaba soñando: «Ahora ¿no comían?» Intentó hablar y explicar toda aquella confusa maraña de sensaciones; pero las palabras, las buenas y antiguas palabras, se habían vuelto, de pronto, hostiles y reacias. En su turbación, extendió la mano, derribando un vaso de agua.

El agua obscureció rápidamente una franja de mantel y empezó a formar un charquito en el mosaico.

Elías la siguió en su curso, azorado. En su mejilla chocó la mano paternal, ruda y terrible.

—¿A ver si te despiertas!

Su madre se levantó y, mientras recogía el agua y apartaba un pedazo de pan reblandecido, suspiraba:

—Eres una calamidad.

Elías no sintió dolor alguno por la bofetada, pero durante un instante no pudo pensar con claridad. Por primera vez en su vida presentía cuánta sombra y fatalidad hay de corazón a corazón. Pensó que, efectivamente, era una calamidad y que no había remedio, siempre sería así. Se levantó en silencio y volvió al balcón. Se sentó en el suelo, lleno de vago asombro e indefinible tristeza. En el cercano taller de soldados ferroviarios tocaron a fajina y los vio alinearse ante la cocina, haciendo sonar las escudillas. Del interior del piso llegó ruido de llaves y el cerrar de la puerta: sus padres se iban al cine. Elías alzó la cabeza y contempló largamente el vuelo de las golondrinas. En el taller, un grupo de soldados estaba cantando. Uno de ellos atravesó el llano que quedaba entre las casamatas, empezó a encaramarse a un almece seco, altísimo, que allí había. Entre los hierros del balcón lo veía ascender, arriba, arriba. Vestía el uniforme azul. Elías pensó que, prendida en la guerrera, sobre el corazón, llevaría la pequeña locomotora plateada. Subía el soldadito. Subió tan alto que, a cada movimiento, el árbol se balanceaba calmosamente. Entonces lanzó un alegre grito y se puso a lanzar pedazos de ramas a los que pasaban. El crujido de las ramas al ser arrancadas llegaba indistintamente a los oídos de Elías. El aire se adelgazaba y ensombrecía cada vez más; con la última golondrina revoloteaban los primeros murciélagos. El soldado se había quedado inmóvil y era casi invisible. Poco a poco, sin darse cuenta, había caído la noche. De pronto, entre el ramaje de la copa, brilló, clara y enorme, una estrella. El soldado parecía estar tan cerca de ella que con sólo alzar la mano hubiera de cogerla. «Coge la estrella, anda, cógela», murmuraba el pequeño. Y miró al cielo y era de un intenso azul y lleno de puntitos luminosos.

Elías pensó confusamente en lo bello que sería morir ahora, bajo el beso frío y dulce de las estrellas misericordiosas.



Ilustración de José María Prim

ponía una taza de café y acababa de vestirse. Ahora cogía la fiamblera y la envolvía en un ancho pañuelo azul listado de blanco...

Elías oyó abrir y cerrarse la puerta con suavidad y el eco de una tos lejana en la lobreguez de la escalera.

Una eternidad después cayeron, sonoras y lentas, ocho campanadas. Elías se despejó repentinamente. Tenía que hacer los deberes del colegio. Se fué vistiendo desganadamente, con los ojos semicerrados. Levantó una punta del tapete rojo que cubría la mesa del comedor y se sentó. Un mechón de cabellos le caía sobre la cara. Despaciosamente, fué leyendo el problema que la tarde anterior había copiado en su cuaderno, siguiendo atentamente los renglones de correcta caligrafía que el maestro iba trazando en el encerado.

«Una locomotora hace 40 kilómetros por hora; otra sale 4 horas después de haberse puesto en marcha la primera y recorre por hora igual distancia que la primera. Al cabo de 9 horas de puesta en movimiento la primera locomotora, ¿qué ventaja a la segunda llevará?»

La frescura de aquella mañana primaveral se iba subiendo por las piernas y le cosquilleaba desagradablemente por la espalda. «Una locomotora hace 40 kilómetros...» Varias veces su padre le había llevado a la estación y había visto de cerca aquellas poderosas máquinas, con los flancos llenos de vapor y un penacho de humo blanco y gris ascendiendo

Su madre, en camisa y la mirada turbia de sueño, se paró ante él.

—¿Qué tienes, hijo? El acentuó su expresión de malestar. La posibilidad de no ir a la escuela pasó por su pensamiento.

—No sé... La cabeza. Su madre le puso la mano en la frente. Le alisó los cabellos.

—No será nada... Anda, vuelve a la cama. Se acostó, hallando el lecho tibio aún y acogedor. Su madre le arropaba con cuidado.

—Pon los brazos dentro, hijo... El pequeño Elías se abandonaba a aquella sensación de bienestar y a la ternura suave que se desprendía de las manos de su madre. Poco a poco, le fué envolviendo la oscilante penumbra. Las locomotoras del problema, negras y ruidosas, empezaron a ir de un lado a otro de su cerebro, como locas.

Se despertó a las seis de la tarde. Estuvo largo rato oyendo el estruendo de los carros sobre el empedrado de la calle, rumores de conversaciones y el interminable tañer de la campana del lejano paso a nivel. Luego sonó largamente, retorcida y angustiada, la sirena de una fábrica.

No recordaba apenas el malestar de la mañana. Se vistió y fué a sentarse, silencioso e inmóvil, en el balcón. Bajo él pasaba y pasaba una muchedumbre uniformada de azul. En el fondo de la calle, los grupos eran obscu-



El champaña de gran gala

1947 será un año importante en la historia de nuestra agitada época porque en el mismo se han marcado unas directrices que determinan, seguramente, el porvenir por muchos años. No es, exactamente, como algunos piensan, que 1947 haya marcado el fin del «apaciguamiento». No; el «apaciguamiento» murió ya en 1946, cuando los Estados Unidos, la primera vez por boca de Byrnes, le dijeron «¡basta!» a Rusia.

Pero el «¡basta!» de 1946 era meramente negativo. Se oponía al imperialismo soviético de una manera todavía pasiva y vacilante. 1947, en cambio, ha visto la aparición de una política americana de signo positivo y activo.

Sus dos columnas fundamentales son la llamada «Doctrina Truman» y el llamado «Plan Marshall». Expuesta la primera inicialmente, en el mensaje presidencial al Congreso sobre la ayuda a Grecia y Turquía (12 de marzo). Y formulada la segunda, por primera vez, en el discurso pronunciado por el general Marshall en la Universidad de Harvard (5 de junio).

La Doctrina Truman encuentra su expresión más concisa y precisa en las siguientes palabras que figuran en aquel mensaje presidencial: «En el momento presente de la historia del mundo, casi todas las naciones se encuentran en la necesidad de escoger entre dos géneros de vida. Y con excesiva frecuencia, tal elección no es libre... Yo creo que debemos ayudar

a los pueblos libres a realizar sus destinos según su propio género de vida.»

O sea que se establece la necesidad y el deber de los EE. UU. de intervenir en la política mundial en un determinado sentido.

En cuanto al Plan Marshall, el secretario de Estado dijo unas palabras, en su discurso de Harvard, que bastan a resumir su sentido: «Aparte el efecto desmoralizador que tiene sobre el mundo entero la desesperación de los pueblos en cuestión (los afectados por dificultades económicas insalvables), y de los desórdenes que puede provocar, las consecuencias de esta situación para la economía de los Estados Unidos deberían ser evidentes para todos. Es lógico que EE. UU. deban hacer cuanto puedan para ayudar a restablecer la salud económica del mundo, sin la cual la estabilidad política y la paz firme son imposibles... No sería bueno ni útil que este Gobierno inicie un programa destinado a restablecer la economía europea. Este es asunto de los europeos. La iniciativa debe venir de Europa.»

O sea, que supuesto el intervencionismo norteamericano — que propugna la Doctrina Truman —, su primera aplicación ha de ser económica, y realizada sobre el principio de «ayúdame y los Estados Unidos te ayudarán».

Armados de aquellas dos gigantes armas, los Estados Unidos han instalado, de manera activa y positiva, su enorme potencialidad en el centro de la política mundial. Esto resume y da toco a lo que ha sido 1947.

Y 1948, POR DELANTE

La mayor interrogante que se abre sobre 1948 es ésta: ¿será el año de la guerra?

A esta terrible pregunta nadie puede contestar con certeza. Si la guerra no estalla, cosa muy posible, 1948 será, seguramente, el año del Plan Marshall, o sea el año del comienzo efectivo de la ofensiva occidental. 1948 demostrará si la doctrina Truman y, por lo tanto, el Plan Marshall son útiles para cerrar definitivamente el paso al imperialismo comunista. Rusia intentará un esfuerzo supremo, en el terreno político, seguramente en Italia y Francia. Desde luego, ya se anuncia una formidable campaña comunista para ganar las elecciones checoslovacas de la primavera próxima.

En 1948 tendrán lugar otras elecciones trascendentales: las de presidente de los Estados Unidos. Indudablemente, cualquiera que sea el partido vencedor, la política exterior de la poderosa Unión seguirá siendo la misma. A no ser que el vencedor fuera Wallace, que acaba de proclamarse candidato del tercer partido. Pero parece que las perspectivas de este pontífice de los «compañeros de viajes», de este aspirante a «semi-Quislings» no son muy brillantes, gracias a Dios.

Si las cosas se desarrollan de acuerdo con lo dicho, Rusia puede encontrarse hacia fines de año ante un dilema tremendo: o lanzarse a la guerra o resignarse a volver a quedar encerrada definitivamente en sus fronteras — unas fronteras, claro está, mucho más amplias que las anteriores, pero fronteras al fin y al cabo. En tal caso, podría volver a ocupar el primer plano de su política la necesidad de créditos y de ayuda extranjera... Pero todo esto son pronósticos; y los odio.

VICTOR MANUEL III

Durante las conversaciones preliminares a la caída de Mussolini, al proponérsese algunos nombres de viejos políticos liberales para la situación que se preparaba, Victor Manuel III le dijo a Badoglio, en su común dialecto piemontés, que tanto gustaba emplear:

«Ma, i sunt di revenants!» (Pero si son unos fantasmas!)

Fina y aguda observación de un viejo inteligente cargado de experiencia y escepticismo respecto a los hombres. Pero Victor Manuel III no supo ver que él podía ser también un «revenant». Y no comprendió que era conveniente apartarse para salvar la dinastía.

El retraso en la abdicación del viejo Rey, envuelto, con razón o sin ella, en la impopularidad que cubrió al fascismo en su caída, parece, en efecto, haber sido uno de los factores psicológicos predomi-



Miguel de Rumania, destronado por los comunistas

nantes en la caída de la Monarquía italiana. De haber abdicado, Victor Manuel III hubiera pasado a ser una figura histórica; y pocas veces se hace daño a los vivos hablando mal de los muertos. Pero, persistiendo en titularse Rey de Italia, todo ataque contra él se convertía en ataques directos e inmediatos contra la dinastía y contra la institución. De tal manera parece esto cierto, que, una vez abdicado y salido de Italia, la causa monárquica ganaba terreno de manera tan visible, que resultaba «fascista» y «reaccionario» hablar de aplazar, siquiera unas semanas, el plebiscito, pues cada día se acentuaba la reacción dinástica.

Con todo, fué necesaria la cegu-

cia comunista, para lograr que un ministro del Interior poco escrupuloso organizara uno de los más gigantescos «pucherazos» de la historia electoral, para lograr una mayoría republicana por escaso margen.

Aunque es posible que a esto contribuyera, también, pese a la desatada campaña antisaboyana, la comprobación evidente de que gracias a la presencia de Victor Manuel III Italia se ahorró una guerra civil o un final terrible, como el de la Alemania hitleriana. Todo porque el Rey estaba allí para substituir a Mussolini regularmente; y por su sencillo gesto de trasladarse al Sur, junto a los aliados. La Historia de Italia no podrá regatearle a Victor Manuel III el reconocimiento de estos inmensos servicios.

MIGUEL I ES DESTITUIDO

Por lo visto, los «quislings» que «gobiernan» en Rumania esperaban que el Rey les ahorrara el trabajo de destituirle, según convenía a los altos designios de Moscú. Le dejaron ir a Londres, para la boda de la princesa Isabel, pensando que se quedaría en Occidente. Después, le hubieran acusado de «haberse ido a servir a los esclavizadores de Wall Street», y hubiesen proclamado la consabida República Popular. Acusado de esta especie de desertión, el prestigio de Miguel I, muy elevado en Rumania, podía quedar afectado, pensaban.

Pero Miguel I volvió a ocupar su angustiosamente difícil puesto. Y ahí surge a la superficie el grosero desconcierto de los comunistas dominantes. A toda prisa, sin guardar la más mínima apariencia de realidad política — ¿para qué en un país sometido a aquel régimen —, se organiza la precipitada «abdicación» y se «ofrece» al pueblo rumano «la ocasión de tener en mano su destino», proclamándose, sin más tardar, y por todas las unanimidades posibles — Gobierno y Parlamento — la República Popular. Ya



Victor Manuel III, cuando subió al trono

ra de entonces de los anglosajones — norteamericanos en primerísimo término —, imponiendo Gobiernos «de amplia base», o sea de influen-

EL SEPARATISMO EN UCRANIA

MALOS vientos empiezan a correr para la U.R.S.S. Desde aquellos días en que las voces del Kremlin eran tomadas como artículo de fe en los países democráticos han transcurrido sólo meses, y sin embargo ya nadie se deja engañar respecto a las verdaderas intenciones y carácter de la dictadura que impera en Moscú y que se pretende imponer al mundo. Ha nacido una lógica reacción de defensa cada vez más activa y potente por todas partes. La opinión norteamericana, reconociendo su pasado error, apoya ahora firmemente a su Gobierno en la lucha tenaz que sostiene contra las ambiciones rusas. Y en la mayoría de los países se denuncian con indignación los manejos criminales de los agentes soviéticos.

Por lo que se refiere concretamente al problema europeo, Rusia acaba de perder en Francia e Italia su primera escaramuza (no puede aún llamarse batalla) y aunque es de suponer que no se dé por vencida, este primer fracaso ha de tener influencia en el pensamiento de los dirigentes de la política soviética.

Pero es en el orden interno donde el panorama se presenta más sombrío para la Unión Soviética, tanto desde el punto de vista político como desde el económico. La producción no responde a los ambiciosos planes previstos; falla el utillaje, falla la materia prima, y sobre todo falla el hombre, que ya se va cansando de su inhumana explotación por el Estado. La vida del pueblo ruso es cada vez más difícil, el mercado negro aumenta sin cesar y el descrédito del rublo ha llegado a ser alarmante. Y por si esto fuera poco, algunas ricas regiones ligadas al tronco común soviético comienzan a exteriorizar de modo violento su voluntad de independencia.

Este movimiento separatista es quizá el síntoma más grave de la Unión Soviética y se manifiesta con particular virulencia en Ucrania, que, como es sabido, ha sido siempre el principal granero de la inmensidad rusa.

Cuando estalló el conflicto germanosoviético surgió en las zonas pantanosas y forestales de Volhynia, que se empleaban entonces como principales líneas de comunicación de las tropas del Reich, el Ejército de patriotas ucranianos llamado U.P.A. (Ukrainska Poustancha Armija), ejército que llegó a tener en 1944 un efectivo de 250.000 hombres. Y tanta importancia llegó a adquirir esta organización militar, que a su amparo se constituyó

sólo falta montar, bien de prisa, el correspondiente referéndum, en el cual la República obtendrá el no menos correspondiente 99 por 100 de los votos.

Todo esto podría ser grotesco si no fuera, a la vez, trágico.

En estos momentos, muchos rumanos lloran la desaparición del Rey. Mientras estaba allí, a pesar de su forzoso oscurecimiento de los últimos tiempos, constituía siempre una luz de esperanza, una ilusión, una representación viva de que la patria seguía alestando, bajo la dominación extranjera, y de que el principio, por lo menos, de la soberana moderación supra-partidista seguía respirando entre el temor partidista. Ahora, ya una sola inmensa república soviética se extiende desde Trieste a Kamchakta, sin detenerse a distinguir nada al pasar por el territorio variado y rico de Rumania. Ya todo está dispuesto para montar la Unión de Repúblicas Socialistas balcánicas que Tito, vice-Stalin peninsular, está organizando bajo el título de Federación Balcánica, para mejor servicio de la política comunista.

Eugenio d'Ors escribió, hace años, que los Reyes no pueden ser erradamente nacionalistas porque todos son primos. Muchos reales primos se reunieron en el «parterre de reyes» que organizó con ocasión del matrimonio de la princesa Isabel. Allí estaba Miguel I. ¿Es concebible que un jefe de Estado que vive bajo la férula de Moscú pudiera encontrarse en semejante reunión, que, por esencia, era una «anti-Kominform»? Sobran más comentarios.

EL MUNDO Y LA POLITICA

POR ROMANO

Perspectiva probable de 1948

El 1947 que acaba de pasar a la Historia ha sido — decimos — el año del despertar de los Estados Unidos, el año de la liquidación del rooseveltismo. No ha traído 1947 ninguna esperanza para los países que se hallan a Levante del «telón de acero» construido por el fascismo bolchevique. Los Estados democráticos que sacrificaron a esos países se hallan arrepentidos de su obra, pero no pueden, sin provocar una hecatombe, redimir a los pueblos esclavos de los soviets. Sin embargo, ese 1947, el año del arrepentimiento, ha conseguido, por lo menos, que el «telón» no se mueva y que la estepa rusa no avance. El peligro no ha sido aún definitivamente conjurado, y Rusia insiste, como en los tiempos de los zares, en su propósito de salir al Mediterráneo por Grecia y Turquía, y a los mares calientes por Persia.

¿Qué nos reserva 1948? Por parte de los Estados Unidos, el año que acaba de empezar será indudablemente dedicado al desarrollo del Plan Marshall. Pero ese esfuerzo no ha de librarnos de continuar sufriendo las iniciativas de Rusia. Mientras los Estados Unidos seguirán atentos a la aplicación del Plan Marshall, obra ciertamente positiva, pero de carácter defensivo, Rusia, en los terrenos político y diplomático, continuará su táctica de la sorpresa y del golpe de mano. Por grande que sea la paciencia de los norteamericanos, esa política de estar constantemente al quite no puede hacerles ilusión alguna. Por muy espectacular que sea la política de ofrecer toneladas de dólares, lo es mucho más la política de aventuras a que se entregan los conspiradores del Kremlin. Ante la realidad de un mundo tan profundamente dividido, en el cual unas brigadas de constructores han de defenderse a cada instante contra unas brigadas de sabotadores, es difícil creer que las dos brigadas no han de acabar a tiros. Y mientras esos dos equipos no acaben peleándose, es probabilísimo que, desde el punto de vista espectacular y propagandístico, los sabotadores se apunten más éxitos que los constructores. Un derrumbamiento es siempre más fácil, más rápido y más ruidoso que la paciente tarea de construir algo lógico.

Por parte de los soviets, el programa para 1948 es, hasta cierto punto, previsible. En Europa central, o sea en Alemania y Austria, intentarán prolongar la situación. El objetivo de la presente actitud no puede ser más evidente. Según la concepción del Presidente Truman y de Mr. Marshall, Europa debe continuar siendo una región de naciones independientes, una tercera fuerza entre Norteamérica y Rusia. En opinión del departamento de Estado de Washington y de sus especialistas en asuntos rusos, la Unión Soviética reconoce la importancia de los Estados Unidos y del Imperio Británico, pero se niega obstinadamente a admitir que la Europa no rusa pueda continuar desempeñando su antiguo papel histórico con una serie de naciones independientes de los Estados Unidos y del Imperio Soviético. Poco le importa a Rusia — dicen los norteamericanos — reforzar la posición de los partidos comunistas en Europa occidental. Lo que le interesa es reforzar la posición del Imperio ruso y es por esta razón que está decidida a oponerse al resurgimiento de una Europa occidental comunista o no comunista. La idea de una Alemania independiente y fuerte, pero comunista, le inspira pánico. Lo que le interesa es una Alemania comunista y mediatizada, una Alemania convertida en un peón del Imperio ruso. Tal es la opinión del departamento de Estado norteamericano sobre el punto de vista ruso por lo que respecta a Europa central. Y al considerar este punto de vista de Rusia, los norteamericanos insisten en que la guerra, además de haber determinado el vacío en el espacio alemán, reveló que la Francia de 1940 no fué la misma que en 1914-1918. Si Francia no hubiera sido derrotada militarmente y pudiera ahora gloriarse de una victoria propia y no, como actualmente, de una victoria ajena, la situación en la Europa continental sería muy diferente. A pesar de la inmensa fuerza demográfica de Rusia, la potencia y prestigio de que gozaba Francia al terminar la primera guerra mundial constituía un aglutinante de primer orden. Disimular esta realidad en aras de la francofilia, sería un pecado contra

aliar nacionalismo y comunismo. En sus artículos, Mr. James Byrnes, el ex secretario de Estado norteamericano, ha recordado que Karl Marx, el fundador del comunismo, denunció el eterno expansionismo ruso. En un artículo que Marx publicó en el año 1853, en el «New York Tribune», escribía: «De la misma manera que la conquista sigue a la conquista y la anexión sigue a la anexión, la conquista de Turquía por Rusia no sería más que el prelude de la anexión de Hungría, de Prusia y de Galitzia, hasta llegar, como última realización, al Imperio eslavo soñado por ciertos filósofos fanáticos del paneslavismo.

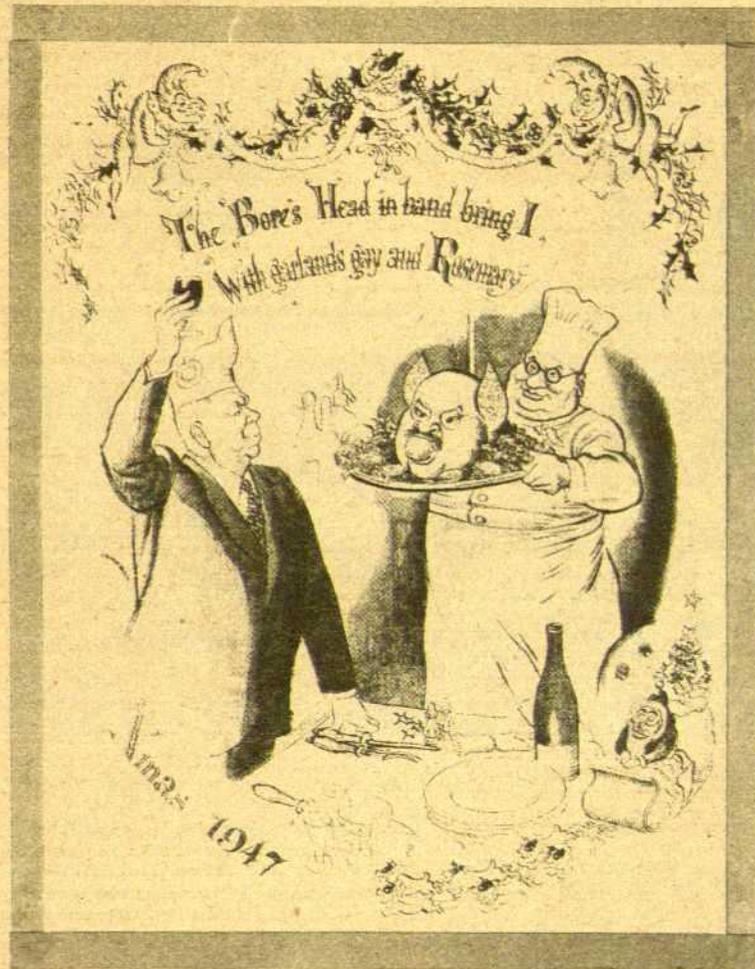
Contener la política rusa de anexión es una cuestión de la más alta importancia.» Problema antiguo ese del expansionismo ruso. Sólo las personas y las tácticas — dice mister Byrnes — han cambiado. Este sueño ha sido realizado ya gracias a una guerra que ha destruido o quebrantado a las potencias del Centro y Oeste europeos. No queda ni una nación eslava que no esté bajo el dominio de Moscú. Y para defender a este Imperio paneslavo, otras naciones — todas las naciones vecinas — han de servirle de escudo. Es, pues, evidente que Rusia ha de intentar conservar este inmenso Imperio, procurar que Alemania no resurja y que la inseguridad política y las huelgas sigan destrozando a Francia e Italia.

Procurará también Rusia en 1948 que Grecia siga amenazada por sus vecinos, Yugoslavia, Bulgaria y Albania. Se trata de anexionar una provincia griega o de crear una Macedonia independiente, otro Estado satélite que permitiría a Rusia salir al Mediterráneo. La tenacidad de la pugna está a la altura de tan alucinante ambición. Lo extraordinario del caso es que se haya permitido tanto tiempo esta obra de subversión en la frontera de Grecia. En otras épocas, no lejanas, cuando Inglaterra actuaba de policía, habría bastado un simple ultimatum, o una expedición naval de castigo, para frenar esos impetus. Rusia tiene prisa para lograr el hecho consumado. En cambio, mientras el portavoz del Foreign Office sale con unas declaraciones muy poco hábiles consolándose con que al «Gobierno» Markos le falta base, una noticia de Washington nos

informó de que el departamento de Estado hace seis semanas que viene estudiando el proyecto de denunciar la ayuda al Gobierno de Atenas... Esa ayuda probablemente no faltará; pero si sólo proporciona dinero y armamento al Gobierno de Atenas, no han de faltarle iguales recursos al «Gobierno» del general Markos. Entretanto, Rusia no desaprovechará el pretexto de denunciar el «intervencionismo» del «imperialismo americano», y de procurar que esa propaganda quebrante al Presidente Truman y a Mr. Marshall. Y en el caso, muy posible, de que la cuestión se complicara, siempre le quedará al Kremlin el recurso de ofrecer sus servicios para la localización del conflicto. La política de «apaciguamiento» impuso una nueva táctica diplomática unilateral. Lo difícil será abolir esos procedimientos y volver a los antiguos métodos. Cuando las brigadas internacionales hicieron su primera aparición en la frontera griega, habría bastado una severa advertencia a los Gobiernos de los países organizadores de tales brigadas para que la cuestión quedara inmediatamente sofocada. En sus buenos tiempos, así habría actuado Inglaterra. Actualmente, Inglaterra es débil y laborista, más laborista que laboriosa. Durante la otra postguerra, en ocasión en que los turcos se dedicaban a las matanzas de armenios, bastó una simple expedición de castigo como el bombardeo de Messina para que los turcos cambiaran de opinión.

Obsérvese que en todas las aventuras que Rusia emprende, directamente o por mediación de sus satélites, conserva no sólo la facultad de iniciativa, si que también una guerra de escape. Si este 1948 no es el año de la guerra, no es probable que varíe de táctica. Si realmente no quiere hacer la guerra, todas esas aventuras sólo pueden proporcionarles éxitos. Y, por el momento, conseguirá uno de sus principales objetivos: mantener la actual guerra de nervios, impedir la reconstrucción de Europa y Asia y humillar y fatigar a los Estados Unidos. A consecuencia de la presión en las fronteras de Grecia, lo que ya crear un insostenible malestar en Turquía. Y no es inverosímil que entre en sus cálculos provocar un serio conflicto para permitir, después el lujo de inventar un Comité de no intervención. En China, mantiene Rusia una guerra perpetua. ¿Por qué no ha de intentar montar una guerra parecida en otras partes? En China, la guerra la hacen los chinos; en los Balcanes, podrían hacerla los balcanicos. Unos gastarían armamento ruso y checoslovaco, y otros armamento norteamericano. Desarrollada sin precipitaciones, una guerrilla en las fronteras de Grecia podría convertirse en un resorte de gran importancia y acaso, por respecto a los hechos consumados, se lograría anexionar a alguno de los países satélites la Tracia griega.

1947 presidió el intento norteamericano de poner un dique al expansionismo ruso. No es probable que en 1948, Rusia abandone la partida. Una gran potencia joven, y por añadidura totalitaria, no puede resignarse a estar tranquila. A pesar de haberse atrincherado detrás de la muralla china del «telón de acero», la Rusia comunista está obligada a dar un espectáculo diario. Su dinamismo lo exige y las quintas columnas necesitan ese estimulante cotidiano. Mantener ese juego requiere una imaginación y una cautela extraordinarias. Cualquiera tropiezo puede ser fatal. En la misma situación se halló Hitler. Inventó la guerra de nervios y se sometió él mismo a igual tormento. La política sensacionalista llegó a embriagarle y a fuerza de éxitos cometió una tontería más, la irreparable. Y el hombre que alardeaba de ser el gobernante más fuerte que Alemania había tenido y que prometía fundar un Imperio capaz de durar por lo menos mil años, lo dejó hecho polvo. La cosa más probable es que esta división del mundo creada por el nacionalismo comunista ruso acabará catastróficamente. Muy difícil ha de ser que la actual tensión logre estabilizarse como un sistema normal. La paz depende tanto de la habilidad de Rusia como de la paciencia de los Estados Unidos.



Mr. Bevin desea las Buenas Fiestas a los Estados Unidos («Punch»)

entonces el Consejo General ucraniano... Liberación (U. H. V. R.)... Mientras duró la guerra entre rusos y alemanes la U.P.A. tuvo buen cuidado de no atacar sino a estos últimos, pero tan pronto como quedó vencida Alemania las fuerzas libres de Ucrania se volvieron contra la U.R.S.S., al principio de una manera prudente y disimulada, pero después más acusadamente cada vez, hasta el punto de haber llegado a constituir un motivo de grave preocupación para el Gobierno de Moscú.

Actualmente la U.P.A. se encuentra bajo el mando del general Taras Tchouprynka y comprende tres grandes zonas de operaciones: al Norte, en las regiones de Volhynia, Piliissia y Kiev; al Oeste, en los Cárpatos y más allá de la línea Curzon; y al Sur, cerca de Odesa y en la Dudas.

La acción de la U.P.A. es doble: política y militar. Políticamente se extiende a todos los terrenos; en las elecciones de 1946 consiguió impedir que los electores ucranianos emitiesen su voto, registrándose una abstención del 70 por 100; y en las regiones sometidas a su influencia no se acepta la administración regular soviética, existiendo de hecho una doble soberanía, hasta tal extremo, que en algunas localidades de importancia los funcionarios soviéticos trabajan solamente hasta media tarde, trasladándose después a la capital para escapar de las raras nocturnas de la U.P.A. La actuación militar de las fuerzas libres de Ucrania es unas veces en pequeñas partidas tipo «maquis», que atacan a los destacamentos del Ejército o de la Policía roja siempre que encuentran ocasión y cometen cuantos actos de sabotaje les son posibles; y constituye en otras ocasiones verdaderas operaciones militares, realizándose grandes «raids» que sirven al propio tiempo para demostrar a la población ucraniana que pueden contar con defensores, verificando al mismo tiempo el corte de algunas líneas de comunicaciones soviéticas e impidiendo las deportaciones en masa de los ucranianos a Siberia.

Como es natural, el Gobierno soviético se limita a afirmar que los desórdenes en Ucrania no tienen importancia y que se trata de bandidos y antiguos desertores del Ejército de Vlassov, pero la realidad es que hace esfuerzos inauditos para sofocar el movimiento separatista, sin haber conseguido hasta ahora nada práctico, no obstante el rigor puesto en la represión y en el castigo de las autoridades soviéticas acusadas de negligencia o cobardía.

J. RUIZ-FORNELLS

ARCAS Y BASCULAS
SOLER
DE MÁXIMA GARANTÍA

En los banquetes...



Castell de Ribes
CEPA SAUTERNES
FINO PRIORATO
COMERCIAL ANONIMA
CASTELL DE RIBES
Año, 37 — Teléfono 14319

VIAJE A ORIENTE

por JUAN TEIXIDOR

V. - HACIA LA TIERRA DEL NILO

VEASE «DESTINO, NUMEROS 534, 536, 539 y 542

INTRODUCCION A ORIENTE

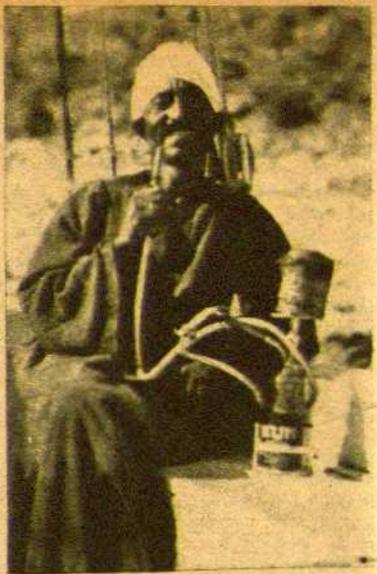
CON Grecia hemos abandonado un mundo y un paisaje de proporciones humanas, la intimidad de unas líneas que no se multiplican indefinidamente, que tienen el corte oportuno cuando pudieran empezar a angustiarnos. Saltar a Asia o a África es casi como lanzarse al vacío. Cambian las dimensiones; templos o montes, llanuras, ríos o caminos adquieren una magnitud

do antes que nosotros: artesanos, poetas, soldados, fundadores, incluso cristianos. No somos casi nada frente a ellos. Pero ellos sueñan, mientras nosotros vivimos. Y, en todo caso, lo que puede haber en el mañana de movimiento en sus campos y sus caminos se lo habremos entregado nosotros, en movimiento contrario a su generosa ofrenda de antes, como si intentáramos pagar una deuda que

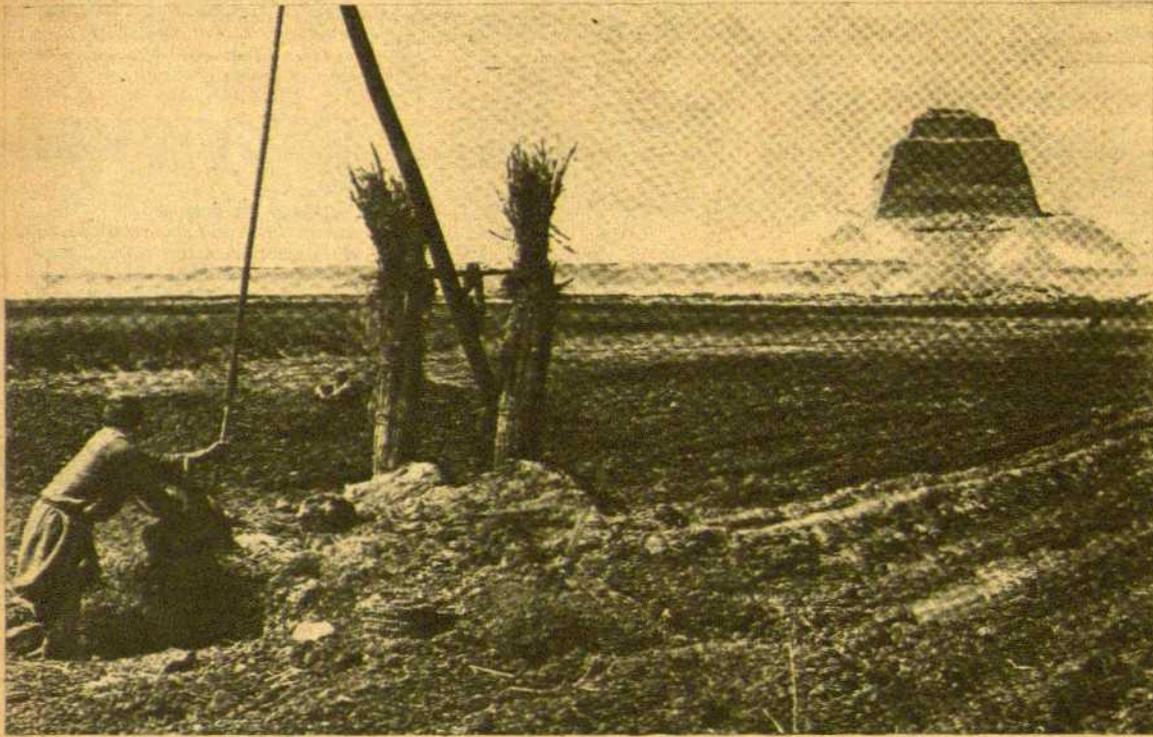
rocas de una tierra afanosa de acabarse en su mágica perfección. Todavía las islas que íbamos dejando en nuestro vuelo — Skyros, Paros, Naxos, curva impresionante de Santorin — continuaban en la vastedad azul esta secuencia de mundos cerrados, esta maravillosa integridad comarcal que caracteriza nuestras latitudes: Manchas ocre, rosadas, como cuerpos felices, en el halago denso y voluptuoso del mar. Todo

incidentes topográficos que constituyen como el opio de los pensamientos demasiado absolutos. Pero sólo en parte conseguimos nuestro objeto. Si, divisamos la línea de la costa africana; pero para convencernos de que es una línea ilimitada, que no se sabe dónde empieza ni donde acaba y que sólo sirve para introducirnos al mar amarillo del desierto. Aquí terminan todas las esperanzas. Cuando se ha volado horas y horas sobre estos desiertos — recuerdo, por ejemplo, la asfixia experimentada en otra ocasión, cuando atravesamos todo el desierto libico, escenario incomprensible de meses y meses de dura contienda en la pasada guerra: Marsa Matruk, El Alamein, etc. —, el mar se nos antoja como un paraíso. No deben pensar lo mismo los nómadas que se trasladan por el arenal de un oasis a otro. Sin embargo, viendo los ojos duros e inflexibles de los beduinos, se comprende que no viven y mueren en este infierno sin abonar su peaje. Como en la gente de mar, no valen sentimentalismos sobre estos extremos. Y toda la poesía del oasis, como la de los puertos, sirve de testimonio de un afán de llegada, de un constante anhelo de reposo, que no pueden disimular el trote épico de las caravanas.

Pero yendo en avión desde Atenas a El Cairo no es sólo el desierto lo que vale a la nuestro encuentro. Pronto comprendemos todo el secreto de Egipto. Es un secreto en gran parte geográfico. Nos adentramos por el delta del Nilo y los kilómetros se suceden con una sensación de ininterrumpida y monótona feracidad. Entre la aridez del desierto y el verdor generoso no existen zonas intermedias. Trátase de un corte brusco, como volveremos a encontrar Nilo arriba. Siempre una línea absurda separando una zona enormemente fértil, de una zona completamente árida. Del verde al ocre, sin solución de continuidad. Egipto, en los mapas, es una pura mentira. En realidad, este país no es otra cosa que dos aceras verdes siguiendo la calzada azul del río, que va a desembocar en la plaza triangular del delta, con su confusión de brazos de agua y canales delimitando la zona de cultivo. Como zona de vida sólo cuenta esta pequeña faja que, antes de llegar al delta, encuentra su máximo de anchura con los veinticuatro kilómetros de Beni Sofef. En general, es mucho más estrecho y no pasa de los diez o quince. En el triángulo del delta adquiere su máximo de extensión. Si se piensa que en la crecida anual del Nilo, aun se reduce esta zona habitable. En ella se apretujan la población densísima — unos quince millones de habitantes — y todo lo que representa Egipto históricamente. A ambos lados de esta avenida verde y azul, la aridez desértica ofrece su espejismo encendido. Es este de-



La abierta sonrisa del nubio mientras se deleita con la pipa turca, que constituye el vicio habitual de todo el Oriente



Los egipcios elevan hoy el agua de sus cisternas con el primitivo procedimiento de sus remotos antepasados que construyeron los rascacielos de sus pirámides, como la de Meidum, que aparece en el fondo

desproporcionada para nuestra sensibilidad europea. Nos moveremos en una tierra donde va a acecharnos siempre la proximidad del desierto, esta ilimitada superficie de arena o de piedra que tiene del mar su angustia nocturna, pero no su brillo matutino. La espuma del desierto no será brillante como el pequeño y caracoleante oleaje que rodea la Venus boticelliana; será de fuego, cegadora, abismada en su ciego y polvoriento caminar. Cárcel de espejismos, el desierto; todas las razas que lo conocieron fueron graves, místicas, fatalistas. En cierto modo inertes frente a la fuerza agolijante que las aprisiona. Tuvieron movimientos espasmódicos, crecidas fantásticas de río, vendavales de potencia. Pero el golfo y la arena cubrieron vorazmente sus destellos. ¡Cuántas ciudades segultadas, cuántas civilizaciones ocultas en las entrañas sensibles, como de bestia inquieta, de los arenales inmensos! Nos sentimos extrañamente jóvenes frente a estas tierras asiáticas o africanas de Oriente, fatigadas, exhaustas en su sueño. Jóvenes y bárbaros, con idéntico complejo, mezcla de inferioridad y de superioridad, que pueden experimentar los americanos frente a nosotros. Comprendemos el cansancio de las miradas de tanta gente como encontramos a nuestro paso. Es un cansancio de siglos, de remota ensonación de la sangre que predomina en la mayoría indígena, a pesar de los esfuerzos de los jóvenes de las ciudades, que se europeizan rebelándose contra Europa, que sueñan en coches americanos y en imperialismos calcados de los nuestros, todo ello sumido en la inerte masa de las páginas coránicas. El Oriente intenta despertarse, pero aun no sabe desprenderse de su insomnio, de su fatiga. Sobre todo, no puede olvidarse de su desierto, que es su grandeza y su tragedia. Cuna de todas las civilizaciones, pero con el agobio de su repetida maternidad. Lo fueron to-

necesitaria siglos y siglos para salvarla, ya que de momento son ellos y no nosotros los acreedores. No sólo en cantidad, sino en lo que vale más, en la última raíz de nuestro ser y de nuestro sentimiento.

DE ATENAS A EL CAIRO

Una última visión de Europa nos la dieron las claras columnas de Sunion, brillantes de sol, soñadas más que vistas, sobre el promontorio que, avanzándose en el mar, crea el límite albo de las olas lamiendo las

esto era próximo, inmediatamente comprendido, sin otra sorpresa que la de su pura belleza intuita tantas veces, frente al acoso de misterio que se iba a descubrir pocas horas después. Después de Creta se acaba el juego primoroso de estas islas jugando en su mar azul como en un jardín. Viene un mar solitario, preluendo las soledades que nos esperan. Cuando se termina el paréntesis azul, nos pegamos en la ventanilla con la ilusión de volver a encontrar esta serie de pequeños



El Cairo es la ciudad de las trescientas mezquitas. En la foto aparece la mágica visión de los minaretes y cúpulas que agilizan la silueta de la ciudad. En primer término, las Tumbas de los Mamelukos. En el fondo, a la derecha, la Ciudadela

sierto lo que permite asignar a Egipto una superficie oficial de 640.000 kilómetros cuadrados. Pero si nos atenemos al Egipto real, éstos se reducen a unos 33.239, incluyendo ríos y canales, lo que equivale a un territorio un poco más extenso que Sicilia o Bélgica.

La rara combinación de estos elementos parece empeñarse en agudizarnos aquella sensación de ilimitado que augurábamos en general a todo este paisaje. Es ilimitado el río, cuyo origen en el centro del África había de ser fatalmente misterioso para el Egipto faraónico, y cuyo fin en el Delta tiende a una confusión paralela a la de los orígenes. Son ilimitados los desiertos. Es inhumano el corte brusco que los separa del larguísimo pasillo de la tierra fértil. Y el Delta, que, con su forma triangular mucho más normal, podría hacernos imaginar una configuración geográfica más próxima a nuestras concepciones, nos produce también una sensación de ilimitado gracias a su inmensa monotonía, al oleaje verde de sus campos de algodón que constituyen la riqueza de esta tierra y que sólo se interrumpen con los pequeños poblados blancos e informes que van sucediéndose. Son más de doscientos kilómetros de viaje sin alteraciones. Donde en nuestra tierra se encuentran cuatro o cinco comarcas bien diferenciadas — véase, por ejemplo, la variedad de paisajes que nos ofrece el simple recorrido del tren desde Port-Bou a Barcelona —, en el Delta no existe otra cosa que una simple repetición. Repetición maravillosa, riqueza amontonándose en un jardín que se nos antoja fantástico, irreal; naturaleza de dimensiones enormes como para esta raza de colosos y de esfinges que se asoman a las riberas del río. Pero siempre, con un punto de fijeza extraña, con una rara parálisis en el movimiento que nos sobrecoge como algo enigmático e incomprensible. Mundo de elementalidades, como este cielo blanco sin lluvias y este sol cegador, constante, como un ojo eternamente fijo sobre el camino de los hombres.

VISTA GENERAL DE EL CAIRO

El Cairo ofrece al turista, varias caras completamente distintas. La gran ciudad, de más de dos millones de habitantes, se extiende en su mayor parte sobre la ribera derecha del Nilo. En la de la izquierda, como en las dos islas del Nilo, la ciudad adquiere el aire de suburbio elegante aureolado por el prestigio del «Sporting Club» o del Jardín Zoológico y la proximidad de Gizeh, con sus pirámides y hoteles turísticos. Pero ya en el cuerpo central de la ciudad, o sea en lo que queda a la derecha del río, la presencia de dos ciudades se hace ostensible, marcadísimas. El jardín de Ezbekieh, en el centro, establece el corte. En los barrios del Este y Sur de este jardín se extiende la parte indígena, y hacia el Oeste y Norte, los barrios europeos. Estas dos partes corresponden a las dos grandes

circunstancias históricas de la urbe. Relativamente, El Cairo es una ciudad moderna, ya que debe calificarse de moderna en el Oriente una ciudad que adquiere su capitalidad y su prestigio a raíz de la conquista árabe, en el 640. En el barrio que hoy se llama el Viejo Cairo quedan vestigios de los siglos anteriores en una serie de pequeñas iglesias de rito copto presididas por la masa de El-Moallaka. Esta podría ser la tercera faz de la ciudad, como la cuarta queda aludida claramente con las pirámides de Gizeh, que nos hablan del Egipto faraónico. Situadas fuera de la urbe quedan demasiado al alcance de nuestros ojos para que no creen una magia de conjunto. Constituyen un telón de fondo que se inicia en el rojo breve y estallante del crepúsculo desde cualquier punto un poco elevado — la terraza de la Ciudadela, por ejemplo.

Sin embargo, El Cairo estricto será siempre el de las caras musulmana y europea. En la primera, la selva inextricable de los minaretes de más de trescientas mezquitas, de una esbeltez de lanza puntiaguda. Las callejas estrechas, las grandes necrópolis de Imam Cháfei, las Tumbas de los Mamelukos. En la segunda, las calles rectas, con sus grandes bloques de cemento; las tiendas y hoteles para una población cosmopolita; la masa del Museo egipcio; la fronda de los jardines de una ciudad que ha sido estación privilegiada de tanto turista nórdico con apatencias de tranquilo sol de enero. Arquitectura abigarrada, traída de todas las partes del mundo, como la de una estación balnearia que se ve con ánimos de modificarlo todo. Contraste violento que, sin embargo, desde un sitio elevado, encuentra su unidad en la magnitud del cielo indiferente y en la mayor indiferencia aún de los desiertos líbico y arábigo que la aprisionan.

No vaya a creerse, empero, que estas dos ciudades de El Cairo permanezcan incomunicadas, como lo son tantas de Marruecos. Aquí, el estrépito de una vida pujante ha destruido fronteras, y aunque la separación es evidente, las líneas de los tranvías, el tránsito intenso de coches y de una población confusa, unifica imágenes y ambientes. El Cairo musulmán quiere vestirse a la europea, como sus pachás que pasan el verano en Suiza o en Escocia, o su rey Farouk, con sus grandes coches último modelo, que pasan vertiginosamente por las vías de la ciudad, parando la circulación en un alarde de acompañamientos



En El Cairo moderno, la organización de la vida completamente occidental, contrasta con la indumentaria de los indígenas. Las indicaciones de los postes, como los números de los tranvías, están escritos en francés y en árabe

motorizados y pitos de guardias, mientras el pueblo apenas si tiene tiempo de ver, a través de los cristales del «Packard», el rojo del birrete o el llamear inquieto del vestido de seda de alguna de estas princesas que se han paseado por las grandes revistas ilustradas del mundo con su belleza excepcional.

Las calles de El Cairo son una continua alusión a esta mezcla de vidas y de apetencias. El tránsito es muy intenso. Las tiendas ofrecen su abigarrada confusión, pero con una plenitud de riqueza que nos habla de las magníficas condiciones económicas en que vive el país. En las carteleras de los cines aprendemos a leer los nombres de Ingrid Bergman o de Gary Cooper en árabe. En los cines más populares abunda la exhibición de películas de tema oriental, que nos ilustran sobre una producción fabricada en Hollywood con vistas al extenso mercado indígena de todo el Oriente. En las terrazas o en el «hall» del Sheppard's Hotel se aza la fina silueta del oficial británico, con la corpulencia del pachá; la del comerciante americano con la del árabe obscuro en su gran ropaje blanco, magnífico de líneas, sin polvo del desierto ahora; la del profesor suizo, un poco apagado, con la de la muchacha griega o italiana enraizada en esta ciudad sin raíces de los hoteles. Mundo en confusión agitándose en el bochorno de

la noche, mientras llega del fondo del jardín la música de bailables de la orquestina, que puede ser, como en la época en que yo llegué, española.

Llegar a ordenar este caos para que la presencia de la ciudad sea una inteligente sucesión de estratos, una serie de matices diferenciados y concretos, requiere tiempo y paciencia. Requiere, primeramente, saber desprenderse del enjambre de guías y cicerones que nos acechan a la salida del hotel, pegándose a nuestros pasos a pesar de que no requerimos sus servicios, de que nos enfadamos y de que los insultamos. La caza de libras se realiza con una paciencia infinita, contradictoria con las voces chillonas, que parece que tendrían que fatigarse mucho más pronto. Pero no se fatigan. Los que nos fatigamos somos nosotros. Y no nos queda otro recurso que acceder a sus demandas o retroceder a la terraza del hotel para tomar otro «whisky». Venciendo su paciencia con la nuestra, esperando un momento oportuno de distracción del guía con turbante y larga camisa blanca. Hasta que, pasados unos días, ya empiece a conocernos y cuando le digamos que no necesitamos su compañía, sonría con una mirada de inteligencia. Entonces, libres de trabas, solos, podemos empezar nuestro recorrido sentimental por el nuevo mundo que nos espera.



CALENDARIO SIN FECHAS



por JOSE PLA

PARA LA HISTORIA DE LA CULTURA: PALAU VERDERA. — Nuestra «Historia de la Cultura» está por hacer, y es una verdadera lástima no poder contar, en un país en que los editores publicaron tantos diccionarios enciclopédicos de los que casi no vale la pena de hablar, con un manual completo reseñando, sobre un fondo de ideas generales, lo que aportó el país al proceso de los conocimientos universales. De nuestra época gótica, falta mucho por hacer. Si la bibliografía Iuliana es grande — como lo demuestra el libro de Durán Reynals —, no tenemos todavía una traducción de la obra de Ramón Sibiuda. Si yo pudiera disponer de unos miles de duros pagaría la traducción y edición de la obra de Sibiuda en el acto. De la época de la decadencia no se han investigado más que las cosas de los bandidos y de los ladrones de camino real. Hace muchos años que estoy predicando la necesidad de estudiar la historia no en un sentido meramente arqueológico, sino como un proceso vital, en el cual las instituciones políticas no tienen más importancia que lo demás. La decadencia de las instituciones políticas de un pueblo suele ser compatible con la existencia de personalidades que en su propio campo realizaron una labor positiva y mantuvieron las características de la sensibilidad aparentemente naufragada. Esos hombres merecen un recuerdo y la consideración general.

Cuando don Carlos Faust — mi particular y respetado amigo —, creador del jardín botánico «Marimurtra», de Blanes — el mayor y más interesante huerto botánico de carácter particular que existe en el país —, me dijo que el primer traductor de Linneo fué don José Palau y Verdera, hijo precisamente de Blanes, confieso que tuve una gran alegría. Muchas veces me había preguntado: ¿qué se produjo en el país en la época de la ilustración europea? ¿Cómo es posible que en una época como aquella, en que empezaron a utilizarse los métodos de la observación y de la experiencia, que parecen ir tan unidos a las formas básicas de nuestra mentalidad, no se produjeran aquí más que refritos de refritos teológicos y cuatro libracos escolásticos de silogismos? ¿Es posible que ante la curiosidad universal nuestra curiosidad no se desvelara y que el país continuara durmiendo como un pedazo de madera? Fué precisamente en el siglo XVIII cuando el conocimiento humano pasó de ser una actividad meramente de lujo y de salón para convertirse en una actividad cotidiana, heroica y tenaz, independiente de prejuicios y de jerarquías, completamente laica, intelectualmente libre, mucho más atenta a las necesidades generales que a los caprichos del mecenazgo y de la caridad de los llamados grandes de la tierra. ¿Cómo es posible que en una época como aquella, en la que grandes personalidades europeas forjaron lo que tiene de mayor y de más agradable la vida moderna, no se produjera aquí ni el menor chispazo de curiosidad y de acción paralela?

En la historia de la formación del hombre moderno la clasificación del mundo vegetal por Linneo tiene el mismo sentido que el establecimiento del sistema del universo por Newton, que el descubrimiento de las leyes de la termo-dinámica por Gay-Lussac, que la teorización de la ley de la oferta y de la demanda por los economistas liberales ingleses, que el descubrimiento del mundo infinitamente pequeño por Pasteur, que el establecimiento de la fórmula de la energía por Einstein.

Don Miguel Colmeiro, en su obra «La botánica y los botánicos de la Península hispano-lusitana» (Madrid, 1858), produce sobre Palau unas noticias personales no totalmente precisas. Gracias a don Carlos Faust y a su colaborador Mossén Batlle, sabemos por los libros parroquiales que José Antonio Bonoso Palau Verdera — Bonoso es un santo de uso exclusivo de los blanenses — nació en Blanes el 23 de febrero de 1734, de José Palau (tendero) y de Paula Verdera. Buscando en los referidos libros la pista del apellido Verdera, se encuentra, en años anteriores, el nombre de un tal Bernardo Verdera, que se supone abuelo materno de nuestro botánico, que era apotecario. Además resulta que había existido en Blanes un huerto llamado el Huerto Verdera, que tiene el aspecto de haber sido un «hortus botanicus» de tipo meramente empírico donde se cultivaron plantas y flores aromáticas y medicinales. Este «hortus» primitivo estuvo donde está emplazado hoy el Hotel Miramar en Blanes, según me dice el señor Faust.

Palau Verdera fué médico y catedrático de S. M. en el madrileño Jardín Botánico. Fué uno de los primeros que hicieron hablar a Linneo en una lengua neo-latina. He aquí lo que dice la portada del primer tomo de la obra: «Parte práctica de Botánica del Caballero Carlos Linneo, que comprende las clases, órdenes, géneros y especies y variedades de las plantas, con sus caracteres genéricos y específicos, sinónimos más selectos, nombres triviales, lugares donde nacen y propiedades. Traducida del latín e ilustrada por Don Antonio Palau y Verdera, catedrático de Botánica de S. M. de las Reales Academias Médica matritense y de Ciencias y Artes de Barcelona, etc. Madrid. En la Imprenta Real, MDCCLXXXIV.» El libro tiene una ampulosa dedicatoria a D. Joseph Moñino, conde de Floridablanca, Caballero Gran Cruz, y toda la requincalla. El tono es típico de la época en que Juan Jacobo Rousseau escribía cartas a la Marquesa sobre la botánica y Goethe daba noticias a sus príncipes sobre los minerales y la geología. Todo iluminado con candelabros de cera.

Palau Verdera vivió una gran época: fué un poco más joven que Juan Jacobo y un poco más viejo que Goethe. Es una de las épocas en que valió la pena de vivir en ese Continente. Fué una época que, como todas las anteriores y todas las que vendrán, tuvo sus inconvenientes y defectos; pero la gente que vivió en ella tuvo una inmensa ilusión: la ilusión de la libertad personal y la del respeto de la ajena. No creo que en la presente podamos gozar de una aura que pueda ser comparada con la de aquella.

El simpático botánico de Blanes escribió mucho; fué un vulgarizador e investigador de primera fuerza. Contribuyó en el «Curso elemental de botánica» y aparte de la obra de Linneo a que hicimos mención, la «Parte práctica» o «Especies plantarum» del Newton del reino vegetal, dió a luz «La explicación de la Filosofía y fundamentos botánicos» del caballero Linneo (Madrid, 1778) que hoy tiene utilidad todavía. Conoció Palau no sólo la totalidad de Cataluña, sino los alrededores de Madrid, y así pudo dar a sus conocimientos una dimensión práctica que hoy, a pesar de tantos cambios y adelantamientos, ha de ser tenida como incommovible. En sus «Memorias» escribió sobre plantas determinadas: el Pipirigallo, la Anthoxanthum o Flor de flores, la planta de Leonardo Fuchsio, y tantas otras. Algunas observaciones de Palau dieron lugar a considerables discusiones y polémicas, que en el campo científico y en todos los campos son siempre necesarias y positivas, porque no hay nada peor, en un país, que el estancamiento intelectual. Colmeiro afirma que la memoria de Palau debería ser grata a sus compatriotas por haber aumentado los conocimientos positivos. Ignoro si en parte alguna y en términos positivos fué recordada su memoria, a pesar de la cantidad inmensa de calles y plazas de nuestro país bautizadas con nombres de carcamales y fan-toches de mera gacatilla grotesca.

Palau Verdera murió en los albores de la Revolución francesa. En su cátedra de Botánica, en Madrid, fué substituído, en 1793, por otro egregio sabio: el naturalista Barnades, que era también de este país y siguió las directrices de la ciencia natural de su maestro.

A Blanes, una tradición botánica le va bien. ¿Qué excelente botánico hubiera sido Joaquín Ruyra, con las dotes de observación que tenía! Y qué agradable es «Marimurtra» de D. Carlos Faust!

AMERICAN

30° BILL



COBIANCHI

LIQUORE SUPER-APERITIVO

LIQUORE SUPER-APERITIVO
INTERNAZIONALE
PRODOTTO DI FAMA
MONDIALE.

COBIANCHI & C.^{IA}
BOLOGNA
ITALIA

STIMOLANTE
DIGESTIVO.
PURO O COMBINATO.
LA BASE DI OGNI
BUON COCKTAIL.

Distribuido en España por DESTILERIAS VILA MONTANA, de Barcelona

PANORAMA DE

FIGURAS VISTAS DESDE MADRID

PEDRO BOM, EL BUEN TEATRO PORTUGUÉS Y JULIO COLL

LA COSA EMPIEZA CON MUCHO CAFÉ

EN un punto estratégico del mundo literario madrileño, hemos coincidido Pedro Bom, dinámico hombre de teatro y destacado dramaturgo portugués; Julio Coll, cuya presentación está ya hecha entre nosotros desde varios años atrás, y un servidor de ustedes. Esta coincidencia, naturalmente, estaba preparada hasta en sus últimos detalles, pues me interesaba que el señor Bom pudiera contar en Lisboa cómo era el crítico más exigente de cuantos se sientan en las butacas españolas. Por otra parte, me parecía que Julio Coll se ablandaría en nuestro ambiente y que este viaje le convenciera de la necesidad de ser altruista—es decir, admirador de la estulticia teatral dominante—para ganar amigos. Pero, por lo visto, Coll es así por dentro y no admite componendas. Los señores del teatro—«mes messieurs du théâtre»—lo han encontrado aquí tan severo como en Barcelona y esto les ha hecho pensar que en el asunto no influye el clima.

He aquí a Pedro Bom, tomando numerosas tazas de café. Pero Coll bebe más café que él, y yo, desde ahora, no volveré a presumir de cafetomano. Parece ser, por lo pronto, que el señor Bom entiende perfectamente el catalán, y que siente por Barcelona una devoción especial. Es un lector asiduo de nuestro semanario. Ha viajado por muchos países y es de trato afable y ameno. En Lisboa ejerce el cargo de secretario del Teatro de Estudio Do Salitre, fundado hace dos años y que hoy es una potencia artística en Portugal.

El Teatro de Estudio empezó con dos autores noveles en el programa. El éxito fué espléndido y este año han recibido obras de doscientos treinta autores. De ellos han elegido siete. «Ya es algo», dice el señor Bom. Desde el comienzo de estos experimentos hasta ahora, el Teatro de Estudio ha socoado a luz once autores noveles, a base de obras en un acto; pero en el año que entra darán obras en tres actos.

UNA OPINION

—Usted conocerá lo bueno y lo malo de nuestro teatro actual, ¿verdad, señor Bom? Este género de curiosidad es muy disculpable en un profesional.

Esta pregunta la hice yo, mirando a Coll a hurtadillas, ya que la entrevista la hacemos a cuatro manos. Coll anima a Pedro Bom para que se exprese con toda sinceridad, puesto que sus declaraciones sólo les contaremos al público y de ningún modo a nuestros hombres de teatro. Y el entrevistado nos dice con impresionante franqueza:

—Sólo me interesa Jardiel Powcota.

Coll y yo citamos algunas posibilidades más, tratando de ampliar la base, pero no hay manera. Entre los no presentes, Casona le interesa al señor Bom más que García Lorca. Con esta ocasión, nuestro visitante portugués hace a Coll entusiastas elogios por las representaciones de «Yerma» y de la «Ann Christie», de O'Neill, en el Teatro de Cámara barcelonés. Y, volviendo al Teatro Do Salitre, resulta que el mejor actor con que cuenta, Joao Villaret, es de origen catalán, y obtuvo un triunfo en «Los maleficios del tabaco», el conocido monólogo de Chéjov.

AUTORES Y OBRAS

Después de los buenos éxitos logrados con el «Felipe II», de Alfieri, y «El hombre de la flor en la boca», drama de Pirandello, en un acto, van a estrenar «Un banco al aire libre», moderna comedia de Pedro Bom y Carlos Montanha. El argumento es realmente atractivo y su realización escenográfica, según vemos por las fotos, sencilla y muy eficaz.

Los directores del Teatro de Estudio son Gino Saviotti, dramaturgo y novelista italiano, y experto director de escena; el autor Mendonca Alves, y un



Pedro Bom

joven de audaces ideas teatrales, Luis Francisco Rebelo.

Hablamos luego del poeta José Regio, de Carlos Salvagem y de su última comedia, muy discutida, «Dulcinea o la última aventura de Don Quijote», obra lírica y satírica que no guarda semejanza con la de Baty. En cuanto a Joao Pedro de Andrade, es considerado hoy como el mejor dramaturgo portugués. «Y de verdad lo es», añade el señor Bom, contándonos el tema de «Pleamar», la obra de Andrade que estrenará este año el Teatro Do Salitre.

—Es una lástima que, estando tan cerca españoles y portugueses, nos conozcamos tan poco—dice nuestro visitante—. Como los grupos minoritarios de España, nuestro Teatro de Estudio lucha con fe y energía por un teatro nuevo donde resurja la sinceridad y la esencia de este arte.

Bom, que nos ha dejado una excelente impresión de artista y de caballero, coincide con Julio Coll y conmigo en que poseemos, tanto los españoles como los portugueses, un gran caudal de ideas y posibilidades teatrales, pero que nada haremos si nos dormimos sobre las ideas.

R. V.-Z.

RAMON NOS CUENTA CUENTOS DE FIN DE AÑO

RAMON Gómez de la Serna nos visita inesperadamente. No ha venido él en persona, claro está, pues Ramón lo hace todo con una imagen brillante. Ha venido su libro, lleno de cuentos adecuados a estos días en que el año necesita una inyección imaginativa para morir a gusto. Y el libro tampoco ha venido, sino las cuartillas que en él habían de convertirse. Un alegre montón de papeles amarillos con tinta roja que «El lagarto al sol», editor jovial y rápido, ha hecho imprimir en Madrid a toda velocidad y con buen arte para que tuviéramos este aguinaldo literario: «Cuentos de Fin de Año».

Ramón no podía dejarse escapar una ocasión como Navidad y Nochevieja para extender sus aguilas antenas y captar esas vibraciones que emiten las cosas y los seres en los días especiales.

«Nada hay que me encuentre más que un libro que entre en candelero cuando los años estén a último de años en esa querida España y en ese querido Madrid, en que el fin de año tiene los más profundos sentimientos de intimidad.»

En el prólogo que ha puesto a este libro, Ramón nos asegura que en Nochebuena se encuentra todo el pasado en el interior de las cómodas y de las almas y que «la característica de esa noche es el sentimiento que se tiene de venir del siempre para irse de nuevo al siempre».

Figúrense ustedes la cantidad de sorprendentes reflejos que sacará Ramón a los días de Navidad. (Basta pensar en las irrisaciones que obtiene del más insignificante objeto que encuentra en su camino.) Por ejemplo, ustedes pasan de un año a otro sin tener la menor idea de que existe un día 32 de diciembre. Pues bien, Ramón ha visto ese día, ha vivido en él.

«Yo sonrío ya cuando arrancan la última hoja y creen que detrás no hay nada más que un papel con engrudo.

—¿Mañana, ya, primero de año!

—Sí, quizá.

—¿Cómo quizá?

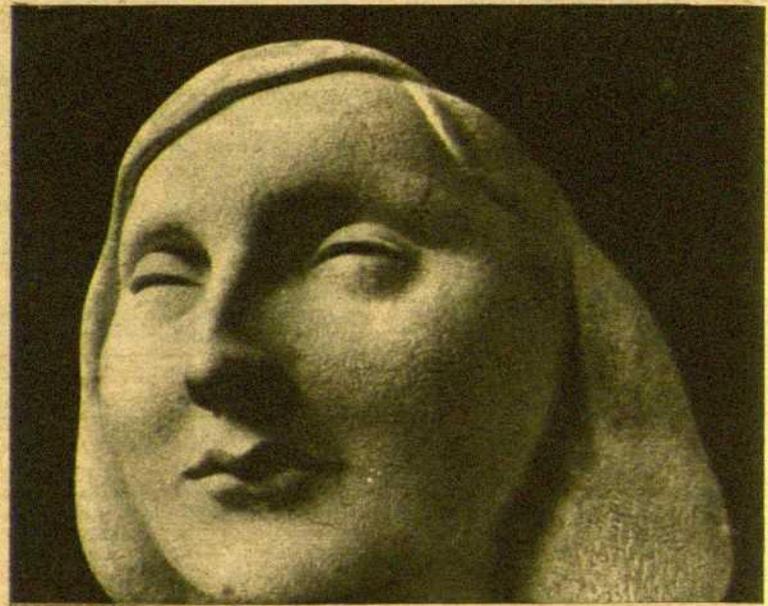
Hago un guiño y así me burlo de uno más de los engañados. Pero, ¿cómo no comprenden que no puede venir un año después de otro sin una tregua, sin el día de la bandera blanca y del armisticio?»

El repertorio imaginativo de los «Cuentos de Fin de Año» nos hace ir de sorpresa en sorpresa. El autor elige una antigua Nochebuena y la revive; para ello le basta escoger entre las fotos que la Providencia hizo de nuestros momentos felices. Y así aparece la romántica Olvido, recatada y vestida de morado. O, tiempo adelante, nos vemos en el año 2.500, y en las fiestas de fin de año las parejas bailan espalda contra espalda. Volviendo a nuestro tiempo, conocemos en una cena de académicos a don Marcial, «al que llamaban «el ajero» porque era el encargado de las palabras fuertes del diccionario».

Algunos de los cuentos se nos ofrecen como cuentos normales de humor o de fantasía típicamente navideña, con los prodigios que siempre hemos de esperar por estas fechas. Pero la mayoría tienen la especialísima fantasía ramoniana superpuesta a la fantasmagórica resonancia literaria de la Navidad. A veces, como en «El hidalgo y el maquinista», la gracia se afina hasta hacerse una joyita de humor.

Las sutiles ilustraciones de Eduardo Vicente son otro aguinaldo. «El lagarto al sol» ha empezado bien.

R. V.-Z.



«Cabezas», por Angel Ferrant

ANGEL FERRANT

El sentido de la realidad está siempre unido a una obra de arte.

De Chirico

NO conozco otro escultor español contemporáneo, de los que trabajan en España, en cuya obra plástica y en cuya inducción teórica se encuentre un mayor estado de inquietud, de fuerza inventiva y de serena realización.

Desde aquel gracioso relieve escolar de 1926, que obtuvo un premio oficial en un concurso nacional de escultura, hasta su más reciente obra, Angel Ferrant adelanta una condición primordial: el dibujo. A este respecto recuerdo aquellas declaraciones suyas, del año 1936, pero que pudieran ser de hoy: «Dibujar, dibujar mucho, dibujarlo todo desde el principio. Dibujemos del natural; es decir, al mismo tiempo que contemplamos y observamos los objetos verdaderos cuyas formas pretendemos representar. Dibujemos de memoria; es decir, recordando, reconstruyendo lo que vimos con intención de plasmar la impresión que nos produjo. Dibujemos las plantas, los animales, los objetos, las personas, todo, en fin, lo que puede presentarse delante de los ojos. Dibujemos también lo que soñamos, lo que nos cuentan, lo que leemos, lo que escuchamos, lo que sentimos. Dibujemos lo que quisiéramos que existiese. Todo, menos aquello que ya existe dibujado.»

Así podemos empezar a hablar de Angel Ferrant, con sus propias palabras de cátedra, como si nos estuviera diciendo su inicial lección de curso en cualquiera de las escuelas de artes y oficios de las que ha sido profesor.

En el año 1934, las «Ediciones Gaceta de Artes» publicaron un cuaderno monográfico de este escultor, escrito por Sebastián Gasch. Se trataba de dar a conocer los «objetos» de Ferrant. Era éste su periodo de desinfección. Para conocer su obra es de todo punto necesario conocer sus objetos y lo que él pensaba sobre ellos. «Los «manobres» de la estatuaría—venía a decir—serán muy dueños de colocar en determinadas canchales los letreros de ese prohíbe el paso, pero nadie podrá impedir que de un puntapié salgan danzando la canchilla y el letrero y se adentren por terrenos incitadores a la excursión quienes pretendan desentumecer sus miembros, cansados ya de verse sometidos al ejercicio de un especialismo, de un oficio de miopes y además necios. Los grandes museos nos ofrecen pruebas harto elocuentes y abundantes de que lo bueno es insuperable. Y, sin embargo, un año y otro, y otro, y un siglo y otro siglo, la legión de menudos hurgadores de piedra y tierra están, dale que que le das, tozudamente obsesionados en el empeño de buscar en los bloques lo que ya fué encontrado.»

Aquí tenemos al hombre. Luego veremos cómo se produce el artista. Un poderoso temperamento irradia de su personalidad. Una natural rebeldía, hecha de desconfianza y asco, secreta su palabra. A Angel Ferrant sólo le falta un cli-

ma. En un clima de comprensión, aun cuando éste fuera minoritario, Ferrant produciría su gran obra personal fuera de toda convención académica.

Encarna, como no tenemos conocimiento de ningún otro, una obra empujada siempre hacia adelante. No es ya la obra en sí, es el proyecto sobre la obra suya y sobre la obra de los demás. Recordamos su «Diseño de una configuración escolar», que hubiera podido ser en España nuestro «Bauhaus» o nuestra Academia Ozenfant. En vez de años, nos venía a decir su lúcida inteligencia, momentos. En vez de polvo, limpieza. En vez de solemnidad familiaridad. En vez de academismo, inspiración. Yo sostengo de manera abierta: con hombres como Fe-



Angel Ferrant.—«Cabezas»

rrant se puede proseguir nuestra gran tradición plástica, mediante una obra de escuela contemporánea.

Ahora bien; ¿cuál es su obra personal? Aquellos objetos ya delataban su honda preocupación. «Los necesitó—decía—como el alimento. Aquellos objetos, a base de realidades fragmentarias conocidas, formaban un nuevo tipo de realidad independiente de sus partes. Era una obra de construcción sin abandonar los elementos conocidos. Pero el «avión» o el «anfíbio galopante» así creados teníamos que reconocerlos como unas variedades en su especie.

Esto no constituyó en su arte sino como una expresión explosiva. Su temperamento necesitaba una plasticidad. El iba hacia el bulto, hacia la piedra, hacia el mármol, hacia el paño de yeso fresco. Y entonces, delimitando la figura en una fina y elegante línea, sin quebranto de su dibujo, nos ha venido dando en estos últimos años una obra de rica corporeidad, animada por una gracia extraordinaria, humanizada hasta la ironía, espontánea, pero siempre de creación y en pugna con una realidad predeterminada.

En la obra de este escultor abun-

ARTE Y LETRAS

formas y colores

GABRIEL COLL VUELVE A ROMA

DESPUES de una estancia de varios meses entre nosotros, el pintor Gabriel Coll vuelve a Roma. Allí, como años atrás en Madrid, Coll trata de entroncar su pintura con la de los grandes maestros renacentistas y clásicos, que para él como para tantos otros, son los más modernos; pues Coll, como antes Zuloaga y Chicharro — Chicharro ha sido su mentor —, Benedito y Sotomayor, cree que, por ahora, el norte pictórico no está en París, sino en Roma. Pero como se trata de algo más que de aprender, en Roma, Gabriel Coll no sólo hace acopio de tecnicismos, sino de



Gabriel Coll. — «Retrato»

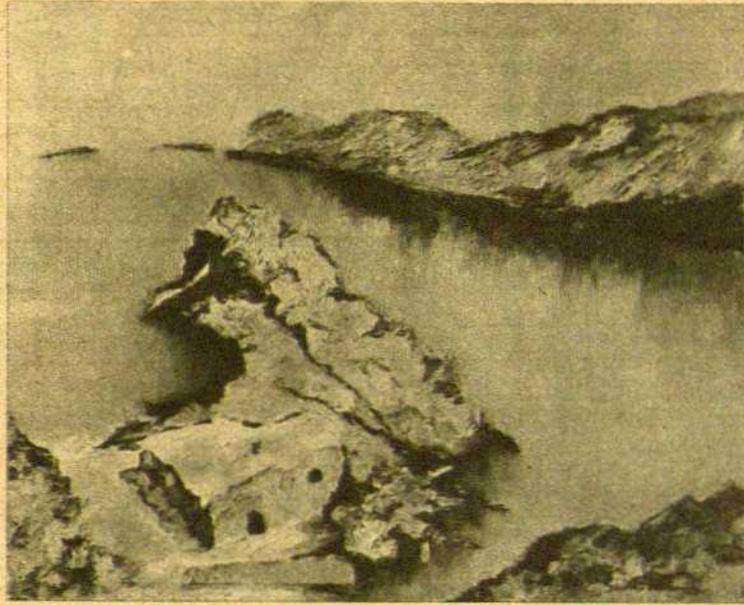
fama. Así, su última Exposición obtuvo una calurosa acogida. La crítica, lo mejor de la crítica romana, tributó a Coll grandes elogios, destacando su filiación clásica y, en particular, resaltando su afinidad con Zuloaga. La limpieza de su paleta, la sobriedad de su colorido, así como la firmeza del dibujo y la solvencia de la composición, fue lo que más llamó la atención de los críticos italianos. El retrato de S. A. R. el Infante don Jaime fue una de las telas más celebradas. El de una joven aristócrata romana, que aquí reproducimos, también causó gran sensación.

Dentro de unos días, cuando haya terminado el último retrato de los muchos que aquí ha pintado, Gabriel Coll volverá a Roma. Buena suerte.

GIMENO NAVARRO, A MADRID

EL aspecto exterior de las obras del pasado puede ser alterado, y de las añejas formas sólo subsistirá la concepción fundamental que servirá de base a las nuevas maravillas. Unos hombres de delicada sensibilidad — los poetas — ya han dejado su exquisita huella en el camino de las maravillas. Cada día hay más poetas, en efecto, que se expresan en términos plásticos.

No están lejos del tiempo ni apagados en las memorias los incisivos esquemas — representaciones gráficas



Gimeno-Navarro. — «Cala Brava» (Costa Brava)

cas y simbólicas de cosas inmateriales — de Max Jacob, y son de sobra conocidos los intencionados dibujos de Jean Cocteau. En cambio, debe de estar borrado de muchas mentes el recuerdo de los dibujos de Federico García Lorca, agudos epigramas plásticamente poéticos, los cuales fueron dados a conocer por medio de una Exposición, que patrocinamos algunos artistas y escritores, y que tuvo lugar en las Galerías Dalmau en el mes de julio del año 1927.

Admirada y laureada su poesía, parte de la cual contiene un amplio sentido pictórico, y en donde cada imagen evoca con una fuerza de sugestión considerable los mil colores de las cosas, un buen día a Gimeno-Navarro ocurriósele la idea de pintar. Y, con asombro, vio el poeta, y algo que otro amigo, cómo en pintura poética convirtiéndose la tela que él llenó de colores por primera vez. Colores exaltados, arrebatados, que andaban sueltos por el lienzo, desbordando los límites de la forma, sin encontrar, mejor dicho sin buscarlo, una armonía sobre que descansar y sosegar.

De entonces para acá han transcurrido varios años. Gimeno-Navarro ha efectuado diversas Exposiciones con creciente éxito. Y en estos días hemos tenido ocasión de conocer los lienzos que dentro de poco expondrá en una Galería de Arte de Madrid. Antes de ahora, Gimeno-Navarro era un poeta que pintaba. Ahora, es un pintor-poeta. Todas sus obras actuales son el fruto de un auténtico pintor. Su pintura progresa de día en día. Va siendo cada vez más ceñida y sólida. Sus telas continúan siendo unas refinadas orquestaciones, ricas en irrisaciones metálicas y armonías transluídas, tan sutiles y puras,

que más que hijas de la combinación de colores, dijérase la fusión del perfume de los mismos. Pero la pincelada se sujeta ahora a necesidades formales que antes ignoraba. La obra de Gimeno-Navarro, al separarse de los caminos intuitivos que otrora siguiera, y al hacerse más sabia, se ha vuelto mucho más densa y consistente. Pero sin perder un adarme de aquel lirismo, de aquella emoción, propios y privados de este artista. Que, en fin de cuentas, eso es lo que reviste más importancia en la obra de arte.

S. G.

LOS LIBROS ILUSTRADOS DE LLACUNA A GRAU SALA

EL poeta Juan Llacuna acaba de publicar en edición de bibliófilo un libro de poesía, «Aurora de l'Aragall», ilustrado con once aguafuertes de Emilio Grau Sala. Por lo general, en libros de esta índole, todo el acento cae sobre la parte ilustrativa, siendo el texto más bien un pretexto que la verdadera substancia del esfuerzo de los editores. No sucede así en este caso; conviene consignar inmediatamente la respectiva importancia de cada uno de los dos colaboradores de la obra. Tanto el poeta como el artista nos ofrecen una obra original, con carácter, gracia y peso específico.

La fórmula poética actual de Llacuna arranca de sus tentativas anteriores. Los años no nos han traído uno de estos cambios de frente tan propios de una época inquieta en que se suceden escuelas e influencias acosando la inspiración de los jóvenes poetas. Llacuna posee una intimidad como sugestionada, que no admite distracciones en su labor persistente, eficaz en la palabra y el ritmo. Su mundo se cierra en un contorno físico y espiritual que constituye el secreto de su absorbente sinceridad. «Aurora de l'Aragall» es un idilio montado con la sugestión de una adolescencia en una pequeña ciudad. Igualada, en este caso. Es un esfuerzo para compenetrarse de



¡Hé aquí el frasco práctico para cargar su pluma estilográfica!

GALERIA DE ARTE GRIFÉ & ESCODA

EXPOSICION INAUGURAL

con la colaboración de:

- A. DE CABANYES
- TERESA CONDEMINAS
- LUIS MUNTANE
- B. PUIG PERUCHO
- J. PUIGDENGOLAS
- E. SANTASUSAGNA
- F. SERRA
- A. VILA ARRUFAT

Av. Generalísimo Franco, 484 BARCELONA

Los nuevos volúmenes de BIBLIOTECA SELECTA LA VIDA I LA MORT D'EN JORDI FRAGINALS

de J. Pous i Pagès
Una novela que basta por sí sola para inmortalizar la fama de su autor.

CANÇONS DE REM I DE VELA

de J. M. de Sagarra.
La obra que tal vez más ha contribuido a popularizar el nombre del inspirado poeta.

Precio del ejemplar: en tela, Ptas. 25. En piel, Ptas. 45.
De venta en las buenas librerías y en la Administración:
CASA DEL LIBRO Ronda de San Pedro, 3 BARCELONA

LIBRERIA GUARDIA

VUESTRO AMIGO

VIA LAYETANA, 115
(frente al Pasaje Permanyer)
TELEF. 14254. - BARCELONA

EDUARDO WESTERDAHL

ROGET

CALZADOS DE CALIDAD
MEDIDA • ARTESANIA
RAMBLA CATALUÑA, 65

SALA CASPÁ

Rafael Estrany

PICTORIA

EXPOSICION

J. Morera

Sala Vinçon

Robert Knaus

SYRA

EXPOSICION

BARBETA

SALA VELASCO

Rambra de Catalunya, 87

EXPOSICION

GARCIBUENA

Hasta el 9 de enero.

LA PINACOTECA

MARCOS Y GRABADOS
P.º Gracia, 34. - Telf. 13704

EXPOSICION

A. Gimeno

GALERIAS AUGUSTA

Avda. Generalísimo Franco, 473

MARCOS - OBJETOS REGALO

EXPOSICION

Camps DALMASÉS

SALA ROVIRA

Rambra Catalunya, 62

BONATERRA

ACUARELAS

SALA CARALT

Rambra de los Estudios, 1

B. TRIAS
AGUAFUERTES

F. ESPRIU
TERRACUTAS

HOY INAUGURACION

LIBRERIA EDITORIAL ARGOS

EXPOSICION

Guardiola Torregrosa

Bodegones de caza

una serie de imágenes, colores y hechos que crean una atmósfera de una extraña pureza. El poeta se pierde en las callejas de un sueño nimio pero palpitable. Algo de juego casi infantil se incrusta no sólo en la brevedad apotegmática de la poesía, sino incluso en el trasfondo esencial de los sueños y de la voluntad. La intimidad del poeta cobra sentido en el roce constante con lo inmediato y cotidiano. Los sentimientos se afinan en el aluvión de imágenes que crean un paisaje depurado, una Igualada ideal de pájaros y de árboles. La interferencia entre una ternura amorosa de adolescente y la atmósfera circundante no se realiza con sumisiones de una de las partes. Tanto como el canto a un amor es éste un canto a una ciudad. Se confunden ambos sentimientos en la exaltación alada de la canción. Alma y paisaje crean su unidad transfigurada. Y el hermetismo del libro es fatal consecuencia de una simbiosis llevada hasta los últimos extremos. El poeta, en el metal breve y esquivo de sus versos quiere aprehender un mundo sin oposiciones, sumido en la luz igual de su égloga afectiva y paisajística. Encerrándose en este ámbito quiere encontrar la raíz de su existencia, que, como en otros casos de poeta, hallará

más bien en una extática niñez que en la plenitud activa de los años. Llacuna arranca, como tanta lírica del siglo, de un ritmo popular, de una sugestión de canción, letrilla o refrán. Es este el esqueleto último de su tentativa lírica. Decimos esqueleto intencionadamente; porque esta fibra popular ha sido rápidamente depurada y se nos ofrece sin pulpa, como una armazón, como una mecánica balanca donde apoyar una curva lírica que se goza en la arbitrariedad, en la repulsa de las sugestiónes demasiado inmediatas y fáciles. Camino parecido recorrieron otros poetas como Rimbaud o Apollinaire en los momentos más breves y aéreos de su obra, cuando abandonando la sugestión del alexandrino, de la plenitud renacentista o neoclásica, fueron a buscar en siglos medievales una fuerza lírica hecha de breves estrofos, de flechas inquietas que afinan constantemente sus puntas. Llacuna no tenía tantos obstáculos para su tentativa de canción arbitrada, antigua como una balada pero capaz de recoger todo el gratuito irracionalismo de los últimos movimientos poéticos. Con una lengua más breve, con modelos menos arcaicos, ha podido realizar con acierto este intento de incrustar en el molde de la vieja canción este mun-



Ilustración de Grau Sala

do de imágenes inconexas y fulgurantes que constituyen el legado irrenunciable de los poetas influidos por el surrealismo blanco o rojo, ortodoxo o heterodoxo, que marca toda la poesía moderna. Adviértase por otra parte que intentos como los que realiza Llacuna son típicos de la promoción de poetas que fluctuaron entre la brevedad de los viejos cancioneros y el caudaloso fluir verbal y retórico impuesto por los surrealistas. Alberti y García Lorca juegan también a la canción reinventada y realizan el salto de lo anónimo tradicional al mundo cerrado de una lucubración personalísima. Lo que de momento caracteriza la obra de Llacuna es que este cruce de cami-

nos es por ahora único, celosamente conservado como el único manantial inagotable de poesía. El poeta se encierra en este aire de brevedades alusivas; en el arabesco de palabras e imágenes, recortándolo todo con precisión matemática, con exactitud de orfebre. Y en su fuga lírica consigue darnos lo más sutil y vivo de un paisaje y de un sentimiento de poeta.

Los aguafuertes de Grau Sala son dignos del ya largo historial de este conocido pintor e ilustrador. Como siempre que de libros ilustrados se trata, no deben buscarse correspondencias entre el texto y las láminas. El mundo de Grau Sala no es acerado como el de Llacuna. Predomina en él una pastosidad sensual, un exceso de romanticismos, una elegancia más suelta y ciudadana. Si un común denominador existiera, habría que buscarlo en este replegarse sobre una adolescencia soñada que caracteriza lo mismo la poesía de Llacuna que el arte de Grau Sala. Pero partiendo de este centro los caminos se apartan, lo que a mi modo de ver es una ventaja para el libro y para sus autores. No puede traicionarse la personalidad. Es mejor el contraste que la sumisión impersonal. Grau Sala ha tenido en cuenta el pretexto de las estrofas. Pero sobre él ha edificado sus cielos de palomas, sus encajes de árboles y sus cuerpos de niña maliciosa. Todo ello con su gracia habitual y con la mayor habilidad y conocimiento del oficio que le proporcionaron estos últimos años de trabajo intenso. Grau Sala se encuentra en la plenitud de su fórmula. Y nos satisface comprobar que no se marchita nunca su ingenio, cada día más lozano y arrebatado.

J. T.

Adjudicación del Premio «Nadal» 1947

La noche del día 6, festividad de los Reyes, en el Restaurante Suizo, el Jurado del Premio de novelas, instituido en memoria del que fué entrañable colaborador de DESTINO, Eugenio Nadal, otorgará, en la sobremesa de su ya tradicional cena, el Premio correspondiente a 1947. Este acontecimiento, que ha adquirido ya un sólido prestigio en la vida literaria española, ha despertado una profunda expectación. Cada año, el Concurso trae una mayor cantidad de novelas. En el presente, más de cien obras se han sometido a la atención del Jurado, cifra tan elevada que explica de un modo suficiente la importancia que ha adquirido nuestro Premio. Se puede decir que este año se han visto representados todos los núcleos literarios de la Península. Novelistas de todas las regiones españolas, con sus variadas características temperamentales, han enviado sus novelas. Asimismo, ha sido muy crecido el número de autores ya consagrados en el campo de las letras, que han enviado novelas inéditas. Y podemos adelantar que, en conjunto, no sólo la cantidad, sino incluso la calidad de las obras, es sensiblemente superior a la de los pasados años.

Como lo será seguramente también el número de curiosos que, ávidos de conocer los entre-bastidores de tan señero acontecimiento literario, harán acto de presencia en el Restaurante Suizo, para escuchar de los propios labios del Jurado el nombre del ganador del Premio «Nadal» 1947.

CASA DEL LIBRO

LE OFRECE EL MEJOR Y MAYOR SURTIDO EN

LIBROS ENCUADERNADOS
OBRAS COMPLETAS
EDICIONES NUMERADAS
LITERATURA, ARTE,
TECNICA, ETC.

CUENTOS INFANTILES
LIBROS JUGUETE
CUENTOS SORPRESA
LIBROS RECORTABLES
ESFERAS, ETC.

LOS REYES MAGOS

encontrarán lo mejor de la producción editorial española en

CASA DEL LIBRO

RONDA DE SAN PEDRO, 3. - TELEFONO 24647. - BARCELONA

OFERTA DE LA SEMANA

CANÇONERET DE LES OBRETES EN NOSTRA LENGUA MATERNA
MES DIVULGADES DURANT LOS SEGLES XIV, XV E XVI

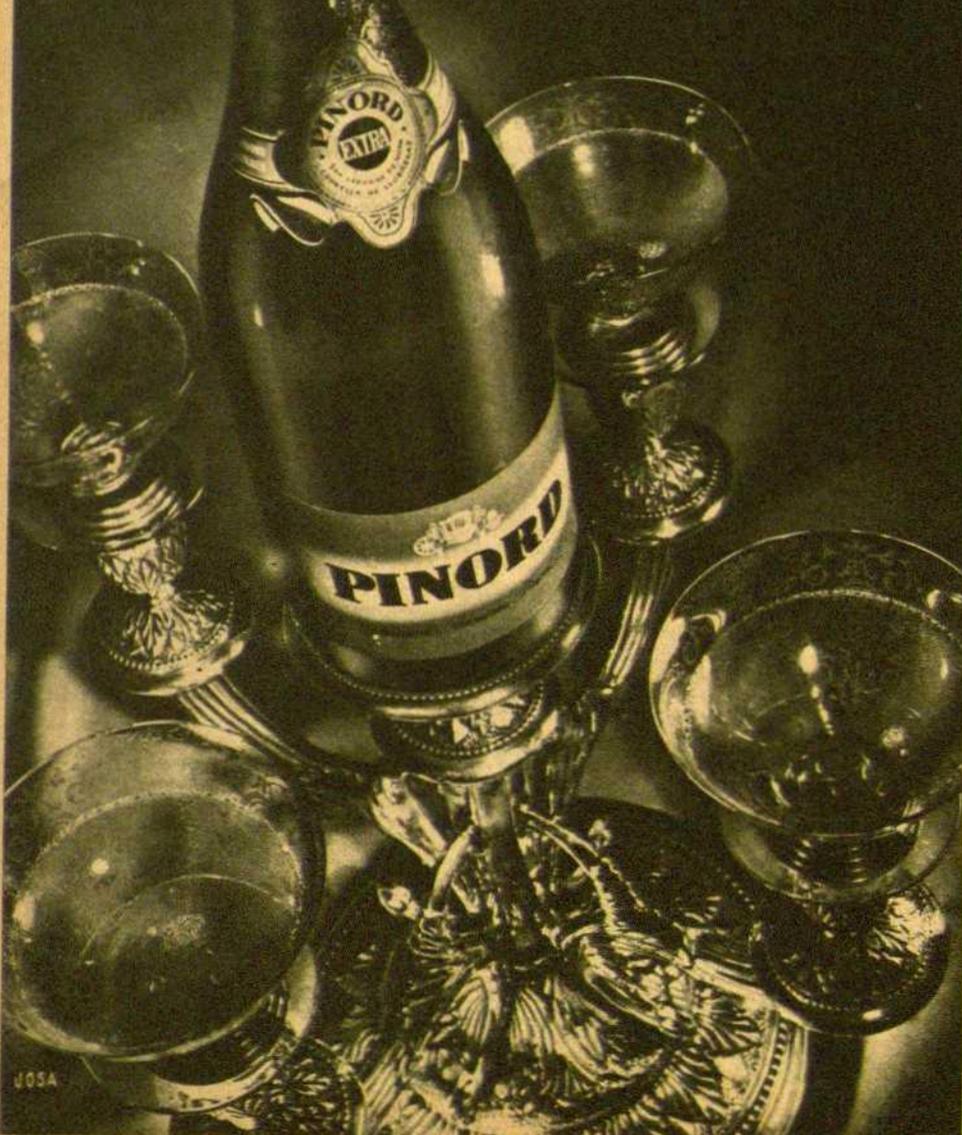
Recullit e ordenat per Marian Aguiló

(Uno de los poquitos ejemplares impresos sobre PAPEL ANTIGUO)

LIBRERIA VERDAGUER - A. Doménech

Rambla del Centro, 5. - Tel. 16164

Vinos Espumosos Naturales



Generos de punto

GONZALO COMELLA

CARDENAL CASAÑAS, 10
TELEF. 18722

PASEO DE GRACIA, 6
TELEF. 14220

Barcelona

La alegría que pasa...

CRÓNICA DE CINE por ANGEL ZUÑIGA

LA ÚLTIMA PUERTA



Ernst Lubitsch

CON Ernst Lubitsch desaparece una de las figuras más representativas del cine en su etapa de entreguerra. Es su manera de hacer tan personal que queda como uno de los escasos creadores con que ha contado el cine en su época más fructífera. Un film de Lubitsch es fácilmente reconocible entre cientos. De una manera o de otra, lleva siempre su huella digital. Y, caso raro, su posición tanto logra, en los mejores casos, contentar a los pocos como hacer las delicias de las mayorías. Ninguno logra como él combinar tan arteramente las necesidades del productor con las exigencias de quienes se creen estar por encima del espectáculo cinematográfico y le miran por encima del hombro.

Y es que ningún otro como Lubitsch ha conocido tan al dedillo la técnica y, por desconfianza, la ha puesto al servicio de un ingenio poco común, un talento que sólo se puso en marcha al llegar al cine americano.

Concretamente, desde que Chaplin hiciera la innovación de «Una mujer de París», que transforma totalmente la forma narrativa. Antes, Lubitsch todavía se pierde entre las orgías espectaculares de sus films alemanes, reutilizadas, no obstante, con talento mil veces superior al de las cintas italianas del mismo género. Son los tiempos de «Ana Bolena», consagración de Jennings; de «La mujer de Faraón», de «Madame Du Barry», revelación de Pola Negri. Todavía en América, es su tanteo con Mary Pickford en «Rosita». Sólo después de la gran lección chapliniana, Lubitsch aprende, como todo el cine americano, a narrar sus cintas descargándolas del farrago inútil que las ahogaba con su peso.

¿Quién no recuerda «Los peligros del flirt»? Esta es una de las comedias básicas del cine americano. En ella está todo su desenfado, su gracia ligera, su pimpante humor y, por desconfianza, los símbolos de que más gustará Lubitsch. Ya empiezan a abrirse sus puertas. Esas puertas que se abren y se cierran y que nos llevan de sorpresa en sorpresa. Sin «Los peligros del flirt» no hubiesen existido «La pícaro puritana» ni ninguna de esas cintas que hoy nos encantan por su perfección, pero que son la resultante de aquella manera de hacer que Lubitsch iba bordando en cada uno de sus escenas.

Un film como «La trivialidad de la dama» tal vez sea uno de las obras básicas del cine. Sátira que luego se ha querido copiar inútilmente en «La Zarina», cargando todo su acento en el diálogo y olvidándose de aquel lenguaje que era un puro jugar con alusiones, una deliciosa diversión con unos muñecos que una dirección magistral hacía símbolos de una serie de cosas que el viento se había llevado. Tal vez éste sea el momento superior en la carrera de Lubitsch. Cuando menos, en él, todavía crea. Se le ve preocupado por lograr un estilo propio, inconfundible, que deje en cuanto toca su marca de fábrica.

Y esa marca de fábrica, esas puertas, vuelven de nuevo con un film que muchos recordarán, porque en su momento no hubo otro tan deliciosamente espiritual, ni logrado con medios tan sencillos ni tan poderosamente cinematográficos. Se trata de «El abanico de Lady Windermere». La comedia de Oscar Wilde lograba nuevamente una puesta en escena que la vivificaba. Era la comedia teatral, sí; pero Lubitsch nos hacía olvidar el teatro y nos daba equivalentes que sólo podrían comprenderse por el nuevo medio de expresión en que se manifestaban.

Todo lo que luego ha hecho Lubitsch ha sido repetirse o, mejor, vivir de sus rentas. Rentas semejantísimas que logran otro momento de excepción cuando la llegada del cine sonoro, en ese par de finisimos comedias que se llamaron «Un ladrón en la alcoba» y «Una mujer para dos». Era la superación de todo aquello por medio del sonido y aun de la palabra, porque todavía ahí el diálogo era ágil, preciso, dicho en forma que se espiritualizaba. Y las puertas se abrían. Y las puertas se cerraban. Y Lubitsch pasaba entre ellas dejando lo mucho que sabía de cine y orientándose siempre para que nadie quedara defraudado: ni los demasiado inteligentes ni los del todo ineducados.

Cuando había coqueteado con las mayorías le salieron aquellas operetas centenarias que se llamaron «El desfile del amor», para que Jeannette Mac Donald nos volviera sordos con sus agudos de locomotora y Chevalier adornase la frente a un Monsieur Dupont cualquiera, una tarde gris, fría, en que era delicioso despedirse, cantando, de París.

Ese es el Lubitsch que menos queríamos. El de las amaneceras de Jeannette Mac Donald en salto de cama, siempre con su chillido a punto, aunque viajara en primera, como en «Montecarlo», y Lubitsch, recordándose de que también sabía hacer cine, nos diera un viajecito sin perder buen detalle: la voz de la Mac Donald, el ruido del tren, el rodar de las ruedas, el silbido de la máquina, las voces de los labradores simplemente al pasar nos ofrecía un fragmento de cine magnífico que luego se perdía en las vaciedades inútiles de la opereta.

Se sentiría antibélico en «Remordimiento», acordándose de los latiguillos fáciles de la entreguerra; y sería anticomunista en «Ninotchka»; y todavía pondría en pie una simple, sencilla, humana poesía en «El bazar de las sorpresas», para hacernos sonreír con sus viejos trucos, que nos sabíamos de memoria y que de memoria también él repetía: sus puertas abriéndose y cerrándose. Y Lubitsch paseándose entre ellas. Y, ahora, abriendo la última, la de la gran sorpresa y colgando en ella el típico cartelito de sus vodeviles: ese «Do not Disturb», que nos había hecho reír en tantas ocasiones. Pero que, por esta vez, nos pide, acaso, el aplazamiento de la sonrisa para la eternidad.

EL SABADO EN LA BUTACA

por Sebastián Gasch

GRAN-VIA: «TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS»

SIN aspavientos publicitarios, sin anunciarla a bombo y platillo, ha sido estrenada en un cine muy apartado del centro de la ciudad, y en estos días se proyecta ante un reducidísimo número de espectadores, la mejor película de tema bélico que hemos visto hasta la fecha.

Un grupo de combatientes del Ejército norteamericano que se dirige a su bautismo de fuego y luego los campos de batalla del Africa del Norte e Italia. Ninguna propaganda. Sólo dos o tres cadáveres y ni sombra del enemigo, siempre presente, pero nunca visto. Y una sola acción de guerra, que es muy superior a todo cuanto, dentro de este género, ha sido presentado en Barcelona: la conquista de un pueblito italiano por los americanos. Lo más conmovedor de este episodio es el silencio absoluto que reina en aquel pueblo en ruinas después de «mudecer los fusiles... Este admirable film subordina lo espectacular, que impresiona, a lo humano, que emociona. «También somos seres humanos» tiene una gran hondura, una enorme humanidad. No nos da a conocer a héroes, sino a hombres. Muchos hombres. Cada cual con su problema a cuestas. Cada cual lleva sus recuerdos, su ansiedad, su desesperación, sus esperanzas, reflejados en el rostro. La cinta es una sucesión de rostros cada uno de los cuales equivale a una espléndida definición psicológica.

William A. Wellman ha empleado un lenguaje sencillo y natural, sobrio, una expresión realista para hacer un film que reflejase en toda su intensidad el dramatismo cotidiano, íntimo, de la contienda. Su cinta, oscura, densa, reproduce la desolación, la asfixia de la guerra, mediante un naturalismo salvado por el sentido de las formas y de las sombras y una especie de pesimismo amargo que resulta magnífico. Permanecerán para siempre impresos en nuestra memoria aquel barro, aquella niebla, aquella lluvia que Wellman ha acumulado en torno a sus personajes anónimos. Aquellos escenarios de aguafuerte, diseñados con espesas tintas, por los que desfilan tipos reclutados entre las más diversas clases sociales...

Después de ver esta película, que recuerda a «Sin novedad en el frente», de Remarque y Milestone, y a los «Cuatro de Infantería», de Pabst, y que deja una impresión tan dolorosa en el ánimo, uno se pregunta, pensando en el estado actual del mundo, por qué derrocharon tantas energías todos esos hombres.

KURSAAL: «SCHEREZADA»

El diletantismo, un hermoso diletantismo, proporcionó a Rusia sus mejores artistas, sus mejores productores del espíritu. Borodine era químico; Mussorgsky, oficial del regimiento Preobrajensky; Cui, general; Serow, empleado de Correos; Balakireff, funcionario; Rimsky-Korsakoff, marino... ¿Y qué era Diaghilew, si no un «dilettante»? Salvo dos o tres artículos críticos y algunos fragmentos musicales que cuidó de destruir, Diaghilew nunca pintó un cuadro, jamás compuso una melodía ni un paso de danza. Diaghilew no era un creador. Y, sin embargo, toda su obra se desarrolló bajo el signo de la creación.

La película «Scherezada» tiene por protagonista a Rimsky-Korsakoff, guardiamarina en un buque-escuela que hace escala en un puerto del norte de Africa. Los autores del argumento de esta cinta han tratado ese capítulo de la vida de Rimsky con una despreocupación tan enorme y una fantasía tan delirante, que si la vieses los descendientes del autor de «Sadko» acaso demandasen ante los tribunales de justicia a esos señores por presen-



Yvonne de Carlo y Eve Arden, en «Scherezada»

tar a su pariente bajo un aspecto tan pintoresco. Suponiendo que se tomasen en serio a esta película, que es mucho suponer, por cuanto difícilmente uno puede ponerse grave contemplando al capitán del buque-escuela, empujado en mantener la disciplina indumentaria más estricta entre sus cadetes, mientras él se pasea medio desnudo por cubierta; viendo a Rimsky buscando un piano e introduciéndose cual un vulgar ladrón en la lujosa mansión de una bella viuda en la que hay uno de esos instrumentos musicales; y admirando las danzas orientales de la hija de esa viuda, quien, sin que lo note su aristocrática madre, actúa cada noche como bailarina en un sordido cafetín. Si, según se deduce de lo que vemos en la pantalla, los autores de «Scherezada» sólo pretendían hacer cine de simple pasatiempo, escribiendo una comedia musical entretenida, ¿qué necesidad tenían de hacer desempeñar el papel principal a Rimsky-Korsakoff? Y aun en el caso de que hubiesen querido amenizar su cinta con música del autor de «La ciudad invisible de Kietge», ¿por qué no acudían a un personaje imaginario? De haberlo hecho así, «Scherezada» no hubiese sido juzgada en términos tan crueles como lo ha sido por parte de algunos críticos. Porque en realidad se tra-

ta de una comedia musical arbitraria y amena, envuelta en brillante y agradable música, con cuadros arrevistados y mucha danza, y salpicada de graciosas situaciones cómicas e hilarantes «gags». Entre los muchos aciertos que encierra el film, hay que señalar las escenas de a bordo, finamente irónicas, el ambiente colorista y abigarrado del cafetín árabe, la brillantez de la fiesta en honor de los marinos y una espectacular lucha a latigazos.

«Scherezada» es una cinta en tecnicolor. En este film el famoso procedimiento sigue desdibujando a los personajes situados en segundo término. Consigue, no obstante, tonos más afinados, más entonados, sin los habituales contrastes violentos. Por lo demás, los felices resultados obtenidos en la danza oriental del cafetín y en el «ballet» «Scherezada», secuencias en las que se ha huido del colorido real para internarse en lo fantástico, demuestran bien a las claras las infinitas posibilidades expresivas que tendría el tecnicolor si renunciase de una vez a intentar copiar los colores de la Naturaleza, copia por lo visto irrealizable, para inventar fantasías coloreadas. Si dejase de imitar para crear.

Jean Pierre Aumont hace el papel de Rimsky-Korsakoff. Este muchacho debe de ser un excelente ma-



El estreno de un film de «Charlotte» ha sido siempre un acontecimiento extraordinario, dando amplio tema de discusión; pero ninguno ha apasionado tanto como «Monsieur Verdoux», que ha sido presentado por Cifesa en Astoria-Atlanta, precedido por el más rotundo éxito en los principales pantallas del mundo

ruido. Y que ello es así lo demuestra el hecho de que lleva más de cuatro años casado con María Montez sin que se hable de divorcio. Pero como actor carece de sal. Y su insignificante Rimsky nunca nos da la impresión de ser capaz de emprender con resolución empresas musicales de importancia. Brian Donlevy es el capitán del buque-escuela. Su trabajo es tan fino y matizado, que los restantes intérpretes quedan ensombrecidos y empequeñecidos por la perfección de esa actuación. Yvonne de Carlo se muestra bailarina bastante notable. Desde luego muy superior a la María Montez de «La reina de Cobra». Pero su éxito sigue descansando en el «glamour». En «Scherzadas» hay unos primerísimos planos de sus ojos azul-grises y de sus labios carnosos, y otros de los besos que ella pide a Jean Pierre Aumont y que éste le prodiga con generosidad, que seguramente esas sensacionales imágenes habrán logrado que le aumenten el sueldo quienes la utilizan para tales faenas. En cada uno de esos fotogramas rebosa una sensualidad detonante. Pero una sensualidad a ras de tierra. Sin complicaciones ni literatura. Una sensualidad puramente animal.

Da remate a esta cinta el «ballet» «Scherzadas», uno de los primeros que presentó Diaghilew y la obra maestra de Bakst por su increíble lujo de colores. Tillie Losch ha logrado una coreografía muy movida y vistosa, pero demasiado a la manera de las revistas americanas. Esta coreografía no nos hace olvidar la puesta en danza tremendamente asiática de Fokine ni los portentosos saltos de Nijinsky.



Xavier Montsalvatge, Carlos Suriñach y Manuel Muntañola, planeando la realización de las óperas que van a escenificarse en el Teatro del Liceo

GENTE NUEVA EN EL LICEO

CUATRO JOVENES PARA DOS ACTOS

YO no sé si mis amigos Carlos Suriñach Wrokon, Javier Montsalvatge, Néstor Luján y Manuel Muntañola tendrán o no éxito en su primera aparición, el próximo sábado, en el Liceo. Pero mi sed de novelaría queda satisfecha viéndoles, tan jóvenes, afanarse en el marco centenario de nuestro gran teatro lírico. El Liceo parecía incompatible con la mocedad. El inminente estreno de «El gato con botas» y «El mozo que casó con mujer brava» demuestra que también para los jóvenes se ha hecho el reino de la ópera.

Conste que la irrupción de ese equipo juvenil, exteriormente, no puede ser más moderada. Al cuarteto le domina, si no el acatamiento, el respeto a la tradición. Nada de «pater le bourgeois», de romper iconos y otras zarandajas cursis.

—¿Te gustaría haber escrito «Aida»? — le pregunto a Montsalvatge.

Al autor de «Manfred» se le encienden los ojos de puro entusiasmo. —Verdíd me parece enorme— balucea—. Aunque a mi temperamento le van mejor, por ejemplo, Mozart y Pergolesi.

Es una declaración de principios, formulada, empero, en términos moderados. Montsalvatge llega al Liceo en el inicio de una etapa particularmente serena de su vida. Incluso desde que se casó—hará como un año—lleva trajes enteros y serios. José Pla ya no podría decirle, como le dijo cierta vez, que iba vestido de músico.

Carlos Suriñach, por su parte, tiene la íntima presunción de representar la normalidad. Aunque a nosotros, apegados a la rutina, esa normalidad suya, absorbida en los más genuinos centros musicales europeos, nos parezca detonante.

Yo, conocedor de sus «hobbys», le gasto una broma:

—Oye, Suriñach: Con «El mozo que casó con mujer brava», ¿qué has hecho? ¿Werner Egk? ¿Carl Orff...?

Suriñach se ríe «a modo». Luego, arguye:

—No creas que al escribir mi música no haya tenido presente la lección de estos grandes maestros de la ópera moderna. Especialmente, el obstinado ritmo que caracteriza sus obras.

Un amigo que, a mi lado, presencia el ensayo de «El mozo que casó con mujer brava», me hace notar cómo la música de Suriñach, tan íntimamente emparentada con la cosa popular española, está sin embargo muy lejos del folklorismo, que parece ser la consigna de cierta escuela nacional.

A estas alturas, creo de rigor dar

la entrada a Néstor Luján, nuestro querido compañero, autor del libreto de las dos óperas que van a estrenarse. Néstor, tan combativo y zaragatero en las páginas de DESTINO, en cambio, puesto a escribir óperas, ha descubierto que todo cuanto de ágil atesora su pluma, tienen de plomo sus pies. Montsalvatge y Suriñach me ponderan su benedictina paciencia, su buen sentido, su aversión a la gratuidad, cualidades verdaderamente excepcionales en un libretista novato.

Luján, que considera haber terminado ya su trabajo, mira compungidamente a sus colaboradores bregar con músicos y coristas, mientras fuma con delectación esa pipa en él tan importante, pues confiere gravedad y carácter a su fisonomía algo añeja todavía.

Yo le saco de su morosidad pidiéndole unas someras noticias relativas a las óperas cuyo montaje presenciámos.

—Muy sencillo— me responde—. «El gato con botas», a la que ha puesto música Xavier, es el conocido cuento. La adjetivamos «ópera de magia», para dejar bien sentido la absoluta arbitrariedad de libro, música y presentación. A semejanza de las óperas del siglo XVIII, en «El gato con botas» privan los recitados y los concertantes. Todo, empero, tratado de una manera irónica.

Néstor se saca la pipa de los labios para que suene muy clara esa advertencia:

—Haz constar, especialmente, eso de la ironía. El bosque de la ópera es muy frondoso. Contiene varios y opuestos géneros, todos respetables. Por eso conviene que el público, al sentarse en la butaca, sepa exactamente cuál ha sido el propósito que ha guiado al músico de turno.

—¿Y «El mozo que casó con mujer brava»?

—Su argumento está sacado de un apólogo del «Coade Lucanor». Ninguna novedad en ese sentido, pues antes que nosotros lo han tocado muchas otras manos, algunas ilustrísimas. Ten en cuenta que de ahí salió «La fierecilla domada». Ha sido el ambiente oriental de la fábula lo que ha tentado a Suriñach, al permitirle escribir una música de carácter... ¿Cómo te diré? Quizá árabe-andaluz.

Luján se asusta un poco de la formalidad de sus declaraciones, e intenta hacer marcha atrás:

—Bueno, esto no lo escribas, pues a lo mejor no le gusta a Suriñach, que es el verdadero padre de la criatura, pues yo, como libretista, me he movido en un terreno del todo convencional, persuadido de

La alegría

que mi misión era servir al compositor.

La circunstancia de figurar en un mismo programa y de cantar ambos con el mismo libretista, podría inducir a suponer que Suriñach Wrokon y Montsalvatge comulgan en un mismo estilo musical. Los filarmónicos se darán cuenta en seguida de que nuestros dos nuevos operistas sólo tienen de común la juventud y el entusiasmo. Este segundo factor, unido a un exacerbado y generoso sentido del compañerismo, ha llevado a Suriñach, gran práctico, a cargar con la dirección orquestal de la obra de Montsalvatge. Y nada más.

¡Ah, sí! Hermana también a los dos autores un miedo considerable a que las «cosas» de Manuel Muntañola, escenógrafo y figurinista, no lleguen a tiempo. Nuestro brillante decorador, con su elegante flemma, ajeno al temor de los dos cuitados, va dando cima a su obra, que causará sensación en el marco algo anquilosado del Liceo.

El director de escena, Cardí, expertísimo y competente, trabaja con verdadero ardor en el montaje de las óperas y tranquiliza a los músicos:

—No se preocupen. En el teatro, ya es sabido que todo llega a última hora...

Tiene razón. Los únicos que han llegado temprano al Liceo han sido mis cuatro amigos Suriñach, Montsalvatge, Luján y Muntañola.

SEMPRONIO

FEMINA
PROGRAMAS EXCLUSIVOS DE CONTINUACION DE ESTRENO
A partir del lunes día 5, una aventura de «FLAS GORDON»
El Imperio fantasma
con GENE AUTRY
Y la joya cinematográfica
Mark OBERON
George BRENT

VIAJE sin Retorno
HOY Y MAÑANA, ULTIMOS DIAS DE A TRAVÉS DEL ESPEJO

UNA COMEDIA CON CLAVE

EN cuanto a teatro, estamos entrando en una fase de desfachatez estremecedora. Recientemente se ha estrenado una comedia titulada «Les noies de Barcelona», de Roure y Bonavía; es decir, una comedia que tiende al costumbrismo, a la eutrapelia localista y al urbanismo más entusiasta. El asunto es aleccionador y moderado, de un zigzag psicológico provisto de pararrayos y todo: Una pareja de enamorados se despiden con mucho fuego; el prometido se marcha a América a probar fortuna, y las reiteradas promesas de fidelidad se suceden una tras otra con apasionada insistencia. «Seré tuya», dice ella. «Serás mía», grita él. Y él se marcha luego en pos del azar dando un salto mortal sobre el Atlántico. Pasan los años. Ella lo cree muerto en la empresa (titánica empresa) y, llena de desolación y de añoranza, se casa con otro. Al cabo de unos años, el ajetreado amante vuelve a su tierra, y ella, de primer momento, no le reconoce. Pero, al cabo de un diálogo saturado de presentimientos y alegorías, ella descubre la personalidad de su primer amor en las arrugas de luchador fatigado que presenta el rostro de aquel supuesto titiritero. Y entonces se produce una escena deslumbradora, pastosa y agrídulce. Al reprocharle él con muy buenos modales la infidelidad de ella, ella le responde «como cristiana y barcelonesa...». En fin, ella quiere darle a entender que como cristiana y barcelonesa estaba dispuesta a cumplir la palabra dada en otros tiempos, pero que al suponerle muerto quedó relevada de seguir esperando inútilmente.

Como espectadores, no nos im-

porta que ella le esperara o no sentada o de pie, o haciéndose los moños ante un espejo lleno de vaho de añoranzas. Como espectadores, lo que nos preocupa en tal momento es su afirmación: «Como cristiana y barcelonesa». Al parecer, se trata de una frase en clave cuyo significado sólo lo poseen los protagonistas. En principio, no vemos que exista ninguna relación posible entre el firme propósito de cumplir una promesa y ser barcelonesa. La fidelidad y el cristianismo tienen desde luego un parentesco, pero el barcelonismo es superior a nuestras entendederas sentencias para que su intervención en este caso nos sugiera el martirio de una mujer chasqueada por su novio.

Es bien evidente, pues, que el autor, al lanzar esta frase, cuenta ya con un público preparado convenientemente. Frase de tal dimensión no puede ser dicha así, por las buenas, sin que exista en potencia una respetable cantidad de oídos debidamente impuestos en el intrínseco metafísico de la afirmación. Rechazamos también el supuesto de que exista un cristianismo local y chato que al entrar en contacto con la naturaleza de barcelonés imponga unas leyes nuevas o un nuevo decálogo. Es posible que la protagonista, al decir de ella que es cristiana, hace uso de una rigidez de principios bellamente apostólicos y que la palabra barcelonesa le sirva para impresionar a su interlocutor y dar mayor vigor a su defensa. De todos modos nos deja en penumbra su profunda significación.

J. C.

KURSAAL
GRAN ÉXITO

ROMÁNTICA, Y CON UNA HISTORIA DE AMOR COMO SÓLO PUEDEN IMPRIMIR LAS MELÓDICAS DE RIMSKY KORSAKOFF
Scherzade
en TÉCNICOLOR
* YVONNE DE CARLO *
JEAN PIERRE AUMONT * BRIAN DONLEVY
DIRECCIÓN de WALTER REISCH

MONTECARLO
ÉXITO DEFINITIVO

GARY COOPER
INGRID BERGMAN
LA **EXÓTICA**
DIRECTOR: SAM WOOD
PRODUCCIÓN Warner Bros.

ANIS Y RON PUJOL
S.A. PUJOL Y GRAU

que pasa...

MOMENTO MUSICAL

MIGNON EN EL LICEO

PARA «Mignons» pasan los años como para esas viejecitas de las que la gente dice: «...delicada y poquita cosa, pero nos enterrará a todos...» Esta es la pura verdad. La música de «Mignons» es frágil, poquita cosa, enjermiza, pero el tiempo y el gusto de las gentes que sin contemplaciones condena a muerte tantas obras, no ha podido con ella, y la mejor partitura de Ambrosio Thomas sigue siendo considerada en todo el mundo. Estrenada en 1866 en la Ópera Cómica de París, fué representada en pocos años más de mil veces. Después el éxito cedió, aunque a ella no le ha llegado todavía la hora del olvido. Del escenario del Liceo ha permanecido apartada durante treinta años, y no

perfectas reproducciones fonográficas, una versión defectuosa de sus líricas melodías sería insuportable. El montaje de la obra en el Liceo ha sido este año muy cuidado. Salvando el percance de la mediocre soprano que en la primera representación se encargó del comprometido rol de Filina y que fué substituida sin contemplaciones por Lolita Torrentó—que por cierto hizo un verdadero alarde de agilidad vocal—, la puesta en escena fué de las que dejan satisfecho. Gianna Pederzini en funciones de protagonista estuvo cada noche inmejorable en cuanto a dicción y conocimiento de su papel. La voz de la Pederzini es segura, potente y de una prodigiosa ductilidad. La



Una escena de «Los pilares de la sociedad», de Ibsen

EL TEATRO EL AÑO QUE HA MUERTO

ENTRAR en el balance del año teatral que ha muerto sería incurrir en la más desoladora de las monotonías. Con casi imperceptibles variaciones, el balance de este año sería igual al de los años anteriores: apenas nada. Es indiscutible que se han representado obras de cierta calidad junto a piezas deplorables; algunas han sido resueltas a base de argumentos dignos, diálogos gramaticalmente bien escritos y un fondo moralizador; otras han sido zanjadas por sus firmantes con un gelatinoso impudor y, desde luego, presentadas al público con la misma cabriola del individuo que presenta una factura al cobro. Y la han cobrado. Que, a juzgar por las apariencias, era lo único que les preocupaba. Valga, pues, el símil, para acabar diciendo que nuestro teatro tiene a veces el mismo aspecto que el de una factura que la gente paga sin refunfuñar. El autor la cobra, y a otra cosa.

Pero hora es ya de que fijemos la atención en algo que nos alarma y que precisamente nos ha alarmado a lo largo y a lo ancho de este año que ha muerto. Hasta aquí hemos hablado muchas veces de la influencia de Ibsen en la escena de los últimos tiempos. Al decir Ibsen, a través de Shaw, queremos decir

teatro dialéctico: es decir, un teatro en el cual la base fundamental sea la palabra. No la acción, como muchos autores se empeñan en citar una y otra vez, sino la palabra. No la palabra empleada en el zigzag de un chiste o en la volátil ingeniosidad de una agudeza más o menos gedeónica, sino la palabra metida en un diálogo que pretenda decir cosas. Hasta aquí nos hemos asido a los faldones del paletó de Ibsen, pero nadie nos ha hecho caso. Pero como que la época se nos presenta con el signo de lo concreto, dejáremos a Ibsen, que para muchos es un señor misterioso, y nos remontaremos a la superficie.

En el año 1947 se han estrenado muchas comedias y se han proyectado muchas películas. Y el fenómeno de esas dos disciplinas ha sido la comida del día. Mientras las comedias de 1947 hacían esfuerzos inauditos para parecer cine, es decir, acción y situaciones de acción, gran cantidad de las películas de 1947 trataban de parecer teatro, valiéndose de todos los medios habidos y por haber. El cine sonoro ha abusado de los diálogos. Se ha ensañado con los diálogos hasta tal punto que muchos films eran dialécticamente un logrado esfuerzo para incorporar definitivamente el teatro al cine. En una palabra, un camino erróneo. Fácilmente se deducirá de ello que cuantas personas han asistido a esa clase de films salían de la sala con la sensación de haberse dejado estafar. El cine es imagen, y por ende, imagen con cierto sentido coordinado que culmina la mayor parte de las veces en un gran incendio, un tifón o un terremoto. En cambio, en cuanto al teatro se refiere, nadie se queja de que los diálogos se diluyan en un muestrario de anécdotas que han sucedido o han de suceder en el entreacto.

Con ello quiero dar a entender que ya que nuestra época cuenta

con un elemento llamado cine, que divierte a las masas con sus imágenes, su acción y su sugestión, es perfectamente lógico acabar creyendo que el teatro ha de ser lo contrario del cine. Sin error posible, exactamente lo contrario que el cine. En el cine, los hombres vuelan, corren, saltan, luchan, ponen cara de seres mordidos por la psicología, y el fotomontaje recupera muchas veces el sentido de ese surrealismo que los hombres de letras dan ya como finiquitado. Pero en teatro es distinto. Los hombres no pueden correr, ni volar, ni luchar, ni jugar a esquemáticos surrealismos. Los hombres del teatro no pueden hacer otra cosa que hablar, hablar y hablar.

Llevadas las cosas del teatro a este terreno, resulta intolerable que ese noble medio de expresión que es la palabra recurra a las tonterías y a los manoseos de personajes que no tienen nada que decirnos. Resulta bochornoso pagar una cantidad, para asistir a los comadros de un vecindario con ideas patosas, al forcejeo de dos tipos que comentan una infidelidad que no nos va ni nos viene en nada, o al pasmado griterío de una dama histérica que juega a tener la razón en todo por el mero hecho de chillar más que los otros personajes.

Con la palabra en la boca pueden decirse muchas y sabrosas cosas. Y nadie las dice. Nadie las ha dicho en el teatro del pasado año, y según malos augurios, nadie piensa decirlas desde los escenarios que serán ocupados en este año que hemos empezado. De ser así, me veré obligado a rogarles a Angel Zúñiga y a Sebastián Gasch que sean ellos los que hablen de teatro (que será cada vez más cine) y, por mi parte, de vez en cuando les hablaré de buen teatro, que, a no dudar, será una mala película.

JULIO COLL



Estos días de Navidad y Reyes el «Orfeo Català» celebra dos conciertos, en los programas de los cuales tienen especial preponderancia los conciertos populares. Estas audiciones revisten una verdadera trascendencia y, por su sentido poético y tradicional, atraen a un auditorio numerosísimo. Complemento casi obligado de las fiestas navideñas son los recitales del «Orfeo», que, dirigido por el maestro Luis M. Millet, da ahora, como siempre, un gran relieve a la vida artística de la ciudad. Este año, nuestro primero entidad coral ha celebrado una simpática efeméride. El mes pasado hizo cincuenta años que obtuvo señaladas distinciones en el Concurso Internacional de Orfeones celebrado en Niza. El primer triunfo internacional obtenido por los cantores catalanes tuvo una influencia decisiva en el impulso inicial del «Orfeo Català». La fotografía que publicamos es un recuerdo evocador de aquel acontecimiento

obstante, al oírlos estos días nuevamente, la Obertura, el aire de Pavana que canta Frederick, la Polonesa de Filina y otros fragmentos nos han sido perfectamente familiares. ¡Pobre Mignon! Nos habla con las mismas palabras que emplean las viejecitas de 80 años—la edad de Mignon—para explicarnos las modas en uso cuando eran jóvenes, para insistir en que ciertas costumbres de ahora entonces habrían causado horror. El tono de sus confidencias es cadencioso, dulce, ligeramente tembloroso, y si bien no llega a conmovedor, logra en cambio emocionarnos con su poder evocador. Nos gusta, de vez en cuando, sumirnos en el ambiente—al que no negamos un ligero tufo de naftalina—en el que se desenvuelve la ópera de Thomas. Nos gusta y encontramos absurdo criticar su poca consistencia, su falta de peso o de trascendencia. Ya tenemos bastante con que aquella música sea tan intensamente descriptiva de la época en que fué escrita para aceptarla y estimarla. La música francesa del siglo pasado nos ha legado esta «Mignons» investida de una significación que no tienen ni las piezas de Meyerbeer, ni, por ejemplo, un «Turandot» o una «Cavalleria Rusticana», que aun perteneciendo a la estética de otro momento musical, por su éxito universal figuran también en el repertorio anual de muchos teatros de ópera. Lo único que exigimos al escuchar «Mignons» es una interpretación impecable. Por ser tan conocida por nuestra generación, a través de las

artista domina perfectamente una buena escuela de canto y se mueve en escena con naturalidad y desenvoltura. Donde más se notan estas su cualidades de actriz es en la interpretación de «Carmens», los ensayos de la cual hemos visto antes de escribir estas notas. En «Mignons», Gianna Pederzini fué acompañada por Cesare Siepi, cantante también de primera categoría, igual que Rodolfo Moraro. Tanto el bajo como el tenor están en posesión de las mejores facultades vocales, que saben emplear sin amaneramientos.

A su lado hizo un gran papel la soprano madrileña Tony Rosado. Se trata de un nuevo valor de nuestra escena, un auténtico descubrimiento que, estamos seguros, dará mucho que hablar. Su bellísima voz, su corrección de estilo resaltaron en el papel de Frederick, que dominó con naturalidad y elegancia.

Vicente Riiza y Arsenio Guinza completaron muy dignamente el reparto.

El control escénico de A. Cardí fué patente en todo momento. Los coros, disciplinados, y el Cuerpo de baile, justo en sus intervenciones.

Parte principal en esta magnífica «Mignons» la tuvo el maestro Napoleone Annovazzi, que consigue siempre una perfecta sincronización de la orquesta y los cantantes, logrando que éstos brillen en su cometido y que aquella no abandone su primordial misión de dar color, ambiente y sugestión a la escena.

SOLUS

¡¡GILDA en BARCELONA!!



La película más impresionante y la mujer más fascinadora, en el COLISEUM

ULTIMAS SEMANAS DE LA PRODUCCION

Kaps y Joham

MELODIAS DEL DANUBIO

EN EL ESPAÑOL

SALON ROSA

Bodas-Banquetes
FIESTAS FAMILIARES

BODEGA MALLORQUINA

Restaurante del
SALÓN ROSA



anis azul

VUELTA AL RUEDO

RESUMEN DE LA TEMPORADA EN ESPAÑA

En el artículo del número 541 tratábamos de lo que trágicamente ha representado en la historia del toreo este año de 1947. Hoy nuestro resumen será algo simplemente numerativo para recordar lo que ha sucedido concretamente en los ruedos ibéricos en esta temporada. Se han celebrado, en 1947, 276 corridas de toros en las que han toreado sesenta españoles, siendo el decano de ellos el torero Joaquín Rodríguez «Cagancho», con veinte años de alternativa, y el más joven «El Sargento», que tomó la alternativa en Inca el 27 de julio, de manos de Antonio Bienvenida. Estos sesenta toreros que han toreado en esta temporada son una cifra extraordinaria y hubiera sido mucho más elevada de no estar ausentes de nuestras arenas los toreros mejicanos. A pesar de todo, podemos afirmar que es éste el año en que han actuado mayor número de toreros desde que existe la fiesta.

Las características de esta temporada han sido extraordinarias; puede decirse que ha sido una de las temporadas más pródigas en sucesos de la historia del toreo. Los tres más importantes han sido la ausencia de los toreros mejicanos, la muerte de «Manolete» en pleno éxito y la reaparición del toro en la fuerza de su vigor y de su edad en la mayoría de las plazas. Esta última característica es netamente favorable al desarrollo de la fiesta, pero ha sido también el origen de los gravísimos percances que ha sufrido la mayoría de los toreros, aunque debe también cargarse algo en la cuenta de la fatalidad que ha pesado durante este año en las plazas de toros.

Este año de toros recuperados podemos dividirlo, para mejor comprensión, en dos fases. La fase hasta la muerte de «Manolete», en la que fué este el eje de todo el interés del aficionado, y la fase posterior al 28 de agosto. Examinemos a los toreros por el orden de su cantidad de corridas torreadas salvando sólo la jerarquía indiscutible, nimbada por una muerte dramática, del espada cordobés.

«Manolete» toreó 21 corridas en apenas dos meses de actuación. Su primera corrida fué el 22 de junio, en Barcelona. «Manolete» estaba en la cumbre de su arte sin que nadie se le pudiera igualar y sólo en la cumbre del toreo murió. Solo, con todo el público delante.

Seguendo el orden estrictamente cuantitativo — que poco o nada tiene

ciones no despiertan apenas entusiasmo. Sólo Barcelona responde un tanto a la indudable categoría de este torero. Gran artista del capote, de los lances con una precisión emocionada, con una pasión exacta. Su dirección de la lidia es artesana pero llena de sentido, con una concisión geométrica. Con la muleta su estilo es cada vez más corto, más romo y terroso y falta de agilidad, menos favorecido



La verónica de Pepe Luis es el lance más acabado del toreo actual

por una inspiración luminosa y alegre. En cambio, adquiere en la suerte de matar un prestigio trágico, un resplandor cárdeno, dramático. En esta suerte «Andaluz» rescata el estilo de los antiguos matadores de corte frascuelino: entra a matar con toda la sangre en la cabeza.

En el caso contrario está Pepe Luis Vázquez, que ha toreado cuarenta y seis corridas y es el artista mejor dotado de los que quedan en España. Si en «Andaluz» todo tiene un sello de oficio, si se advierte en sus esfuerzos el sudor de la frente, en Pepe Luis Vázquez todo aparece dorado y gratuito y con calidad alada. Por eso Pepe Luis tiene un éxito de solemnidad ante los mejores públicos. Pero su abulia desarticula sus faenas y le impide que ocupe, como le corresponde, el primer puesto de los toreros de hoy. Porque evidentemente no lo es, ya que le falta algo que no se compra ni se vende: un ánimo cantante de triunfar.

Con cuarenta y cinco corridas cierra su temporada «Rovira» y éstas han sido las necesarias y suficientes para aburrir al público. El inmenso «bluff» de este torero, su estilo reseco y antipático, sus alardes que son pura magnesia efervescente y el creerse lo suficientemente colocado como artista para ablandar la mara al entrar a herir han acabado con él como figura. El año próximo toreará pocas corridas. Menos toreará «Gitanillo de Triana», que este año se vistió de luces en cuarenta ocasiones, gracias a la amistosa protección de «Manolete». «Gitanillo» es un buen torero y un artista vehemente y estremecido — los mejores naturales de este año, los más preciosos de emoción, los más prestigiosos de gesto, los he visto a él —, pero se halla nublado por una voluntad infantil y siniestra, impresionable ante todos los azares de la lidia. Y sin ningún torero que le anime, que le preste fuego y valor, es un torero acabado en puras cenizas, con un reflejo llameante de cuando en cuando y sin otra fuerza que le mantenga.

Estas son las posiciones de los primeros toreros de hoy. Entre ellos cabe colocar a Paquito Muñoz, que es el torero que ha sumado más festejos entre corridas y novilladas — 39 corri-



La temporada ha sido pródiga en sucesos y accidentes

(Apuntes del natural de Aguilar Ortiz)

das y 32 novilladas —. Paquito Muñoz es un torero preparado, lleno de recursos y de alegrías. Le he visto poco de matador de toros para juzgar en que sentido se ha orientado su tránsito.

Los demás merecen menos atención. Domingo Ortega está en plena decadencia, cuidadosamente disimulada por la Prensa o propaganda. Todo lo que tiene de truco el toreo lo emplea al amparo de su nombre. El «Chonis» sigue siendo el torero de cornada, ge-

nalmente... en levantino. Le he visto mantener sus características naturales: valor macizo y tozudo, voluntad y nobleza poca agilidad técnica. Pepin Martín Vázquez toreó poco a causa de su grave cornada de Valdepeñas: es un torero parecido a Pepe Luis Vázquez, quizá no tan inspirado en los momentos geniales y posiblemente menos desprendido en sus caídas de ánimo.

Antonio Bienvenida, que se mantiene en la plaza de Madrid luego de la relativa heroicidad de matar seis toros blandos y nobles — cuando le veamos con seis toros de treinta y cinco arrobas y en la plaza de Barcelona creemos en él, pues hace seis años que sólo colecciona fracasos entre nosotros —, pero es torero que interesa poco y sólo como majestuoso espectáculo de propaganda. Juanito Belmonte, a quien profetizamos su fin como torero pues le veíamos yugulado de miedo en las plazas, nos dió la razón retirándose a media temporada. «Gallito» está hundido definitivamente. Pepe Bienvenida debería ya retirarse pues pasó su época y fué un torero a la manera de unos años yaidos. Rafael Liorente está en franca alza, valeroso, bien puesto de conocimientos y con una tersa voluntad de triunfar. «Vito», que es un torero de una irisada fantasía, puede recuperar puestos el año próximo, la infinidad de puestos que perdió con su precipitada alternativa. Manolo Escudero sigue de cuando en cuando dando el lance inolvidable, empurpado y suntuoso, que le mantiene como torero matizado y artista.

Hasta aquí los que merecen citarse. La plana mayor del toreo. Y en este momento de poner punto final a mi labor de esta temporada hemos de recordar a los toreros que han pagado su tributo de sangre a esta fatídica temporada: «Manolete», «Carnicerito de Méjico», el novillero «Joseillo», que falleció en Méjico, y el banderillero «Cerrajillas», de la cuadrilla de «Parritas». Descansen en paz.

PUNTILLERO

Oportunidad para Primavera y Verano

EN LA SOBERBIA BAHIA DE POLLENSA (Mallorca) se alquila LA CASA DEL PINTOR, recién construida para estrenar, junto al bosque Anglada Camarasa.

RAZON: Juan Suau, LA GRANJA, quien posee las llaves y mostrará la casa. Carretera de Alcudia, PUERTO DE POLLENSA.



No hay placer sin dolor... dijo el filósofo

Y era verdad cuando lo dijo, en los tiempos del reinado de la Alquimia.

Pero ya no lo es... desde 1944, en que la Química y la Farmacología modernas han permitido concretar una fórmula y una técnica que han sido plasmadas en el producto

Myrapol

única composición que, preparando la cara antes de jabonarla, le garantiza el placer de un afeitado perfecto sin el más leve dolor ni peligro.

Registrado en la D. G. de Sanidad con el n.º 2787

Es un producto de calidad garantida.

No lo encontrará caro si estudia el coste a que resulta cada aplicación. Pida siempre MYRAPOL.

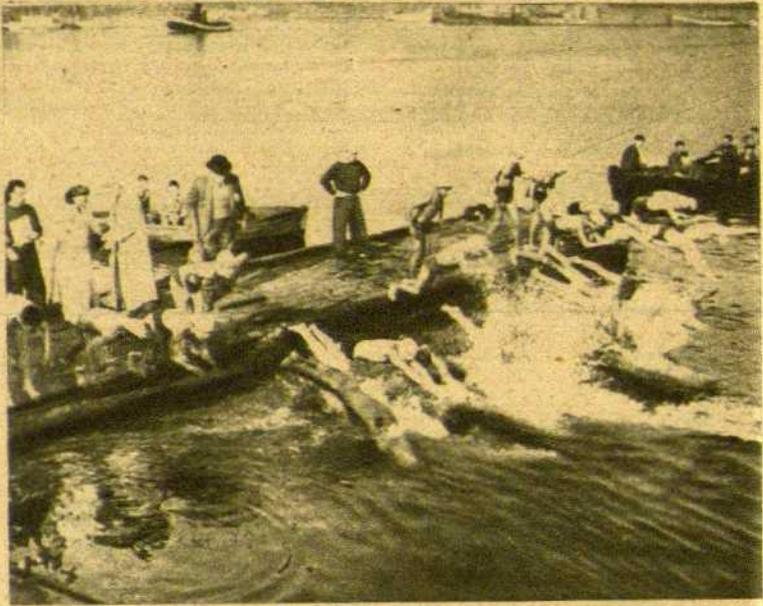
Su perfumista se lo servirá. Su peluquero se lo aplicará.

¡ATENCIÓN! Las personas de cutis sensibilizable deberán usar la nueva «FORMULA DEBIL». La ya conocida «FORMULA FUERTE» es para cutis normales.

Producido por N. Viader (Farmacéutico) en sus Laboratorios de San Sadurn de Noya (Barcelona).

Pida muestra y folleto incluyéndolo Plaz. 1.50 en sellos de Correo.

NAVIDAD



Los nadadores, tomando la salida

Volvió el «hijo pródigo»

Con el agua a doce grados, «Segis» Pera ganó la Copa Navidad

CADA año, el día de Navidad por la mañana, hay unos pequeños héroes que se lanzan a las frías aguas de nuestro Puerto para disputar una carrera de natación. Su hazaña — agua a trece grados en los años más benignos — queda tan sólo reflejada en las crónicas deportivas de esos diarios que al día siguiente sirven para envolver los restos del pavo. Efímera, pero gloria al fin y al cabo, fundida en líneas de linolipia. En eso tienen algo más de suerte que esos otros «héroes» del agua fría, los «musclaires», que todo el año se lanzan al mar para coger el sabroso crustáceo. Un gremio que tiene todavía inédito su reportaje, que desde aquí brindamos a «Miguel del Puerto».

Los nadadores tienen sin embargo el mérito de que compiten por la pura gloria del triunfo. Y es todo un espectáculo, en una ciudad de la que se ha dicho, en sobado tópico, que vive de espaldas al mar — cosa que dista mucho de ser cierta — ver en uno de los meses más fríos del año a una legión de nadadores y nadadoras lanzarse a las poco agradables aguas portuarias.

Deportivamente, la Copa Navidad de este año significó la vuelta del



El día de Navidad, el agua del Puerto estuvo a doce grados. He aquí la importante operación de comprobar la temperatura...

hijo pródigo de nuestra natación, del aragonés «Segis» Pera, uno de los mejores velocistas nacionales, del que se llegaron a decir cosas tan emocionantes como que desengañado del deporte, estaba traba-

JUGANDO A PRONOSTICOS

Mañana se reanuda la Liga, tras el descanso navideño. Vuelve la gran competición nacional con una interesantísima jornada. Sus partidos no son precisamente fáciles al pronóstico. Pero allá va. Colocamos en mayúsculas el nombre del que prevemos vencedor y en minúsculas el del vencido. Cuando ambos equipos tienen el mismo tipo de letra pronosticamos empate. El número que colocamos a un lado es la diferencia en goles.

Oviedo - BARCELONA	1
ESPAÑOL - Gijón	3
Tarragona - Sabadell	
Alcoyano - MADRID	2
AT. BILBAO - Celta	1
VALENCIA - R. Sociedad	3
AT. MADRID - Sevilla	1

jando en el fondo de una mina de carbón en Asturias.

Pera fué el vencedor absoluto, en competida final con los cadetes Queralt y Herrera, demostrando estar en buena forma. La vuelta del campeón ha servido para plantear de nuevo en forma velada una cuestión del deporte «amateur», a nuestro juicio mal enfocada. Nada más y nada menos que aconsejar se haga la «vista gorda» ante casos de «amateurismo» marrón, en deportes que siempre han sido considerados como puros entre los puros. Se alega para ello la proximidad de la Olimpiada y el ejemplo de otros países.

Por nuestra parte opinamos que, francamente, no vemos que la natación, como el atletismo, exijan tantos esfuerzos que deban ser resueltos los problemas de subsistencia de sus campeones. La natación era en otras épocas en las que hubo hombres de más clase que ahora una válvula de escape a su trabajo o a sus estudios. Y es lo que debe ser. Profesionalizar la natación o el atletismo, aunque sea en forma discreta, siempre nos parecerá un crimen de lesa deportividad.

Si uno de los objetivos inmediatos del deporte por el deporte mismo es el de formar hombres, en forma alguna ha de fomentarse el abandono de sus oficios, estudios y vocaciones a sus practicantes. Debe tan sólo ayudarles a que su cuerpo sea más perfecto y su mente mejor. La natación debe ser un medio, nunca un fin.

No lo olviden los rectores de nuestro deporte acuático, si como parece se hallan en la encrucijada de poner las cartas boca arriba en esa cuestión del «amateurismo» marrón que propugnan algunos, pensando en Londres.



«Andaluz» ha sido un gran artista con la capa

que ver con las calidades — el torero que encabeza nuestra lista es «Parritas», que ha toreado 71 corridas. Esta cifra es una cifra de suerte porque «Parritas» ha sido uno de los pocos espadas de cartel que no ha perdido ninguna corrida por cogidas o lesiones. Nuestro juicio sobre «Parritas» es de sobras conocido. Carece de relieve con la capa, con la que toreó de un modo destartado, dando unos sabanazos impresionantes. Como lidiador es rígido y encorsetado y se sostiene a base de su modo flemático de dar los naturales y derechos. En esta suerte su impavidez es extraordinaria y tiene un dominio de hielo de la muleta, con la que no sabe hacer otra cosa que una imitación pálida y deslavazada del toreo de «Manolete», cosa que le ha valido este primer puesto en un año sentimental y triste. Matando lo hace con una cierta habilidad pero sin ningún estilo.

El segundo puesto lo usufructúa Luis Miguel Dominguín, que ha toreado, perdiendo corridas contratadas, en sesenta y tres ocasiones. Nuestro juicio sobre Luis Miguel ha sido formulado muy recientemente: flojo y desangelado con la capa, jugando en las plazas fáciles a unos efectismos huecos y resonantes. Con las banderillas es un rehiletero sin relieve. Con la muleta posee un estilo lánguido y nervante, esencialmente retórico pero matizado en frío, con elegancia que ha llegado a impresionar a los públicos más sobrios. Con la espada usa de todos los trucos dorados de la suerte. En el trance supremo es donde más se desdibujó su personalidad y sus panegiristas dicen que se defiende como tartos otros.

«Andaluz» ocupa el tercer puesto con cuarenta y ocho corridas torreadas, de las cuales diez pertenecen a la plaza de Barcelona. Sobre este torero he hablado repetidamente. Tiene «Andaluz» todas las condiciones para ser un gran torero, posee todos los conocimientos necesarios para superar no ya a toreros de categoría tan endeble como lo son Dominguín y «Parritas», sino a cualquiera que se le opusiese y sin embargo sus actua-

LIBRE

EN ESTE RINCON...

DA SILVA Y FLORENCIO, NUEVOS EN ESTA PLAZA...

SEMOS un término tourino—un que fútbol y toros tengan poca ver entre sí—para presentar a los dos nuevos adquisiciones del Barcelona, de allende los mares. Pásemos en gracia a la nota de color que dieron a ese segundo match con el frío fútbol holandés del «Sittardse Boys», y también que esos dos «ases» del balón sudamericano han hecho, como los «perros de stromio», que alternan sus actividades en una y otra orilla del charco.

¿A cambio de qué han venido Da

transatlántico Montevideo, Natal, Bata, Villa Cisneros, Madrid, Barcelona—nada menos que la Navidad en los aires—, hay que agradecerle su esfuerzo de querer jugar en Las Cortes a los pocos horas de su llegada, y hacerlo como lo hizo.

—Mis piernas son fuertes—nos dijo el cariaca—y resisten bien los largos viajes. Cuando no hay fútbol, las entreno bailando la «samba».

No crean por esto que Da Silva es un jugador «noctámbulo». Nada de eso. Es de los que se acuesta a



Florencio y Silva, los dos nuevos azulgrana, en la sala de masaje de Las Cortes, con el entrenador Fernández y el masajista Mur

Silva y Florencio? Esto pertenece al secreto del sumario. En algún cajón de algún despacho, de ese castillo de crizadas almenas que es para los indiscretos el chalet del Pasaje Méndez Vigo, debe hallarse la cifra exacta de lo que han costado. Que, definitivamente, es uno de las cosas en las que el socio no piensa si los nuevos fichados juegan bien. Y que, cambio, es franco motivo de indignación si el jugador fracasa. En un partido de presentación—medio norte cada uno—Silva hizo cosas muy buenas. El «morenito» es un jugador rápido, de fácil tiro con ambos pies, y que se escurre del marcaje como una anguila. Sólo falta que entiendan los demás, cediéndole pelotas avanzadas y veloces para rematar. Lo que no sucedió el domingo.

Florencio es otra cosa. Menos joven, más pausado en su juego, tiene aires de catedrático. Toca el balón muy bien, pero parece que no sabe buscarlo. Lo pasa perfectamente, pero no da la sensación de meterse en la jugada. Es un maestro, desde luego. Pero aquí hacen falta espalones. Por Las Cortes creó la duda, viéndole, de si no se ha fichado a un Escolá argentino. Que no es precisamente lo que hace falta para nuestra Liga y Copa, porque en los que la ciencia poco vale, si no va acompañada de una cierta propensión a jugarse el físico alguna que otra vez.

Tanto a Silva como a Florencio hay que concederles un margen de adaptación. Es lo menos que puede hacerse, pensando que el argentino estuvo tres meses sin jugar y parece acastar esa inactividad. En cuanto a Da Silva, después de pasarse en los aires desde el miércoles al mediodía del sábado, en croido

las nueve en plena temporada. Pienzan tan sólo que la «samba», para un brasileño, es un deporte tan nacional como para un norteamericano el «base-ball», o para un vasco la pelota o mano.

También Florencio debe cantar tangos en sus horas de nostalgia. Lo que no debe ser obstáculo para que haga la vida del perfecto y recién casado. Los dos parecen profesionales de cuerpo entero, jugadores de clase, y el problema de lo que puedan rendir no radica probablemente en lo que valen, sino en la forma de encajar su calidad en el juego de los de aquí. Fernández, el entrenador azulgrana, tiene en ello un difícil tarea a realizar. Difícil, pero en la que puede cosechar un espléndido resultado. Nada menos que reunir a la mejor delantera del país.

Para lo que a uno le parece más práctico, sencillo y eficaz, que se enseñe a los de aquí a jugar como lo hacen los sudamericanos—estilo para el que hombres como Borsari, Badenes y César muestran una clara predisposición—que empeñarse a que Da Silva y Florencio hagan fútbol «a la española».

Quizá con ello el Barcelona tampoco alcance uno de sus sueños dorados que desde hace varios años persigue inútilmente: ser campeón de Liga.

Pero, al menos, veremos fútbol de clase en Las Cortes.

Que al precio que están las entradas, es lo mínimo que puede exigirse y lo que merece una afición que lleno domingo tras domingo nuestra catedral futbolística, juegue quien juegue.

Aunque sean los aprendices de futbolista del «Sittardse Boys».

A MEDIA VOZ...

¿PODRÁ jugar Florencio la Liga con el Barcelona? Este es el sensacional rumor, que ha trascendido en forma velada. El argentino se marchó de su país, como otros varios jugadores platenses, sin permiso de su club, para ir a Méjico, nación que no está afiliada a la F.I.F.A. (Federación Internacional de Fútbol Asociación). Pero España si está bajo la legislación de este organismo futbolístico, al que los clubs argentinos reclamaron cuando sus ases «volaron» a Méjico. El Barcelona ha iniciado gestiones con Buenos Aires para conseguir el permiso del club por el que tenía compromiso Florencio. Y confía obtenerlo. A nosotros sólo nos parece que este extremo debió ser resuelto antes de ultimar nada con Florencio.

¿Y el Español? ¿Qué hace el Español? ¿No ficha extranjeros? El problema del campo de juego de Sarriá sigue, al parecer, más embrollado que nunca, y sin que se avizore otra solución que la que dicten los tribunales de justicia, concentra en gran parte las preocupaciones de los directivos blanquiazules. Lo que no es óbice para que uno de estos días haya salido una carta para un incondicional españolista y antiguo jugador del Español, que reside en Centroamérica, pidiéndole informes de cómo está el mercado y, en caso favorable, gestiones para ver de traerse un par de jugadores para determinados puestos.

BARCELONA, GRAN ESTADIO

ES tradicional, en estos días de tradiciones cada año renovadas, que el deporte barcelonés haga anualmente alarde de su prestigio, de su importancia y de su amplia relación internacional forjada a través de una labor difusora que arranca con los albores de este siglo.

Este año, en unas circunstancias nada fáciles para tales intercambios, el deporte barcelonés ha dado una clara medida de su potencialidad, y los organizadores de los distintos encuentros internacionales que se han celebrado, de la eficacia de la iniciativa privada en estos casos.

Vinieron los holandeses futbolistas del «Sittardse Boys», para jugar por dos veces en Las Cortes. Los tenistas ingleses y austriacos del «England International Club» han cruzado roscas y blancas pelotas sobre la red, con los mejores raquetos españoles. Los atletas franceses han corrido por las calles de la ciudad en el Gran Premio Jean Bouin, dedicado a la memoria de un atleta de su nacionalidad, de imperdadero recuerdo. Los rugbystas italianos de Roma han disputado con los del Barcelona el balón oval. Los esquiadores suizos de Zermatt se hallan a punto de deslizar por los pistos de La Molina para disputar un Concurso internacional de esquí.

Todo ello en muy pocos días, da una vez más el tono deportivo que Barcelona siempre ha tenido. Un programa de tal calidad y amplitud internacional como lo han podido saborear estos días, en los más distintos especialidades deportivas, no es cosa corriente en estos tiempos en ninguna ciudad europea. Y no digamos de nuestro país.

Una vez más se ha puesto de manifiesto lo que aquí se ama al deporte, y la densidad de una afición que no desahiente, que, al contrario, va incrementándose y especializando sus preferencias en esa o aquella especialidad. Ya no sólo es el fútbol lo que opusiona. Tenis, esquí, atletismo, rugby han demostrado en estos días capacidad para montar acontecimientos internacionales. Como lo hubieran demostrado ciclismo y boxeo de existir en esas ramas promotores dignos de tal nombre.

Barcelona ha sido en estas ocasiones un gran estadio, abierto a los cuatro puntos cardinales, en unos días en los que el deporte—gran idioma internacional—se ha manifestado como uno de las cosas más útiles para que se entiendan los hombres de buena voluntad. — P.

TENIS VICTORIA DE LA SELECCION ESPAÑOLA SOBRE EL «ENGLAND CLUB»

EL tenis español está de enhorabuena. La competición celebrada entre una selección española de cuatro jugadores barceloneses—que, en realidad, son las cuatro mejores raquetas españolas—y el «England Club», en el cual forman varios de los más brillantes jugadores ingleses, ha sido del todo favorable para el tenis español. De los diez partidos jugados, siete han sido ganados por España y sólo tres por los componentes del notable Club inglés. Forzoso es confesar que si bien los cuatro españoles—Carles, Bartrolí, Masip y Szawost—serían los representantes de España en cualquier encuentro internacional, de los ingleses posiblemente sólo uno o dos de nuestros huéspedes representarían a Inglaterra, con lo que no podemos apuntarnos un triunfo absoluto.

LOS JUGADORES: Cuatro jugadores ingleses han participado en el encuentro: Harper, Hughes, Wittmann y Mottram. A cada uno de ellos examinaremos con la brevedad que el corto espacio nos depara: Jack Harper, el de mejor clase y valía, ha jugado cuatro partidos. Venció a Szawost en dos «sets» y con Mottram, a Szawost y Carles; a su vez perdió con Masip en dos «sets» y con Hughes contra Masip-Bartrolí. Es Harper, australiano, campeón de Inglaterra individual y de dobles en 1946, el número uno de este equipo. Su juego metódico, algo frío, con un cientifismo eficaz y sólido, con una colocación de una agilidad mental modélica, fué el principal puntal de los ingleses. Su «aces» relampagueante, de una potencia y una rapidez deslumbradora, desconcertó al juego endeble, si bien impetuoso, de Szawost, vienciéndole con holgura. En el partido de dobles con Szawost y Carles, sus poderosas salidas decidieron posiblemente el partido, pues ninguno de sus oponentes le acertó a restar con eficacia. En cambio su juego se desmoronó ante un Pedro Masip crecido de inspiración.

Mottram es la joven esperanza del tenis inglés. En plena formación, con una excelente envergadura y magníficas facultades, jugó los partidos correctamente. Perdió ante Masip, ante Masip-Bartrolí con Wittmann, venció a Szawost, y con Harper a Szawost y Carles. El partido con Masip, perdido en dos «sets», no refleja exactamente el curso del encuentro. Mottram fué un enemigo duro que libró los «games» por tantos mínimos. Jugó serenamente, rindiéndose sólo ante la experiencia y el concepto luminoso, destelleante y sereno del jue-

go de Pedro Masip. En el doble con Harper contra Carles-Szawost, que ganaron los ingleses, su juego fué excelente, sobresaliendo sus impresionantes «smashes» de revés. Luego, ante la asustante arquitectura mental de juego de la pareja Masip-Bartrolí, Mottram y Wittmann perdieron con toda rotundidad.

Wittmann ha perdido con Carles en dos «sets», por la mayor potencia y resistencia del jugador catalán, que sostuvo un encuentro sobrado de fuerzas y facultades. El jugador inglés—polaco de nacimiento—exhibió un juego correcto y enfriado muy gris y uniforme.

Hughes, ya conocido en nuestras pistas, antigua pareja de Pérry, tradicionalmente temible en los dobles, perdió en individuales con

mundial. Bartrolí, con sus subidas a red, sanguíneas y extrasecas, que sorprenden por su precisa oportunidad, en su juego calmado y sossegado complementa la efervescencia creadora de Masip, que se asienta sobre una técnica robusta y una agilidad mental de primera categoría.

Carles jugó con toda su potencia. Sus triunfos de resistencia y dureza vencieron al juego flojo de Wittmann. En los dobles se mostró apagado, con poca fertilidad de recursos. Acaso se encuentran a faltar sus mortales subidas a red que hace unos años le dieron un inolvidable prestigio.

Szawost, muy mejorado y evidenciando un buen entrenamiento, desarrolló un juego impresionista, la



Bartrolí, otro gran jugador de dobles. Jugando con Harper contra Bartrolí y Masip ofrecieron un gran partido. Al principio, los españoles, que conocían el antiguo estilo de Hughes, procuraron evitarle. Pero pronto se percataron de que la raqueta brillante era la de Harper, al que castigaron sobre su revés.

De los españoles cabe decir que cada uno de ellos estuvo en su mejor forma. Pedro Masip, genial, con un juego acerado y desconcertante, de destellos metálicos, con un empuje enardecido, está en su mejor momento. En cada partido infundió su presión personal y construyó su juego amplio y fantasioso, que no ha conocido derrota en esta competición. Con Bartrolí forman una pareja extraordinaria, una de las mejores combinaciones del tenis

revelación intuitiva de la jugada que ha informado a su estilo. Su falta de fondo, la falta de una armazón lógica que sostenga su concepción del juego se evidenció sobre todo en su partido con Mottram.

ARBITROS Y ORGANIZACION: La organización del R. C. de Tenis Barcelona fué excelente. El arbitraje de los señores Mir y Guízy, realmente impecable, mereció los elogios de los jugadores ingleses, que con una concisa frase afirmaron que era superior a los de Wimbledon. El público, correctísimo, asistió a esta victoria española otorgando al juego, uniforme, correcto y cortado sobre una técnica exquisita, de los jugadores ingleses, sus más sinceros aplausos.

¿Negociantes o políticos?

por SALVADOR MILLET Y BEL

CREO que ha sido Ortega y Gasset quien, muy agudamente, ha observado que si los alemanes desaprovecharon todas las oportunidades que les brindó la Historia para jugar un papel decisivo en el acontecer mundial, fué tanto a causa de su excesivo espíritu guerrero como de su insuficiente espíritu jurídico. ¿No podrían, acaso, los americanos desaprovechar su actual ocasión a causa de su sobrado espíritu comercial y de su escaso espíritu político? En las luchas por el predominio mundial entabladas entre pueblos con espíritu comercial y pueblos con espíritu político, estos últimos resultaron siempre vencedores. Y ello por la simple razón de que, mientras en los pueblos con espíritu político el comercio floreció siempre en tiempos de paz, en los pueblos con sólo espíritu comercial los políticos no florecieron nunca en tiempos de guerra. No fué, pues, por casualidad, sino por necesidad histórica y psicológica que Cartago fué derrotada por Roma. Teniendo esto en cuenta, la gran incógnita de los tiempos presentes podría encerrarse dentro de estos interrogantes: ¿Sabrán jugar los Estados Unidos, en el mundo contemporáneo, el papel que desempeñó Roma en el mundo antiguo? ¿Sabrán los Estados Unidos superar su espíritu de negociantes y enfocar el problema mundial con la visión amplia y generosa del político auténtico?

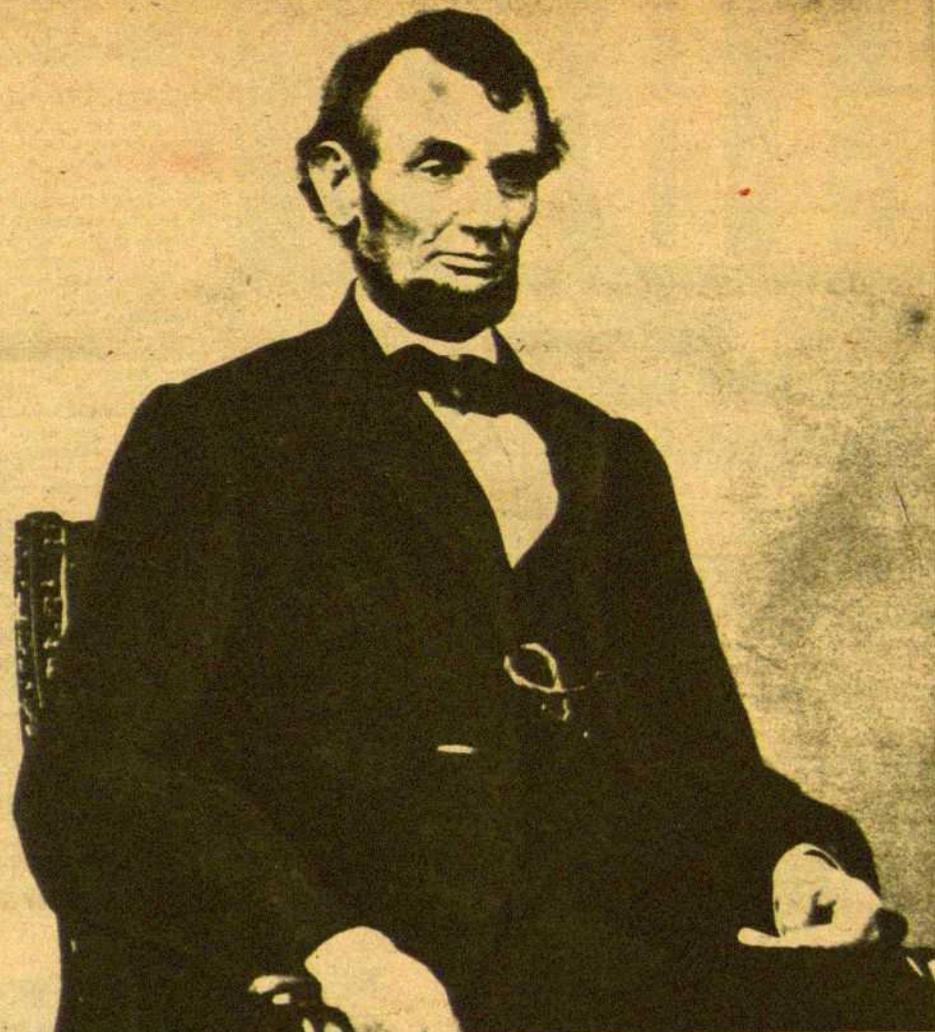
Estos interrogantes adquieren su mayor importancia en el momento en que, mirando hacia el pasado, se observa que casi todos, por no decir todos, los errores de política exterior cometidos por los Estados Unidos en el transcurso del siglo actual tienen su origen en el hecho de haber enfocado los problemas mundiales con un criterio de negociante. Entre estos errores descuellan dos que por su enorme repercusión en la historia de todos los países de Occidente conviene comentar aquí. Nos referimos a la política aislacionista de Lincoln, llamada luego no intervencionista, y a la política rusófila seguida por Roosevelt, llamada luego política «de apaciguamiento». Nos proponemos hacer ver cómo estas dos políticas, aparentemente tan dispares, coinciden en el hecho de ser, ambas, el producto de una mentalidad puramente mercantil.

De todos conocida es la tesis aislacionista de Lincoln: «Las cosas de Europa son, para nosotros, demasiado complicadas y perversas. Conviene que nos mantengamos apartados de las mismas porque, de ellas, nuestra ingenuidad política sólo puede esperar engaños y sufrimientos». Sin duda alguna esta tesis fué acertada en el momento en que Lincoln la formuló. Los Estados Unidos se hallaban en aquel entonces empeñados en la consecución de una fuerte unidad nacional, y toda participación en la política europea podía contribuir a crear disensiones interiores. Por otra parte, los Estados Unidos eran todavía demasiado débiles, tanto militar como económicamente, para conseguir que su criterio pesara mucho en el resto del mundo. Dadas las circunstancias, el aislacionismo de Lincoln constituyó una actitud perfectamente política. Sin embargo, las circunstancias variaron, los años pasaron, los Estados Unidos aumentaron su poderío militar y económico... y la política aislacionista continuó. Si exceptuamos el corto período intervencionista de Wilson, podemos afirmar que desde 1860 hasta 1943 la política exterior americana es esencialmente aislacionista. Esta renuncia tan persistente de un país cada día más rico y poderoso a intervenir en los asuntos mundiales tiene para nosotros una sola explicación: el hecho de que tal actitud fuera cara a la inmensa mayoría de los negociantes americanos, independientemente del partido en que militaran. De la misma manera que muchos negociantes de países mediterráneos se manifiestan, todavía hoy, contrarios a intervenir en los asuntos políticos interiores de sus propios países porque creen — equivocadamente sin duda — que su intervención en los asuntos públicos sólo puede reportarles perjuicios privados, los negociantes americanos fueron contrarios a la intervención en los asuntos exteriores porque creyeron que ello podía perjudicar la marcha floreciente de sus empresas particulares. Lo que en un principio era una actitud «política» se había convertido en una actitud meramente «cómoda». ¿Qué cara iban a pagar los americanos esta pretendida comodidad! ¿Qué cara iban a pagarla todos los pueblos occidentales de Europa, depositarios, junto con los Estados Unidos, de una cultura y de una civilización común! Como consecuencia del aislacionismo americano los alemanes pudieron desencadenar las dos mayores gue-

rras que ha padecido el mundo, guerras en las que los Estados Unidos se vieron finalmente envueltos y en las que tuvieron que sacrificar no sólo una cantidad fabulosa de dólares, sino la misma sangre de sus propios hijos. Como consecuencia de su aislacionismo los americanos tuvieron que soportar, además, todas las incomodidades de la terrible crisis económica que afligió al mundo entre las dos guerras y tendrán que soportarlas aún mayores de la nueva y todavía más pavorosa crisis que vemos ya acercarse y cuyos gérmenes, de imposible esterilización, sembraron con su pasado aislacionismo.

Repudiado oficialmente por el Senado norteamericano en noviembre de 1943 el aislacionismo de Lincoln, la política rusófila practicada por Roosevelt pareció inaugurar una nueva etapa en la historia diplomática de los Estados Unidos. Sin embargo, basta un ligero análisis para descubrir que, por debajo de la nueva política, palpita todavía el viejo espíritu mercantil. Se equivocan, a nuestro entender, todos aquellos enemigos de Roosevelt que atribuyen la política de amistad con Rusia a una pretendida rusofilia del Presidente. La explicación es, en realidad, mucho más clara y sencilla: Roosevelt inició su política de concesiones a Rusia porque, como uno cualquiera de los hombres de negocios americanos, creyó que aquella política podía ser económicamente favorable a su país. Como cualquier negociante estricto, Roosevelt se haría la siguiente consideración: «Rusia ganará grandes extensiones territoriales como consecuencia de esta guerra; experimentará devastaciones sin cuento y perderá seis o siete millones de vidas. Más que en cualquiera otra ocasión de la Historia, Rusia necesitará un largo período de paz para restablecer su economía y explotar los nuevos territorios conquistados. Rusia necesitará, además, la colaboración económica de un país altamente industrializado que no tenga la menor intención de inmiscuirse en sus asuntos interiores». Al lado de estos intereses soviéticos, Roosevelt analizaría los intereses propios: «Nos interesará, como siempre, la paz. Pero nos interesará también, sobremanera, aumentar nuestras exportaciones como único medio para sostener nuestro actual nivel de vida. Rusia constituirá un mercado inmenso capaz de absorber durante muchos años toda nuestra sobreproducción. Será sin duda fácil entendernos con un país cuyos intereses económicos coinciden tan exactamente con los nuestros». Con estas ideas tan claras y tan sencillas, tan de comerciante, Roosevelt fué a Teherán y a Yalta. Los resultados son de todos conocidos. Como consecuencia de haber enfocado el problema mundial desde el punto de vista de los negocios, fué posible que, para complacer a Stalin, se acordara en Teherán la invasión de Europa desde Normandía y se renunciara al proyecto primitivo de realizarla a través de los Balcanes. De esta forma los ejércitos de Stalin pudieron llegar fácilmente al corazón de Europa. Como consecuencia de haber enfocado el problema mundial desde el punto de vista de los negocios se sacrificaron en Yalta todos los grandes ideales por los que se había luchado durante seis años, cediéndose prácticamente toda la Europa oriental a la ambición y al odio soviético. En una palabra, pensando sólo en los negocios, los americanos, y con ellos los ingleses y todos los demás pueblos de Occidente, realizaron el peor negocio imaginable: privaron de todo sentido moral a su propia victoria y contribuyeron a reforzar el poderío de quien al cabo de muy poco tiempo había de convertirse en su mortal enemigo. Para disculpar un poco a Roosevelt, queramos sólo añadir que su manera de pensar era la de la gran mayoría de los americanos. Pocos eran, en aquel entonces, los comerciantes e industriales americanos que no consideraran a Stalin un buen hombre y que no consideraran posible comerciar honradamente con la U.R.S.S.

¿Hasta qué punto la política de Truman y de Marshall constituye una auténtica rectificación de la política anterior? ¿Hasta qué punto han llegado a convencerse de la necesidad de intervenir activamente en la política europea? ¿Creer, acaso, que su ayuda económica puede bastar para contener el comunismo? Procuraremos contestar estos interrogantes en una próxima ocasión. Contentémonos, ahora, en recordar el adagio popular, según el cual a la tercera va la vencida. Si los americanos desaprovecharan la actual ocasión, acaso habría pasado ya para ellos, definitivamente, la oportunidad de pasar a la Historia como algo más que un pueblo de negociantes e industriales.



Abraham Lincoln

BIBLIOTECA SELECTA

LAS GRANDES CREACIONES LITERARIAS DE LOS MEJORES AUTORES CATALANES

Una colección de bellos volúmenes tamaño 9'5x13, de 200 a 350 páginas impresas en papel alfa superior



Ilustran cada volumen el retrato y la firma del autor

Ed. tela con sobrecubierta a dos tintos: 25 Pts. tomo.—Ed. lujo en piel y oro: 45 Pts. tomo

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|------------------------------------|---|
| 1. L'ATLANTIDA, J. Verdaguer. | 16. DEL BORN AL PLATA, S. Rusiñol. |
| 2. CANIGO, J. Verdaguer. | 17. LA PARADA, J. Ruyra. |
| 3. MONTSERRAT, J. Verdaguer. | 18. LLIBRE DELS BONS AUGURIS, J. M. López-Picó. |
| 4. GUALBA, E. D'Ors. | 19. PINYA DE ROSA (I), J. Ruyra. |
| 5. LA BEN PLANTADA, E. D'Ors. | 20. PINYA DE ROSA (II), J. Ruyra. |
| 6. L'ILLA DE LA CALMA, S. Rusiñol. | 21. LA PAPELLONA, N. Oller. |
| 7. FLAMA VIVENT, J. Roig Raventós. | 22. EL POBLE GRIS, S. Rusiñol. |
| 8. FANNY, C. Soldevila. | 23. CROQUIS PIRENECS, J. Massó i Torrents. |
| 9. FAMILIA DELS GARRIGAS, J. Pin. | 24. L'ERMITA MAURICI, J. Roig Raventós. |
| 10. DEL JOC I DEL FOC, C. Riba. | 25. ENTRE FLAMES, J. Ruyra. |
| 11. EL CAÇADOR, T. Garcés. | 26. A L'OMBRA DE STA. MARIA DEL MAR, A. Plana. |
| 12. LA PUNYALADA, M. Vayreda. | 27. ESTANCES, C. Riba. |
| 13. PILAR PRIM, N. Oller. | 28. VIDA I MORT D'EN JORDI FRAGINALS, J. Paus. |
| 14. MONTNEGRE, J. Roig Raventós. | 29. ELS SOTS FERESTECES, R. Casellas. |
| 15. LLIBRE D'AMOR, J. Arús. | 30. CANÇONS DE REM I DE VELA, J. M. de Sagarra. |

CONDICIONES SUSCRIPCION

Precio de los 30 títulos: Contado, Ptas. 750, en tela, y Ptas. 1.350, en piel. Temporalmente y a título de excepción podrán adquirirse estas obras — si se desea — satisfaciendo su importe en tres plazos mensuales cargando estrictamente los gastos de cobro. — A plazos: en tela, Ptas. 825, el 1.º de Ptas. 75 a reembolso y 10 mensualidades de Ptas. 75; en piel, Ptas. 1.485 el 1.º de Ptas. 135 a reembolso y 9 mensualidades de Ptas. 150.

TOMOS SUELTOS: Tela, 25 Ptas. contado; plazos, 28. — Piel, 45 Ptas. contado; plazos, 50. En plazos mínimos de Ptas. 20 y doce mensualidades como máximo.

Recórtese o cópiese esta carta de pedido y remítase a **LIBRERIA OCCIDENTE** PASSEO DE GRACIA, 73 BARCELONA

BIBLIOTECA SELECTA CARTA DE PEDIDO. - Librería Occidente. - P.º Gracia, 73. Barcelona

Muy Sres. míos: Ruégole me remitan los títulos no tachados de la Biblioteca Selecta (en tela) (en piel) que me comprometo a pagar a plazos: el 1.º de Ptas. a su recepción y los restantes de Ptas. mensualmente, hasta su total liquidación.
AL CONTADO: (En tela) (en piel) Ptas. (a su recepción) (en 3 partes); táchese si no interesa.
Deseo ir recibiendo los volúmenes sucesivos (táchese si no interesa).

Nombre y dos apellidos Firma
Edad Profesión
Domicilio
Población Prov.

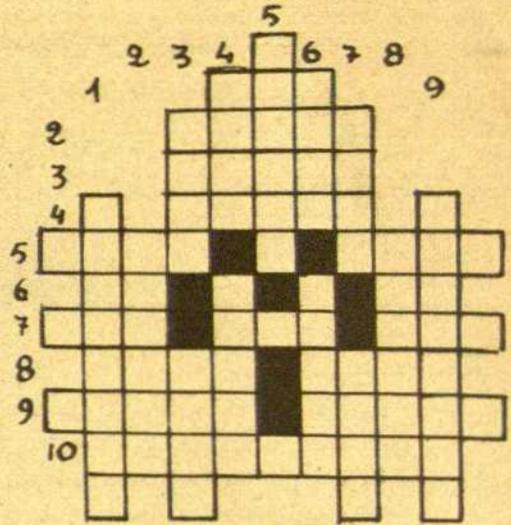
Distribución al por mayor **CASA DEL LIBRO** RONDA S. PEDRO, 3 BARCELONA

RETABLO

CRUCIGRAMAS

CRUCIGRAMA NUM. 345

HORIZONTALES. — 1. Autor teatral español contemporáneo. — 2. Natural de una región del Norte de Europa. — 3. Útil agrícola. — 4. Peces muy apreciados por los pescadores submarinos. — 5. Mueble. — 6. Patrono de los plateros. — 7. Nota. — 8. Pronombre, al revés. — 9. Igual, al revés. — Verbo. — Sonido. — 10. Pecado. — Marcharé, al revés. — 11. Palabra usada muy a menudo en los estudios cinematográficos. — Apellido de reyes. — 12. De determinado color.



VERTICALES. — 1. Operación aritmética. — Palmipedo. — 2. Limpio. — 3. En el Tibet. — Puede ser la barba. — 4. Tabaco. — Pecador. — 5. Mueble. — 6. Portero de un equipo de fútbol de Primera División. — Isla del Mediterráneo. — 7. Flauta que se toca con las narices. — Planta rutácea. — 8. De mal color. — 9. Lo hace el sacerdote. — Plantigrado.

SOLUCIONES

SOLUCION DEL CRUCIGRAMA NUM. 344

HORIZONTALES: 1. Fin. — 2. Fanal. — 3. Col. — 4. Cadi. — Otea. — 5. Colinas. — 6. Res. — Pan. — 7. Re. — Am. — 8. Al. — Ra. — 9. Uno. — 10. En. — Si. — 11. Libar.

VERTICALES: 1. Acero. — 2. Dosef. — El. — 3. Faci. — Unir. — 4. Vino. — Irgún. — 5. Nalón. — Osar. — 6. Tapar. — Ir. — 7. Esama.

por NIGROM

MORENA CLARA Y VIDAL. — Cierta orgullo y una desmedida importancia a las posiciones sociales. — Tiene opiniones muy personales de las cosas, y le agrada defenderlas sin vacilaciones ni subterfugios. — Poco ordenada ni metódica. — El gusto artístico no ha sido debidamente cultivado. — Carácter enérgico, que la conduce sin dudas ni flaquezas al fin deseado. — No puede sustraerse a un sentimiento de egoísmo y de exclusividad en sus afectos, que experimenta con intensidad. — Su voluntad falla algunas veces, sobre todo cuando deja exaltar la mente a impulsos de su ardiente fantasía.

AURELIA. — Educación deficiente la suya y una inteligencia sin cultivar todavía. — No posee sentido estético ni tiene ninguna sensibilidad artística. — No olvide que hemos de formarnos a nosotros mismos y que somos los únicos responsables de nuestra ignorancia y nuestros fracasos. — Es obstinada en demasía y raramente permite que se le aconseje determinada conducta a seguir. — Concede al dinero una gran importancia. — Ideas harto vulgares y aficiones o gustos poco elevados. — Habilidad innegable para muchas cosas. — Rápida comprensión. — Buena memoria. — Carácter alegre, propicio a las bromas. — Y un espíritu de contradicción desarrolladísimo.

GEORGE. — Posee una prudencia y una sensibilidad tan exquisitas que le hacen perfecto para la amistad. — Tendencia al pesimismo, que le embarga en los momentos menos propicios, aunque sabe sobreponerse al desaliento. — Doble personalidad muy acusada, que reviste su carácter de sorprendentes facetas. — Mucha vehemencia y apasionamiento pone en las cosas más nimias, mucha alma en todo, y por ello sus fracasos espirituales le turban tanto. — Sabe elegir el adecuado marco para su vida y se somete al orden y método más perfectos. — Gusto artístico. — Muy reservado con sus cosas íntimas. — Imaginación normal. — Memoria. — Espíritu filosófico. — Espiritualidad.

MARGARITA. — Muy prudente y comedida, jamás obra dejándose llevar de su imaginación o de sus deseos, sino que somete a reflexión todas las cosas antes de decidirse a obrar. — Sentido de la economía, del orden, del método. — Buenos sentimientos, que pueden ser puestos a prueba. — Gusto artístico muy desarrollado. — La voluntad es firme, segura e igual, no dejándose influenciar ni por las amistades ni por el ambiente. — La imaginación, muy normal, no suele desbordarse en la meditación de actos futuros a realizar. — Poco indulgente, aunque sabe ser comprensiva en determinadas circunstancias. — Es cariñosa, dulce y suave, muy femenina, cualidad estimable y primordial. — Tiene una mente bien equilibrada y el dominio perfecto de sus nervios. — Espíritu filosófico. — Rectitud de ideas. — Moralidad. — Sensualidad muy normal. — Es afectuosa pero no apasionada. — Espiritualidad muy acusada. — Sencillez y naturalidad en todos los actos de su vida.

A. R. P. — Le agrada mostrarse un poco diferente a su verdadera manera de ser, por pura pose, no porque ello pueda redundar en su beneficio. — Tiene orgullo, y le agrada emitir sus opiniones, haciendo la defensa de las mismas, con ideas originales que muchas veces desconciertan. — La imaginación es poderosa, y se desborda con facilidad. — Mente rica, bien equilibrada. — Posee cultura. — Una muy ligera ambición, que no llega a dominarle demasiado. — No es muy ordenado ni metódico. — Tiene gusto artístico, y sabe apreciar la belleza y el Arte en sus distintas facetas. — Gran memoria. — Buenos sentimientos que pueden ser puestos a prueba, igual que su lealtad. — Pesimista, sin llegar nunca al desaliento, ya que sabe sobreponerse a las contradicciones, con entereza verdaderamente varonil. — Vanidad, aunque no llega a sentirse engreído.

GRUMPY. — Su voluntad es firme, con tendencia al despo-

tismo, agradándole imponer a cuantos de usted dependen. — Posee una doble personalidad, que le permite mostrarse distinto, con varias facetas, desorientando así a quienes le tratan, porque les resulta difícil penetrar en su interior. — Carácter inflexible, pesimista. — Gran memoria y afán de realizar cuanto desea, sin importarle los obstáculos. — Energía. — Virilidad. — Apasionado, pero sabiendo dominar sus nervios y sus pasiones cuando ellas puedan ser motivo de fracaso para las empresas que acometa. — Imaginación. — Gusto artístico. — No hay ambición. — Orgullo y una gran dignidad. — Es sensible, pero no dado a las lamentaciones. — Sentido práctico y positivista. — Afán de gozar de cuantos placeres pueda proporcionarle la vida. — Mentalidad intuitiva. — Actividad cerebral. — Cultura y conocimientos bastante sólidos. — Cierta originalidad.

LINA. — Tiene tan poca voluntad, que jamás termina lo que empieza, y nunca puede decidirse a tomar una resolución por sí misma. — Sus dudas y vacilaciones, fácilmente apreciables, la sitúan en un plano de inferioridad, y dándose cuenta de ello, se torna más tímida y reservada. — No tiene ninguna confianza en su habilidad, por lo cual pocas cosas hechas por usted pueden satisfacerla. — Muy cariñosa y dulce. — Carácter apacible, demasiado humilde. — No tiene amor propio exagerado y perdona fácilmente las ofensas. — Imaginación exaltada, que le proporciona los únicos momentos felices de su vida. — Inteligencia clara. — Cultura poco profunda, ya que el estudio la atrae pero le cansa.



EL MEDICO.—Y sobre todo, nada que pueda impresionarle. («Colliers»)



—Si te digo la verdad, estoy seguro de que no me creerías. («Colliers»)



—Mon traido el «whisky», señor. («Colliers»)

Desde medio siglo...



...A LOS PALADARES DE GUSTO DEPURADO RIGOL LES OFRECE UNA SELECCION DE AÑEJAS CREACIONES

Vda. RIGOL



ESTABLECIDA EN 1900 • SAN SADURNI DE NOYA

OMEGA *Automático*

PARA EL HOMBRE QUE VIVE CON SU TIEMPO



El cronómetro Omega 30 m m. ha sido creado para la élite de los deportistas y hombres de negocios.

El hombre que aprecia el valor del tiempo, encontrará en este reloj una absoluta regularidad de marcha, probada y controlada en los concursos más severos de los Observatorios de Ginebra y Kew-Teddington.

J. ROCA

JOYERO

PASEO DE GRACIA, 18
BARCELONA

capitel